

# MAÑANA, CUANDO YO MUERA

MANUEL GARCÍA



algaida

MAÑANA,  
CUANDO  
YO MUERA

MANUEL GARCÍA

**algaida**

## **Índice**

### PRIMERA PARTE. LOS PAPELES DE LA CUEVA

Breve tratado de genealogía y heráldica

*Madrid, Paris, Berlim, San Petersburgo, o mundo*

Arte de cetrería

La nieve

El cónsul imposible

En donde se hace el retrato del protagonista

La justa medida del tiempo

En donde se hace el retrato de la antagonista

Breve lección de pintura

La clase de idiomas

Babel de jardín marchito

La higiene

No le toques ya más, que así es la rosa

*And all men kill the thing they love*

Como un gato entre petunias

En donde se hace el retrato de *la otra*

Hombre más apenado que ninguno

No te puedo comprender, corazón loco

*Tous les matins du monde sont sans retour*

*Não seriam cartas de amor se não fossem ridículas*

Las dos caras de la hoja de la navaja

Porque la pena tizna cuando estalla

Despedida sin adiós

En vano espero tu palabra escrita

*Il faut toujours être ivre*

Dos líneas paralelas que no van a juntarse más

En esos tus semblantes plateados

Malditas las palabras

Sabrás qué significan las Ítacas

### SEGUNDA PARTE. DESDE UN LUGAR DE HELSINKI

Berlín no es la ciudad, es una herida

La lección de canto

Volverán las oscuras golondrinas

*Assommons les pauvres!*

Tristes armas, si no son las palabras

Cada Narciso se mira en el fondo de su vaso

Tristes hombres, si no mueren de amores

Es mi sangre la que destila por mi pluma

La muerte es rubia y no lleva guadaña

La interpretación de los sueños

Viva moneda que nunca se volverá a repetir

¿Qué sabes de las rojas amapolas?

Una morena y una rubia

No hay plazo que no se cumpla

Tierra. La despedida siempre es una agonía

*Where did you sleep last night*

El amor tiene plumas clandestinas

El médico me manda no escribir más

Es conveniente pasear al perro

La miel helada que la luna vierte

*Merde pour la poésie*

Entre tus azucenas olvidado

El mar, el mar, y no pensar en nada

*Todas as cartas de amor são ridículas*

Final de plata amargo

*Post scriptum*

Agradecimientos

Créditos

*Para Eugenio Oneguin, en su cielo de Rusia.  
Para M.<sup>a</sup> Jesús Casermeiro, terrenal y volcánica.*

Mañana, cuando yo muera,  
ten esto bien claro,  
con una trenza de tu pelo rubio  
atarán mis manos.

ÁNGEL GANIVET  
(Versión castellana de M. García)

PRIMERA PARTE  
LOS PAPELES DE LA CUEVA

## BREVE TRATADO DE GENEALOGÍA Y HERÁLDICA

### 1

Desde una cueva remota de Galera, pueblo que no consta al mundo, escribo. Hace miles de años, nuestros antepasados de la cultura argárica habitaron estas cuevas. Seguramente ellos vivieron mejor que nosotros, sin internet, Facebook, Twitter, whatsApp, Instagram, Youtube, sin coches ni vuelos supersónicos, sin telebasura, teléfonos móviles, iPad, ebook y todas esas pequeñeces que atormentan el alma del ser humano contemporáneo. Queremos ser libres, pero vivimos en cuevas. Todo lo que no sea el vuelo del águila es vivir en una cueva. La cueva es el útero materno, el remordimiento de conciencia desde nuestra infancia, la excusa que nos permite seguir siendo seres de establo, animales de madriguera. Y al final de nuestros días venimos a parar a la cueva del nicho o de la fosa o de la urna que albergará la insignificancia de nuestras cenizas.

Aunque sea una cueva horadada en la ladera de una pequeña colina, en realidad es un apartamento funcional, con electrodomésticos, agua caliente y chimenea; con la ventaja de que se está caliente en invierno y fresco en verano. Nada como la tierra para conservar los cuerpos y las temperaturas. Entre la chimenea y la puerta hay una ventana que da al campo, bajo cuya luz está mi mesa de escritorio.

Estoy de paso, en realidad voy camino de Helsinki y de Riga, en busca de Ganivet. Me he pasado tantas horas leyendo su obra, imaginando a través de sus escritos y los testimonios de otros a ese personaje, que ya lo considero como algo mío. Y seguramente en el olimpo de los escritores que no están de moda, allí nos volveremos a encontrar y reconocer dentro de unos mundos. Algo turbio hay en él, que me impulsa irresistiblemente a buscarlo y a contar su vida. Algo que dirige mis pasos y mis palabras adonde no quiero. Y tengo la sensación de que, a pesar de haber nacido en siglos distintos, él en diciembre de 1865 y yo en diciembre de 1966, nos espera el mismo destino en lo personal y en lo literario. Y de camino al Báltico, escondido en esta cueva durante unas semanas, he decidido empezar a contar los últimos años de la vida de Ganivet y recordar los años de infancia y adolescencia en que yo viví por estas tierras altas. Hay algo que me viene de dentro y que me obliga a escribir, algo como una necesidad de volver al punto de partida, cuando era un niño, y vivía en el pueblo y el mundo no estaba todavía inventado, sino que empezábamos a crearlo nosotros. Estaré unas semanas aquí, recibiendo el consuelo del paisaje natal antes de abismarme definitivamente en las nieves del norte y del olvido.

Hasta ahora, mi vida ha sido tan vulgar que no merece contarse. Cincuenta años destinados a perderse en la nada: los estudios de Filología, la oposición, la rutina de un profesor que pasa por diferentes institutos, las ciudades y las mujeres de mi vida, los divorcios, la poesía, los distintos libros publicados, el insulso mundo literario... Vida calcada de otras vidas igual de vulgares en las que pocas veces se encuentra un rato de hermosura. Y la de Ganivet, qué vida brillante, qué manera de vivir a fagonazos.

Así que decidí parar mi tiempo, dejar las clases y hacer el viaje de este libro, que comienza ahora en esta cueva de Galera y que terminará en Riga. Es febrero de 2019. Soy de un pueblo cercano, que huele a leña mojada en el invierno y que sabe a vino tosco, de la cosecha anterior, en el verano. Por eso me gusta imaginar que mi origen humilde está, al margen de mis apellidos, en el agua limpia del regato, en el terrón honrado del bancal y en la brisa que mece por las tardes las alamedas. En esta madriguera podré encontrar el consuelo de la tierra. Porque en mi diccionario



la cueva es el habitáculo desde donde se puede escribir de la libertad. Y Ángel Ganivet la amó verdadera y absolutamente.

## 2

Ángel Ganivet tuvo un origen humilde. Y junto a su origen, la suerte de un apellido raro y saltarín: Ganivet.

Desde finales del siglo XVII en que un francés procedente de Turena llegó a Cogollos de la Vega, en Granada, los ascendientes de Ganivet, los Pedros, los Juanes, los Antonios, fueron dispersando su raro apellido por las Alpujarras, hasta llegar a sus abuelos y sus padres. Su apellido fue tan ilustre como el pan que amasaban en su horno, pues en el horno de cocer pan de su abuelo, con su molino de harina, es donde nació Ángel Ganivet.

Ganivetes hubo reconocibles que lo precedieron y que ya anticiparon su raro ingenio. Se podría rastrear por las palabras el árbol genealógico del personaje: Gaignebe o Gaynebet, Gainivete, Cañivet, Gañivets: Ganivet. Curiosa metamorfosis la de las palabras, que se cambian de boca en boca con la facilidad de las opiniones o la frugalidad del sonido de la lengua materna, si tienen la suerte de ser libres sin que ninguna autoridad las atenace de miedo o las congele en la absurda norma de un diccionario. Las palabras no las inventan los filólogos, afortunadamente, ni los académicos ni esos vacuos prebostes de las letras. Las palabras las inventa el capricho del escribano o del párroco que anota erróneamente el apellido en un acta de bautizo, o el artesano o el labriego que las transforma mientras maldice al cielo por el mal tiempo, o la madre que las acuna mientras duerme a su hijito. Y corren y se moldean de boca en boca hasta parar en la forma perfecta que acaban teniendo, como el guijarro que es redondo a fuerza de que lo arrastre el agua del torrente y lo amuele o pulimente el polvo y los golpes del camino.

Ganivet. Canif, en francés: cortaplumas. Cañivete, en castellano antiguo: cuchillo pequeño. Ganivet, del catalán: cuchillo. En el origen de su apellido estaba ya todo lo incisivo de su vida.

## MADRID, PARIS, BERLÍN, SAN PETERSBURGO, O MUNDO

### 3

A Ganivet lo conocí como casi todos los estudiantes de nuestra generación, como un escritor de la generación del 98, algo raro y muy segundón literariamente. Más famoso por las excentricidades de su vida que por su obra. Por supuesto que sus mejores libros fueron excluidos del canon literario, como sus *Cartas finlandesas*, el más delicioso libro de viajes de la literatura española, o su original novela autobiográfica *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, sorprendente ajuste de cuentas que escribió en el Báltico, puesto ya el pie en el estribo. En España se leen los autores y las obras que interesan, no las mejores. Por eso el único libro que se conoce de Ganivet es su soso *Idearium español*, que la crítica franquista consideró fundamental, y por eso se asoció en los manuales de literatura los detalles morbosos del final de su vida con el desastre del 98, el dolor de España y todas esas vainas que a Ganivet le interesaron tan poco. Y la verdad es que yo no lo hubiera conocido ni lo hubiera leído más, si no es porque hace cinco o seis años un amigo, Virgilio, me encargó que hablara de la poesía francesa de Ganivet en un ciclo de conferencias de Granada. ¿La poesía francesa de Ganivet? No tenía ni idea de que hubiera escrito poemas en francés. Y yo dije que sí antes de conocer esos poemas porque no tenían a nadie que diera la conferencia y porque yo soy ese tipo de escritor que hace lo que le mandan, los trabajos difíciles que los escritores importantes no quieren aceptar o aceptan por mucho más dinero.

Al leer esos poemas franceses, me di cuenta de que había dentro un mundo fascinante de flores raras, con amores intensos y sombríos. Y lo que empezó siendo un trabajo rutinario de traducción y de filología, un compromiso que había que solucionar pronto para una conferencia de tres cuartos de hora o del tres al cuarto, se convirtió en una obsesión. Desde entonces, Ganivet me atrapó, estudié minuciosamente los detalles de sus últimos años de vida en Helsinki y en Riga, traduje y edité su poesía francesa y mi vida empezó a girar hacia no sé qué sitio inesperado, por donde ahora transito.

### 4

A Ángel Ganivet, en la Navidad de 1895, le notificaron en Amberes, donde ocupaba el puesto de vicecónsul de España, que acababa de ser ascendido por antigüedad y que debería presentarse antes de un mes a tomar posesión de su nuevo cargo: cónsul de España en Helsingfors —la actual Helsinki—, en el Gran Ducado de Finlandia, dentro del Imperio ruso. Hubiera querido tomarse antes unas vacaciones en Granada, o visitar a sus amigos de Madrid, pero le urgían a ocupar su nueva plaza, pues en el consulado de Helsingfors había muchos asuntos que resolver.

Una vez que recibió el viático o finiquito, o sea, la paga de mil doscientos francos de su vices consulado de Amberes, Ganivet se apresuró a ocupar su nueva plaza. En recorrer los más de dos mil kilómetros ferroviarios que separaban Amberes de Helsinki, tardó unos siete días, desde el 25 de enero hasta el 1 de febrero de 1896, con paradas en Berlín, para conocer la nueva capital alemana en un paseo frenético de un día, Königsberg, antigua capital de Prusia, y San Petersburgo, donde se entrevistaría con el embajador español de esa ciudad, del que debería recibir una serie de instrucciones. El barco era más directo, pero los hielos del Báltico impedían la ruta en esas fechas.

Ganivet llegó a Helsingfors en dos viajes diferentes: primero desde Granada hasta Amberes:

Granada, Bobadilla, Bailén, Madrid, Irún, Burdeos, París, Bruselas, Amberes; luego desde su consulado de Amberes hasta su nuevo destino: Berlín, Königsberg, San Petersburgo, Helsingfors. Y los siete días del segundo viaje los ocupó entre los compartimentos de primera, vagones restaurante y coches cama, los trasbordos entre trenes, las visitas fugaces que haría durante el viaje con noches de hotel incluidas, los cruces de frontera y las esperas en las cantinas de las estaciones.

Los vagones de primera tenían cómodos compartimentos de madera con lujosos asientos acolchados y finos visillos de encaje en los cristales; y el coche cama ofrecía una enorme comodidad, a pesar de la insana contingencia de la estrechez, del pestilente olor a chamusquina, sobre todo en los túneles, y del traqueteo continuo. Además, la vida social viajando en primera clase se prestaba siempre al galanteo y a la demora del paisaje, con la sucesión de pueblos, cortijos y haciendas rurales, de árboles y el tableteo del hilo del telégrafo. La noche ayudaba a dormir y a olvidar la eterna sucesión de tenues luces.

Le mezcla y profusión de lenguajes distintos fascinaba al nuevo cónsul. Durante el viaje tuvo la ocasión de abordar a una joven francesa, Juliette, compañera de compartimento, a la que acompañó cortejándola desde Lyon hasta Berlín y que le sirvió para practicar su francés y para conocer detalles de la vida parisina. Le entristecían las fronteras. En su viaje desde Amberes tuvo que pasar dos: la de Prusia y la de Rusia. Su pasaporte diplomático era una llave que abría casi todas las puertas. Pero sabía que Europa se desangraba por el problema de las nacionalidades y también sabía algo que había aprendido en sus viajes: los soldados de cualquier causa o nación, bajo el chirrido de los himnos y el flamear de las banderas, solo aspiraban a terminar su servicio para volver a sus casas e incrementar su familia.

## ARTE DE CETRERÍA

5

Pasear por el campo helado de febrero en un sitio como Galera tiene de bueno la evidencia de la ruralidad absoluta, tan difícil ya de contemplar para un poeta como yo que vive siempre enredado en el tráfico de las ciudades. Se oye la lengua del agua de las acequias, mansa y transparente, se percibe el rumor del aire en las ramas esqueléticas de los almendros y se adivinan nevados los perfiles de los montes remotos. Los bancales están removidos y helados, aireándose, limpiándose con el agua y con la nieve, esperando el próximo beso acariciador de la semilla. ¡Qué hermosura esta soledad del campo en invierno, cuando sus dueños se ausentaron de él!

A romper esa soledad vine yo, cuando me asomé sigiloso, atraído por el ruido de tres buitres que estaban dejando limpio y escamondado el esqueleto de un pequeño burrito, mal atado e injustamente abandonado en la era, seguramente por viejo o incapaz, al que solo le quedaba ya reconocible la cabeza completa. Los buitres hundían su áspera cabeza en las entrañas del animal y sacaban con facilidad lo blando, casi con la percepción reciente del latido de la carne dañada, mientras espantaban a los cuervos y a otras aves carroñeras menores con algún amenazante graznido. De vez en cuando, alguno levantaba la cabeza, estiraba el cuello para regurgitar algún pedazo de carne, alcanzando con ese gesto épico una altura de casi dos metros. Al descubrirme, los tres buitres alzaron el vuelo majestuoso, en dos o tres aletazos violentos, tomando leve carrerilla y haciendo crujir el mecanismo eficaz de sus alas, para elevarse con la elegancia de la perfección aerodinámica hasta dejarse mecer por la corriente de aire, ya sin esfuerzo alguno. Nada más sorprendente y terrible que el despegue del buitre. Y entonces se acercaban los cuervos, las urracas y otros pequeños carroñeros a terminar de limpiar rosigando y lijando con las cuchillas pequeñas de sus picos lo que forraba todavía los huesos de la presa y las partes minúsculas de la cabeza que los buitres no se habían molestado en extraer. Asusta la normalidad con que el campo incorpora la muerte a sus mecanismos regeneradores. Y pensé que, como afortunadamente la naturaleza no pudo prescindir del espectáculo de la devoración, más vale pertenecer, como Ganivet, a la estirpe de las grandes rapaces, antes que a la de las aves menores.

6

Ángel Ganivet procedía siempre de la misma manera. Viajaba solo y de forma discreta. Cuando llegaba a una ciudad en la que iba a pasar algunos días, lo primero que hacía era vestirse de forma impecable, comprar un periódico local y sentarse a leerlo en algún café. Las noticias de política nacional o internacional, las guerras como la de Cuba, las columnas de opinión de escritores ilustres le interesaban más bien poco. Lo que primero buscaba en un periódico era la sección final de pequeños anuncios, donde se captaba mejor el pequeño detalle de la vida de cada ciudad. Y la vida de la ciudad para Ganivet era la multitud de lindas jóvenes que ofrecían sus servicios de enseñanza del idioma nativo en sus respectivas ciudades. A Ganivet, tal vez la persona más ensimismada y poco comunicativa del mundo, le apasionaban los idiomas o, mejor dicho, las clases de idiomas, porque a través de ellas podía acceder al hondo caudal que una mujer esconde dentro. Cuando había seleccionado dos o tres anuncios que su intuición consideraba fiables, procedía a visitar en la hora anunciada los lugares y las chicas de sus clases de idiomas.

Si una chica, a finales del XIX, tenía que tomar la difícil decisión de trabajar dando clases de

idiomas, era porque la vida se le había torcido de forma inesperada. Solían ser jóvenes viudas sin dinero o madres solteras, buenas lectoras, que habían tenido la ocasión de formarse y que inesperadamente veían su existencia estancada por una situación precaria y, al mismo tiempo, digna, con necesidad de guardar la apariencia. En una gran ciudad siempre había viajeros que necesitaban para sus ocupaciones dominar la lengua local y que solicitaban sus servicios para dar clases de conversación.

Sus «profesoras» veían en ese hombretón sureño y algo desgarbado un importante partido para sus vidas. Después de las clases, él las invitaba a tomar café y pasteles o a comer o a pasear, o a algún espectáculo con la excusa de la práctica del idioma en aquellos lugares finos y discretamente caros donde ellas no podían entrar habitualmente por falta de dinero, y sí las otras que habían tenido más suerte en la vida. Y las invitaba y las halagaba con descaro hasta que conseguía toda la intimidad que deseaba, de la que él sabía disfrutar como pocos. Luego se iba a otra ciudad o a otras mujeres de la misma ciudad, porque Europa estaba llena de jóvenes con cuerpos que eran una promesa de nuevas experiencias, y él era diplomático, y sabía vestir y estar y hablar y tratar a cada una de la forma más conveniente, sin miedo al fracaso.

7

*A Francisco Navarro Ledesma  
París, 12 de julio de 1892*

*Querido Paco:*

*... Debo yo comenzar hablando de mujeres (...) he conocido un millón al pasar y de este millón he elegido solo dos para mis experimentos, pero con tal tino y destreza que creo haber tropezado con dos tipos o patrones de mujer parisién (...). Hay un número inmenso de mujeres que asaltan; esta es la canalla que siempre sobra y con la cual toda operación tiene carácter mecánico; las mujeres que valen se hacen un poco de pieza y hay que buscarlas ya siguiéndolas con arreglo a la táctica universal, ya pasando por el trámite del afianzamiento como fórmula; y de las honestas no digo nada porque no he tratado a ninguna (...). Mis dos sujetos o sujetas son, la primera morena de pelo muy negro y ojos verdosos, de buena talla y bastante gancho; la segunda rubia, de cutis blanquísimo, pequeña y con todo el corte de la mujer trabajadora (...). Mademoiselle Renée tiene gustos desordenados y anda más que en tren. Tiene especial placer en hacer gastar dinero, aunque sea sin provecho propio, rasgo distintivo de las mujeres de aquí; parece que están secretamente apalabradas para sostener el jaleo parisién y se puede asegurar que el cincuenta por ciento de los cafés y brasseries, de los espectáculos, de los carruajes, etc. vive merced a esta gente. Tiene además la particularidad de ser una indecorosa por todo extremo; goza haciendo tonterías en público, porque aquí están permitidas, salvo el coito, que hasta ahora no se efectúa en público (...). Después de todas las operaciones preliminares, que consistieron en gastar algunos francos en cerveza y coche, nos fuimos al Grand Hotel du Nord (...). Mademoiselle Bertholet tiene gustos modestos y es económica en todo, hasta en el uso de la palabra; esta no quería bocks, ni voiture, ni théâtre; pero pidió que le comprase una caja de pastillas de jabón y un frasquito de esencia; dimos un gran paseo, yo siempre procurando aprovechar todas estas ocasiones en pro de mi educación lingüística; después fuimos al hotel Valenciennes y pasamos un buen rato, porque esta joven no es muy aficionada a quedar fuera de casa. Gasta fajas, dobles camisas, una corta y otra larga, y pantalones; todo su atavío desde el sombrero hasta el calzado denota no estar hecho a*

*propósito para este género de combates. Otro detalle es que esta no exige dinero y se contenta si le dan alguno. Después que salimos del garito nos encaminamos al Molino Rojo, un centro de baile donde se hacen cosas inauditas. (...). Cuando clareaba el nuevo día sin haber podido coger el sueño (...) notó mademoiselle Renée Block que yo me rascaba un poco más de lo que fuera conveniente y de pronto, tocándome en la frente con el índice, abriendo desmesuradamente los ojos, dejando caer el labio inferior y haciendo en suma todos los movimientos que preceden y acompañan al terror, exclamó con entonación trágica «tu as des petites bêtes». Sentí yo una inundación de risa invadir todo mi cuerpo y protesté como un inocente de la inculpación. Siguió a esto un ligero examen de los lugares en que la pequeña fauna se desarrolla, pero la fortuna quiso que se hubiesen derramado en el lecho algunas partículas de tabaco de un cigarrito que yo galantemente había ofrecido a Renée, y el tabaco explicó satisfactoriamente la situación, y todo quedó en una balsa de aceite...*

Ganivet disfrutaba dos veces de sus aventuras amorosas, una viviéndolas y otra escribiéndoselas a sus amigos. Como el entomólogo que persigue, captura, disecciona y colecciona insectos; como el botánico que ordena y completa las distintas secciones de su herbolario, así Ganivet elaboraba mentalmente el gran catálogo de las mujeres del mundo occidental. ¿Qué buscaba en el cuerpo de cada mujer? La cueva, el abismo. En la respiración confiada, en el olor de la piel, en el tacto del cabello, en el roce de las prendas interiores que él ayudaba a quitar parsimoniosamente o en el leve sonido de un pecho cálido en su mejilla, Ganivet se abismaba por ensoñaciones placenteras, cuyo recuerdo posterior animaba y daba sentido a su vida, y le hacía percibir cada instante y cada sensación como si fueran eternos. Había un intento de volver al útero materno, un impulso de muerte a través del otro cuerpo, del que él se apoderaba como si fuera la primera y única vez del mundo en que un hombre había iniciado la ardua tarea de conocer a fondo un cuerpo ajeno. De tal manera, que ocurría la siguiente contradicción: alguien tan libre como Ganivet se sentía continuamente enviciado y atrapado en la sal de otro cuerpo.

## 8

A Le cygne blanc, que era un discreto establecimiento de la calle Sainte-Anne, entró Ganivet una tarde de noviembre de 1893. Había venido a París desde Amberes a hacer varias gestiones, entre otras la de buscar un piso de alquiler. Y decidió volver a ese burdel que tanto le gustaba por lo discreto y por la calidad de sus mujeres. El de la calle paralela, el famoso Chabannais, no le gustaba tanto porque solían entrar famosos con su acompañamiento y no se estaba tranquilo dentro debido al revuelo que rodea a la gente importante.

En la recepción de Le cygne estaba *madame* Claudel que, cuando lo vio llegar, se adelantó a saludarle.

—Bienvenido, señor Ángel. Me alegra verle de nuevo. ¿Cómo va todo?

—Bien, bien... —contestó seco Ganivet, que no era amigo de muchos preámbulos.

—¿Desea tomar algo? ¿Le traigo su copita de *pastis*?

—Bueno, un *pastis*.

Y dando una palmada, pidió la bebida en voz alta, cogió a Ganivet por el brazo y lo acompañó a la sala contigua, donde había sentadas cinco mujeres de muy buen aspecto, entre los veinte y los treinta años, bien maquilladas, vestidas todas ellas con ropa ligera de fiesta y fina lencería, muy

escotadas, con medias y ligeros, zapatos de tacón y leves tocados en la cabeza sobre cabellos recogidos con trenzas. Algunas fumaban largos cigarrillos con boquilla. Ganivet se sentó junto a una mesa pequeña, en donde una camarera, también de ropa corta y piernas largas, puso un vasito de *pastis* y comenzó lentamente, mientras le acercaba el escote a la altura de la cara, la ceremonia de verter el agua de un jarrillo en el aguardiente, hasta conseguir una mezcla blanca perfecta. Cuando se fue la camarera, se acercó *madame* Claudel.

—¿Qué chica le gusta más al señor? ¿Desea que le presente alguna?

—¿Está Anne?

—El señor me va a perdonar, pero Anne no se encuentra en estos momentos...

—Vaya... ¿Cómo se llama esa pelirroja, la del vestido de tirantes?

—Justine, ven aquí, el señor desea hablar contigo...

Justine, que era una pelirroja de pechos voluminosos y cintura estrecha, se sentó a su lado y Ganivet estuvo un rato hablando con ella. Esta conversación previa la valoraba mucho porque, aparte de conocer a la chica y calcular las habilidades que ella tenía guardadas para él, le ayudaba en su aprendizaje idiomático del francés. Tras unos diez minutos de conversación, acabado el *pastis*, Ganivet y Justine se levantaron y entraron a un pasillo camino de la habitación de la chica.

Desde aquella Juana incansable de la tropa humana, que lo desbravó a los quince o dieciséis años en una esquina de la calle Ballesteros de Granada, Ganivet nunca dejó de practicar el hábito de los burdeles en ninguno de los lugares de su paso. Por supuesto él nunca iba a los burdeles de las ciudades donde trabajaba. Allí se conformaba solo con profesoras. Y París era siempre la ciudad amable propicia para este tipo de aventuras.

Aunque *Le cygne* era una excepción, a Ganivet no le gustaban mucho los burdeles de la burguesía. Tenían demasiada vida social. Podía ocurrir que coincidieran en uno de esos lugares un ministro y el cabecilla de la oposición, un jefe de la policía y el delincuente al que buscaba, un periodista satírico y alguna de sus víctimas, o un peligroso nihilista y el militar de alta graduación al que tenía que asesinar al día siguiente, y todos se saludaban con la cara complaciente del animal satisfecho. Los actos de espionaje y contraespionaje, los asuntos de Estado y de embajada, los grandes negocios se solventaban antes en los lujosos salones del burdel que en las cámaras y despachos oficiales. Y se encontraban allí a veces mujeres cultas, inspiradoras de poetas y pintores, con verdadero *glamour*, que sabían enloquecer a sus clientes con otros encantos distintos a los de su propia humanidad, tocando el piano o instrumentos de cuerda con rara habilidad, cantando *lieder* y otras canciones, recitando versos o hablando con sus clientes de Nietzsche o Schopenhauer. Aunque también estaban las otras, las que podían hacer enloquecer con sus movimientos y sus arrumacos de gatas misteriosas al hombre más virtuoso y exigente.

A Ganivet le gustaban los populares, que visitaba frecuentemente. En estos había más variedad de mujeres y, sin el aparato social que tanto le molestaba, se comía, se bebía de forma franca y campechana, se fornicaba y se dejaba pasar el tiempo por poca cantidad de dinero. Tenían de malo que se notaba algo el paso de la humanidad sobre algunas chicas. A Ganivet le gustaba adivinar en estas flores marchitas, algo ajadas, la promesa de su anterior belleza. Y las trataba con una cortesía poco habitual que las ruborizaba, devolviéndoles con sus palabras el recuerdo de antiguas virginidades ya perdidas. En un burdel de Valencia, trató durante un viaje a una mujer llamada Paulina, que lo retuvo por lo menos una semana, enviciado como estaba con ella,

haciéndole llegar con retraso a Barcelona. Otra vez, a una mujer de carnes morenas y rotundas, de rostro angelical y de hechuras de cierta buena crianza, que viajaba con él en un tren desde Granada a Madrid, la reconoció como del oficio, le acertó la mancebía de la calle Preciados en que trabajaba, y la invitó a ir con él a su casa, en donde se alojaría, junto con su mujer, Amelia, hasta buscarle una solución y sacarla del atolladero en el que, por culpa de un mal hombre, había caído. Eso le ocasionó algunos disgustos domésticos, pero consiguió que un estudiante amigo suyo se interesara por ella y la sacara de la prostitución.

Siempre viajaba pendiente de las prostitutas. En cualquier sitio en que estuviera, en los lugares de sus viajes y sus trabajos siempre era sensible a esas obreras del sexo, que la burguesía, cuando ya las había gozado, arrojaba a la cuneta, para que algunos novelistas como Galdós, como Zola, o como López Bago y Baroja se interesaran por ellas, como un médico se interesa por la evolución de una enfermedad. Por otra parte, siempre que veía a una mujer, en cualquier sitio, de cualquier edad, de cualquier condición civil o social, Ángel Ganivet tenía la obsesión de imaginársela como si fuera una prostituta y de desnudarla con la mente, adivinando los roces secretos de sus formas y sus prendas de vestir e imaginándose sus gestos de placer. De cualquier ciudad nueva a donde llegara, le interesaban los burdeles, su localización, su funcionamiento, el tipo de mujeres que había dentro. Y no sabía vivir al margen de esas fantasías.

Lo que Ganivet buscaba en el cuerpo de las mujeres era el secreto que guardaban dentro. Cada una tenía el suyo y él se esforzaba en descubrirlo en uno o, como mucho, dos encuentros. Era ese momento de debilidad en que la mujer se abandona, ese instante de magia en que el cuerpo tiembla y no es dueño de sí mismo. Era la muerte, la fascinación de la muerte en la dejación de los sentidos lo que Ganivet trataba de aprender en la vibración de otro cuerpo. El encuentro con su propia muerte en mil mujeres repetido.

## 9

Cuando a partir del 1 de febrero de 1896 ocupó su plaza en Helsingfors, a medida que se iba estableciendo, le sorprendió no encontrar allí burdeles. La mujer en Finlandia ocupaba una situación muy parecida a la del hombre, era tan libre como él, y no se requería el uso de la prostitución ni estaba bien vista. Se añadía a esta complicación la de que Helsingfors era una pequeña ciudad, de unas setenta mil almas, en la que todo se sabía. Así que trató de poner en práctica su estrategia y buscó a través de la prensa a una profesora de sueco, del género formal, que supiera francés o alemán, que él hablaba bien, para aprender algo de sueco o ruso, y se encontró con la agradable sorpresa de que el piso donde esa profesora vivía era un burdel encubierto, a cargo de una viuda alemana. Bajo la excusa de dar clases de idiomas, Ganivet pudo encontrar allí momentáneamente algo a su acomodo. Poco más tarde descubrió que, aunque la ley prohibía allí las mancebías, se permitía ejercer la prostitución en casas de como mucho dos señoritas, autorizadas y convenientemente controladas por la policía para evitar la presencia del ama, de chulos, y los desórdenes relacionados con semejantes establecimientos.

Lenta y ordenadamente, Ganivet iba recobrando sus hábitos en donde quiera que viviese, adaptándose camaleónicamente a las nuevas situaciones, deslizándose por los huecos que le dejaban sus ocupaciones consulares, pues sabía que en todos los lugares y en todas las culturas el mecanismo del amor se mueve, salvando los matices, con los mismos resortes, y que el agua se filtra por todas las rendijas y grietas pequeñas que existen sin más motivo ni otra necesidad que obedecer a la ley de la gravedad.



## LA NIEVE

10

Esta tarde de inicios de febrero ha nevado copiosamente y, mientras escribía junto a la chimenea, me ha venido el recuerdo de una nevada de mi infancia. Yo era un crío y, sin que mi madre lo supiera, salí a la calle y en el alféizar de mi ventana empecé a hacer unos muñequitos pequeños de nieve como los que mi madre a mí me hizo una vez, usando piedrecitas para los ojos y palitos para la nariz. Yo no sabía que la nieve dolía en las manos después de mucho rato ni tampoco sabía que las zapatillas de tela que llevaba puestas se mojarían tanto, ni que yo me resfriaría por eso, así que me puse perdido y mi madre, cuando me vio, se enfadó mucho, y me regañó y me pegó dos o tres merecidos pescozones.

Desde la ventana de mi mesa de escritorio en la cueva he visto hoy, casi cuarenta años después, los distintos tipos de nieve. Primero fue una llovizna fina acompañada de viento fuerte lateral, luego el aguanieve ha golpeado los cristales sonoramente y, por último, en una sensación de acabamiento, ya sin viento y sin tiempo, cuando el cielo se ha parado, unos enormes copos han comenzado a caer balanceándose de forma suave y vertical, haciendo leves redondeles caprichosos y mansos. La nieve es la muerte porque no hay vida en ella. Es el fin del tiempo, porque nada en ella progresa ni procrea ni sobrevive. Sin embargo, esa nieve bien almacenada en las cumbres es la evidencia de las cosechas futuras, y el hombre sencillito de campo, que no lee a poetas ni tiene labranza en el invierno, la espera y la quiere y la venera.

11

A Ganimet la nieve le acompañó desde siempre. Se crio a las faldas de una montaña imponente, Sierra Nevada, que desde pequeño le enseñó todos los matices sutiles de la nieve. La nieve rosada del alba, y la brillante de la tarde, cuando el sol del ocaso destella en los neveros. La nieve de la ventisca estampándose de lado en las bardas de los caminos, la madera de los carruajes o el paño de los gabanes y las capas. La nieve sorda y mansa, cayendo bajo el cielo gris oscuro. La nieve insolente de los días de sol, cuando heló de madrugada bajo la claridad de las estrellas. Luego en Madrid, en París, en Amberes, se acostumbró a ella de forma diferente. Mientras más al norte, más feroz, con menos suavidades y matices. Aunque él sabía bien que la enseñanza primera era la buena, que él se paseaba por los puertos del norte de Europa casi a pecho descubierto con la asignatura de la nieve bien aprendida. Si lo amamantó una gran montaña, ¿quién iba a enseñarle nada de frío que él no hubiera aprendido ya?

El 27 de enero de 1896, esperando el tren para Königsberg, de camino a su nuevo destino, paseó todo el día por Berlín: levantó andando todo el plano callejero, admirando el mal gusto de los alemanes para las estatuas y viendo más militares que personas por las calles. Ganimet detestaba a los militares porque le incomodaba cualquier signo de autoridad. La gente en Berlín llevaba gruesas vestimentas, mientras él llevaba una ropa de medio pelo, aún sin el abrigo de pieles y el gorro de astracán que pensaba comprarse en San Petersburgo. Presumía de no haber pasado frío en Berlín gracias a su dieta vegetariana, que le permitía conservar mucho más el calor corporal. En Königsberg, el 28 de enero, lo seguía viendo todo nevado y, mientras miraba en el puerto los barcos clavados en el hielo, seguía sin sentir frío. Solo en San Petersburgo, el día 30 de enero, cuando se compró el abrigo y el gorro que necesitaba, empezó a sentir de vez en cuando como algunas leves rachas de aire fríísimo: eran los quince grados bajo cero de un día normal del

enero de San Petersburgo, durante las pocas horas de luz. Siempre tenía esa sensación de fuego dentro que le agobiaba y que le hacía huir de los abrigos.

Cuando llegó el 1 de febrero a Helsingfors se encontró con todo lleno de hielo y de nieve y el puerto cerrado, con el agua congelada. Dos noticias le agradaron mucho: solo podría desplazarse en trineo de un lado a otro, por la incomodidad de andar por la nieve con unos chanclos o raquetas especiales incomodísimas, y solo se podía trabajar seis o siete meses, de mayo a noviembre o inicios de diciembre, que es cuando el frío permite entrar a los barcos en el puerto. En los meses invernales no tendría que ocuparse de los negocios españoles con Rusia y Suecia correspondientes a las veintiséis agencias que dependían de su consulado. Todo ese tiempo lo pondría en aprender idiomas, conocer profesoras, fumar grandes cigarros mirando la nieve, pensar y escribir, leer periódicos y libros en todas las lenguas que se hablaban en Helsingfors: sueco, finés o finlandés, ruso, alemán, aparte del francés que era el día a día de cualquier oficina diplomática europea. Helsingfors le recordaba a Granada por la tranquilidad de los cielos limpios y mansos sobre la nieve, las noches que hacía claro. Porque en los días de ventisca huracanada, parecía que las casas se iban a levantar de sus cimientos, y él esos días se sentía irremediadamente atraído por el mar. La nieve, su cómplice la nieve, le prometía meses eternos de recreo y felicidad, con una vida ociosa de perpetua vacación.

## EL CÓNSUL IMPOSIBLE

12

Recuerdo aquella gran nevada. Era diciembre. Cuando nieva, nunca hay rayos ni truenos. Es a partir de marzo cuando empiezan las tormentas con aparato eléctrico. Pero aquel día nevaba de forma obsesiva y mi hermana y yo, que éramos muy chicos, estábamos en casa con mi madre. La nieve llegaba al escalón de la puerta, llevaba horas nevando sin piedad. Y por la tarde, sonó el estampido de un trueno. Se hizo luego un silencio espeluznante, que era algo así como el silencio del fin del mundo. Y entonces, mi madre cogió el bote de la sal y, saliendo a la puerta, bajo la nieve, hizo una cruz de sal en el escalón. Para que Dios nos protegiera de los rayos, dijo.

13

El 30 de enero de 1896, Ganivet se dirigió a media mañana a la embajada española en San Petersburgo, en la Fürshtatskaya, 9. El señor conde de Campo Alegre, secretario de primera clase, que lo estaba esperando, le hizo un efusivo y aparente recibimiento, le ofreció un vaso pequeño de vodka, que no quiso tomar, y lo llevó a una sala lujosa, en la que esperaba la llegada del señor embajador.

Después de veinte minutos, se abrió la puerta y entró en la sala el excelentísimo señor conde de Villagonzalo, don Mariano Miguel Maldonado y Dávalos, embajador extraordinario y ministro plenipotenciario de España en Rusia. Ganivet se levantó y le dio fríamente la mano, inclinando la cabeza con un gesto mecánico. El ministro le ordenó con aparente amabilidad que se volviera a sentar. Este madrileño de cuarenta y cuatro años era un hombre muy maltratado por los excesos de la vida social. Su carrera había empezado en 1884, cuando fue elegido, gracias a la sangre de sus padres, diputado por Salamanca. Y desde entonces no había hecho sino desgastarse y engordar. Decían que era amigo personal de su paternidad el zar Nicolás II, según demostraba una de las fotografías que había sobre la cornisa de la chimenea donde posaba alegre con él y un grupo de aristócratas. Tenía respiración de resuello, vestido de traje negro, chalequillo enorme ajustado del que salía la cadena de plata de un reloj de mano, frac con pañuelo blanco, pajarita en el cuello y monóculo en el ojo derecho. Los ojillos de ratón estaban hundidos en la cara congestionada y roja, saliendo su labio inferior, con cierto aire de belfo, entre el bigote negro y la barba muy blanca. Olía a anís. Cuando saludó a Ganivet, su corpulencia apretada por el traje tenía toda la dificultad fatigosa de un mecanismo de fuelles gastados. Este hombre voluminoso y aparentemente bonachón conocía los secretos de los salones donde cuatro familias movían los hilos de toda Europa, y sabía estar de testigo mudo, como la política internacional española, en la habitación contigua a las salas donde se tomaban las decisiones importantes. Hablaba de forma acelerada.

—Verá usted, el cónsul al que usted va a sustituir se niega a entrar en contacto con nosotros porque no consiente que le mandemos en ningún asunto, ni quiere saber nada de una real orden por la que su consulado de Helsingfors debe trasladarse aquí a San Petersburgo durante los seis meses en que ese puerto permanece cerrado por el hielo. Por otra parte, dicha real orden no puede ejecutarse todavía porque no hay dispuestos fondos para ello. Ya sabe usted lo lentas que son las cosas de la Administración. Se disponen reales órdenes y no se calcula presupuesto para ejecutarlas. El resultado es un desastre para nuestra embajada. Todos los negocios que vienen del Gran Ducado de Finlandia están parados... Hasta el cónsul honorario hace más gestiones que el titular. Una vergüenza. Pero como Rolland es funcionario de carrera, igual que lo es usted, pues ya

sabe... ¿Es que ha nacido en el mundo alguien que pueda echar a un funcionario español?

Y siguió explicándole aspectos relativos a su consulado, como el conflicto lingüístico, los problemas entre los rusos y los independentistas finlandeses, los intereses cruzados entre Suecia y Rusia por dominar en Finlandia, los intereses comerciales españoles y los conflictos abiertos, sin resolver. Y terminó entregándole una carpeta.

—El secretario le ha preparado en esta carpeta un resumen de los asuntos pendientes más importantes. Infórmele a él por carta de las gestiones y los inconvenientes que tenga para resolver estos asuntos... Y esté atento al telégrafo. Esperamos lo mejor de usted. Ahora, en lo que queda de día, le aconsejo que vaya al museo de pinturas de aquí, es muy bueno. Yo mismo me encargué de gestionar la compra de un par de cuadros de Murillo para que completaran una buena sala dedicada a la pintura de la escuela española. Tiene en la puerta un trineo esperándole. Yo debo prepararme para atender un asunto que tiene que ver con uno de los sobrinos del zar... Si me disculpa...

Y sin decir más, se levantó y se dirigió a la puerta con parsimonia, arrastrando fatigosamente los pies, dejándolo solo a Ganivet en la gran sala de visitas, finamente decorada al estilo rococó, con pinturas en las paredes y trampantojos a la manera pompeyana, donde, por ser la primera vez, había tenido la deferencia el señor embajador de atenderle. Este hombre, que mandaba poco en los círculos diplomáticos de Rusia, pero que era muy bien recibido por todos, sabía estar y se había granjeado la amistad del propio Nicolás II gracias a unas botellas de amontillado y otros vinos generosos, siempre olorosos dulces, que le hacía traer desde Jerez, Montilla y La Palma del Condado hasta las célebres bodegas de Massandra, que su paternidad, buen amante de los vinos y en especial de los dulces, cuidaba con devoción en Crimea.

#### 14

Se instaló primero en la casa del anterior cónsul, en Nicolaugatau 21. Era parte de una casa de una familia cosmopolita inglesa-alemana de empleados de comercio, con la que tenía que convivir, ella inglesa y él alemán, con cinco hijos, tres varones y dos mujeres. Con el padre y los hijos se entendía en alemán y con la madre hablaba inglés. Ella le recordaba levemente a una reconfortable *miss* Rosa con la que había tenido la oportunidad de practicar su inglés hace dos o tres años en una de sus estancias en París. En aquella pequeña Babel disponía de tres habitaciones, una gran sala bien amueblada por el gobierno de España para las funciones consulares, la alcoba suya y una especie de salón previo fundamental para que la gente de estos climas al entrar en una oficina dejara todos sus atavíos, abrigos, gorros, y chanclos o raquetas para andar por la nieve. Las cuatro comidas diarias eran responsabilidad de la familia con la que vivía.

Pronto empezó a buscar otra casa entera para él, la casa de su completa privacidad, y la encontró en el barrio de Brunnsparken, en Öestia, 12 A, en medio de un bosquecillo o parque, con una enorme balconada que daba al mar helado, con espacio suficiente para pasear dentro. Ocupó esa nueva casa desde marzo, y contrató a una buena señora de origen popular que se encargara del servicio, sobre todo de la limpieza y la comida, y que también le pusiera al día de todos los asuntos importantes de la gente y de las cosas de la ciudad. Y allí empezó a vivir solo, escribiendo y fumando frente al mar helado, solo frente a la nada que es el hielo y la nieve, a pecho descubierto bajo los cielos transparentes del Báltico en los días en que la luna llena iluminaba el paisaje de fulgores blancos, o junto a la tempestad, con el mar paralizado a sus pies,

solo frente a la nieve de su infancia en un camino desandado voluntariamente, frente a la muerte que era la nieve, frente a la enorme sierra desvelada que desde Granada lo observaba todavía sin descanso.

15

Ángel Ganivet tomó posesión de su nueva plaza de cónsul de España en Helsingfors el 1 de febrero de 1896. Allí le esperaba su compañero de carrera, Rolland, deseando traspasarle unos poderes que él ya consideraba oxidados. Tuvo una cordial comida con él, en un restaurante francés cercano al consulado, en la calle Nikolaugatau. Rolland era un hombre alto, delgado y de pelo castaño, de buena presencia, con un bigote fino que corría por encima del labio haciéndole una simpática cara. De sus familias francesa y andaluza, padre banquero francés y madre de Triana, había recibido una buena educación, mezcla de la finura sevillana y de las elegancias del gran París fin de siglo.

—Mira, Angelito, estos condes de Villagonzalo y de Campoalegre son nombrados ministros y diplomáticos para devolver favores personales, y realmente solo saben de escanciar manzanilla y de ajustarse bien un chalequillo o ponerse la pajarita o el lazo. Son la eterna nobleza zángana española. Y los funcionarios somos los únicos que mantenemos en pie el tinglado este. El embajador te habrá hablado mal de mí, seguro. Desde el despacho de un palacio rococó no se tiene ni idea de lo que es la política de campo, ni los problemas sobre el terreno. Me pedían cosas imposibles, y yo no quería convertir esta oficina en una chamarilería para que ellos le dieran gusto a la familia del zar con mil caprichos, a cambio de favores personales en los que ni España ni yo ganábamos nada.

—Está claro que estos dos no saben ni colocar San Petersburgo en un mapa —contestó Ganivet—. Yo, de todas formas, utilizaré mi estrategia: les diré a todo que sí y luego haré lo que me dé la gana, como hago siempre.

—A mí, en cambio —replicó Rolland— me gusta poner las cartas sobre la mesa desde la primera partida. No me gusta la política de la confusión. Aquí hay mucho lío político: los rusos, los suecos, los finlandeses; y, dentro de los finlandeses, los que quieren ser independientes... Y luego están los pueblos autóctonos, como los lapones. Hay que andar con cuidado aquí si se juega con una doble baraja...

—Por cierto, que lo que más le ha molestado al de Villagonzalo es lo de que no aceptaras estar seis meses en San Petersburgo, durante el cierre del puerto de Helsingfors...

Rolland puso cara de hastío. Comía elegantemente. Había pedido un plato de salmón a la *manière*, con patatas y mantequilla, y de beber, un vaso de vino blanco de Alsacia. Ganivet se conformó con una coliflor *aux fines herbes*, aunque le molestó que estuviera hecha con mantequilla, en vez de con aceite de oliva; y bebió dos vasos de leche. Rolland veía a su sustituto como un iluminado, metido por circunstancias en el oficio diplomático, y le parecía realmente simpática esa manía del granadino de comer, beber y opinar a contracorriente de todos.

—Aquí la gente ama el progreso y, a su manera, a pesar de depender de la administración de los zares, tiene alma republicana. Creen que la cosa pública es de ellos y miran al rey ruso de lejos, como personaje extranjero, de adorno, que no pinta nada, sin ser partidarios ni enemigos de él. El país de mi padre empezó a prosperar cuando quitaron de en medio a los Borbones y a todos los parásitos de la nobleza que compadreaban con ellos. No hay cosa más higiénica que la

guillotina. Y en España debería pasar lo mismo. La república es el presente necesario de los pueblos prósperos.

—No creo que lo de la república o lo de la monarquía influya mucho en eso del amor al progreso de los ciudadanos. En el país de tu padre matan todos de forma bárbara con monarquía o con república —contestó Ganivet con cara de resignación—. Lo mismo da las cabezas de los nobles rebotando en el tablado de la guillotina que los cuerpos de los comuneros masacrados por las balas monárquicas. El caso es matar. A España el olor a puchero de garbanzos no se lo quita ni la monarquía ni la república, porque el mayor límite político que un español entiende es la familia, su mujer o su suegra...

Ganivet hablaba con parsimonia, con tono descreído pero cordial. Le aburría hablar otra vez de la eterna alternancia de monarquía y república, los nuevos acontecimientos sociales que, desde la Comuna francesa, cambiaban el mundo, el atraso de España con respecto a las demás naciones, la guerra de Cuba...

—Y las mujeres de aquí... ¿cómo «funcionan»?... —le preguntó Ganivet con retintín y cierto brillo en los ojos, haciendo un brusco cambio de tema.

—Las mujeres de aquí parecen como todas. Pero su reloj marcha de otra manera. Las educan igual que a los hombres y muchas quieren ser independientes, vivir solas, o buscar a un hombre mayor con dinero, para seguir viviendo la vida alegre. La falta de religión, que les inculcan desde la escuela, hace a las mujeres de aquí menos sentimentales y hermosas que las de España o las de Francia... Es una lástima: viven sin saber lo que es esa espina dorada del remordimiento.

Ganivet anotó en su cabeza lo que le dijo Rolland, que era de su promoción y con el que había aprendido, en sus paseos y «aventuras» por París y Madrid, muchos de los trucos y picarescas de la vida diplomática. Y detestaba igual que su compañero a los eternos aristócratas españoles que cansaban las embajadas de Europa.

## 16

Durante poco más de un mes, Ángel Ganivet se dio a conocer al cuerpo diplomático y estuvo revolviendo papeles y resolviendo asuntos parados desde hacía tiempo. Ganivet disponía solo del telégrafo, que apenas usaba, y del correo postal para su trabajo. En Helsingfors había cinco cónsules de carrera: el sueco, el francés, el alemán, el inglés y el español. Y se hablaban cinco lenguas para resolver asuntos diplomáticos y comerciales: el sueco, el ruso, el finés o finlandés, el alemán y el francés. Del consulado español dependían al menos veintiséis agencias de comercio. Seis meses al año el puerto estaba cerrado, y se recaudaban diecinueve o veinte pesetas; los otros meses (de mayo a noviembre) el puerto estaba a plena función y se recaudaban más de mil. Además, Helsingfors era un avispero de tensiones e intereses cruzados entre el poder ruso que movía los hilos de la organización política, de la administración, del ejército y de la policía, el poder sueco que aspiraba a mandar y que ya había mandado allí con Estocolmo como el París del norte a un solo golpe de barco, y los nacionalistas finlandeses, sometidos a las dos potencias anteriores, aprovechándose del mejor postor, y organizando de verdad la vida cotidiana de la gente, la pequeña economía y la cultura.

Y Ángel, una vez que dejó resueltos los asuntos más urgentes, solo se dedicaba a estar solo, leyendo y redactando interminables cartas a sus amigos, escribiendo y mandando artículos a *El Defensor de Granada* sobre la vida finlandesa, fumando enormes cigarrillos, pendiente de temas

literarios propios y ajenos en España, buscando mujeres y hablando con mujeres, que eran sus únicas interlocutoras allí. No frecuentaba los salones a los que era invitado continuamente ni mucho menos acudía a los actos sociales, oficiales o privados, organizados por los otros diplomáticos y por las autoridades civiles y políticas locales. Tampoco iba a los teatros ni a las salas de concierto donde hubiera la oportunidad de entrevistarse con otras autoridades, ni atendía con el celo conveniente los encargos de la embajada de San Petersburgo. Era un cónsul imposible y absurdo, dedicado en exclusiva a su propio ensimismamiento.

*A Francisco Navarro Ledesma  
Helsingfors, 10 de marzo de 1896*

*Querido Paco:*

*... No he visto gentuza peor que los cónsules, en particular los de carrera, que no tienen nada que hacer más que chismorrear (...) por no declarar lo que es la verdad pura, que no servimos para nada ni los diplomáticos ni los cónsules desde que fue inventado el telégrafo. ¿Por qué andar con disfraces? (...) En cuanto me canse de estar aquí voy a escribir para que supriman este puesto, que es de los más inútiles, y como me dejen voy a procurar que supriman la mitad de los consulados, por lo menos todos aquellos a los que me destinen, con lo cual haré lo único bueno y útil que puedo hacer en esta dichosa carrera.*

## EN DONDE SE HACE EL RETRATO DEL PROTAGONISTA

17

Por estas tierras pasó mi infancia en un soplo. Me vi crecer sin darme cuenta, sin darle importancia a esa lenta hermosura de ver cómo se hace la belleza, antes de que comience su declive. Ahora, mientras escribo, rondo los cincuenta y casi no me reconozco en mi figura. Y, por prudencia o por miedo, he aprendido a observar la belleza de las cosas que se terminan, el instante de eternidad que hay en la fugacidad de lo que se acaba. Al menos, Ganivet no tuvo la oportunidad de verse con esta edad.

18

Cuando llegó a Helsinki acababa de cumplir treinta y un años. Ganivet era un tipo alto, de largos brazos y piernas, ancho de espaldas y de pecho, hombretón algo desgarbado, de andares resueltos y vestir siempre oscuro, con algún detalle desordenado en su aspecto, a pesar de ser diplomático. Muy veloso. La tez, morena. La cabeza, no pequeña, con una mandíbula inferior sobresaliente, la boca de labios carnosos y suaves comisuras. Su nariz afilada y su barba puntiaguda le hacían el perfil de un egipcio o árabe distinguido. Remataba su cara una elevada y despejada frente, un pelo negro rabioso, tendente a lo greñudo, que él siempre luchaba por domesticar para tener antes pelo de cónsul que no de gitano del Albaicín. Y, por fin, esos ojos, claros y brillantes, de mirada penetrante y dura, difíciles de soportar si te miraban fijamente, como ocurre con las miradas francas de los niños o de algunos perros, que nos cuesta tanto mantener. Solía llevar el pelo algo largo, tocando los hombros, y la barba crecida y negrísima, a la manera romántica. En Finlandia resaltaba esa belleza racial andaluza, que atraía tanto a las mujeres de condición eslava. Dos imágenes se han conservado de su estancia en Helsingfors: la fotografía que le hizo Daniel Nyblin, en su estudio, la primavera de 1896, donde aparece con traje de elegancia y corrección diplomáticas, y con la mirada perdida en un horizonte remoto; y el retrato que le hizo su amiga la pintora Hanna Rönnerberg en la Navidad de ese mismo año.





Ángel Ganivet fotografiado por Daniel Nyblin en 1896, en Helsinki. En la mirada de Ganivet puede verse el rastro de la enfermedad que condicionó sus últimos años.

Había estudiado y leído mucho, y eso le daba una importante seguridad en todos sus actos. Hablaba de forma decidida, siempre muy sobrado y seguro de sí mismo, sin levantar nunca la voz.

Trataba de aparentar un aire clásico, un tono plano de aticismo y sencillez, entremezclando con su dicción correcta y sólida, la amenidad y la dulzura de su dialecto andaluz oriental, que no ocultaba ni en su pronunciación ni en las palabras que utilizaba. Y en esas palabras populares y frescas a las que nunca renunció estaba el recuerdo de su madre y de su origen humilde. Su voz tranquilizaba a las mujeres, era un bálsamo para ellas, y se sabía poderoso hablando. Dejarlo hablar era dejarse caer lentamente en sus redes. Además, en su cara, en su manera de proceder, en sus miradas y en sus silencios, se encargaba Ganivet de poner siempre un halo de misterio, una expresión vaga y espiritual que le venía de dentro y que le abría las puertas necesarias para acercarse al sexo femenino.

## LA JUSTA MEDIDA DEL TIEMPO

19

En los países civilizados el tiempo lo sigue midiendo la religión. ¿Para qué puede servir una religión sino para medir el tiempo? Desde el nacimiento hasta la muerte, desde el alba al ocaso, cada religión acota minuciosamente el tiempo de los mortales. Bendita la hora aquella en que se medía la dicha de los hombres con el sonido rumoroso de las campanas. El repiqueteo alegre de las campanas en los bautizos, comuniones, bodas y fiestas mayores... La sabia dimensión del tiempo en cuartos, medias y horas enteras. El sonido de las campanas pausadas que al oscurecer comunicaba a los corazones inocentes el rezo del fin de la jornada dejaba un no sé qué de nostalgia indecible a quien tenía la suerte de escucharlo. Las campanadas de misa de alba en los pueblos, con su reguero de beatas andando una a una hacia la iglesia. Y esas campanadas de muerto más agudas o más graves, más distanciadas o más cercanas, según el muerto fuese un niño o un viejo al que ya le tocaba la hora. A veces las campanadas precedían al viático y el propio moribundo las escuchaba mientras la procesión del cura con la hostia consagrada se acercaba a su casa.

Desde lo alto de este cerro, en la cueva, esta mañana escuché tocar a muerto. El invierno se llevó a alguien, algún anciano tal vez. Recuerdo el miedo que pasábamos cuando, siendo niños, escuchábamos las campanas repicar a muerto, mientras alguien nos asustaba contándonos historias de aparecidos. ¿Dónde está la huella de aquel miedo antiguo? ¿Dónde las campanas que no habrán de tocar por mí?

20

Para Ganivet el tiempo lo medían las mujeres. Lo primero que escribió en Helsingfors, junto con la resolución de los asuntos urgentes del consulado, fue un catálogo detallado de las mujeres finlandesas, lleno de fina ironía, para publicarlo en *El Defensor de Granada*. Ganivet constató en sus apuntes cuatro tipos de mujeres.

La mujer soltera vive sola con su familia. En esas latitudes tiene una libertad impensable en comparación con los países más meridionales como Italia o España. Se educa igual que el hombre, accede a la enseñanza secundaria y universitaria, entra y sale a su gusto como si fuera un hombre, e incluso hay algunas que deciden dejar de lado al género masculino y volar como palomas solitarias. Para ello no tienen sino que empezar a hablar mal de los hombres, comprarse una bicicleta, que es signo de independencia y feminismo, cortarse el pelo y tener un trabajo relativamente estable o dedicarse a estudiar. Todas ellas entran y salen con amigos o con amigas, aunque hayan iniciado una relación de noviazgo, que no las compromete a nada.

La casada allí es un tipo excelente. No solo se dedica a las tareas domésticas, sino que es experimentada e instruida como el hombre, pues está formada como él, y se une a él no solo por los asuntos domésticos y el afecto, sino por una especie de comunidad de tipo intelectual. Hablan juntos de asuntos serios como la política e incluso alguna de ellas trabaja.

Las viudas, y, en concreto, las viudas jóvenes son el tercer tipo, portento muy común de esta sociedad. Deben su importante número a la costumbre que hay en esas tierras de que un hombre maduro y con buena posición económica, militar, médico o de otro oficio liberal, decida con cierta edad y buena posición social buscar a una compañera mucho más joven. Esta práctica tiene

mucho prestigio social. Y la consecuencia del inexorable paso del tiempo es la viudedad de una hermosa mujer, con una posición económica desahogada. Ganivet escribió de ellas: «¡Bendito aquel que tiene la dicha de intimar en Finlandia con una mujer viuda!».

Queda el cuarto tipo, que son las divorciadas, que es el que más sorprendía a Ganivet, que las veía como una manera de jugar al matrimonio con las cartas descubiertas. Cuando una mujer se enamoraba de otro hombre, se sinceraba con el marido y el marido aceptaba rápidamente la nueva situación de su compañera. De tal modo que se divorciaban de mutuo acuerdo y, cuando la mujer se casaba con su nueva pareja, el marido seguía siendo amigo de confianza de su antigua mujer y de su nuevo marido, entrando en la casa de ambos como en la suya propia. Mientras que en España, por una simple mirada mal medida, se sacaban y se siguen sacando inmediatamente las navajas.

Y en estos cuatro tipos de mujer, Ganivet encontraba una cosa común, que nos contó así: «La cabeza está siempre despejada, y el corazón funciona como un cronómetro. Solo un Hércules podría acometer el trabajo de trastornar la brújula de una mujer finlandesa».

## 21

Manda la cortesía en Finlandia que la puntualidad consista en llegar siempre cinco o diez minutos antes a los sitios. Ganivet, hombre incapaz de sistema u horario alguno que controlase sus rutinas, no usaba reloj, lo que le acarreó algunos disgustos importantes. Pero en Helsingfors, no tenía problemas de puntualidad: su tiempo lo medían las mujeres, que eran un aparato certero de relojería: la muchacha que enciende las estufas a las ocho de la mañana; la mujer de la leche a las ocho y media; la sabia vieja que le lleva las cosas de la casa y que le informa de forma eficiente sobre los detalles de la vida de la ciudad, su *Staederska*, a las nueve; la chica que viene de la oficina, a las doce; la hija de los caseros donde se alojaba al principio, que venía de sus clases, a las dos; su vecina, la joven pintora, que va a comer, a las tres; la mujer del doctor, que pasa en bicicleta, a las cuatro; y de ahí hasta las nueve en punto de la noche en que su criada venía a hacerle la cama. Porque en Finlandia la cama es durísima y se hace siempre justo antes de acostarse.

## EN DONDE SE HACE EL RETRATO DE LA ANTAGONISTA

22

Algunas veces hemos tenido la sensación de habernos encontrado de forma inoportuna con la belleza. Entonces hemos seguido nuestro camino y, al cabo de los años, un día se nos viene a la mente aquel momento extraordinario en que pudimos o no disfrutar de ella. Bendito aquel que es capaz de recordar ese momento exacto que solo se produce unas pocas veces verdaderas, y que da sentido a toda nuestra existencia. Recuerdo todavía el olor del jazmín que llevaba aquella enfermera de un hospital de mi infancia en el bolsillo de la bata; o aquel poema que escuché recitar de León Felipe en el instituto, que me regaló por primera vez el misterio de la poesía; o aquella jovencísima mujer que se enamoró de mí cuando yo pasaba de los treinta, y no me interesé por ella, pero sí recordé levemente casi veinte años más tarde el escorzo de su mirada y su olor. También recuerdo aquellos acordes de piano que casi me helaron el corazón en un concierto, en Berlín, o la primera contemplación espeluznada y alucinante de aquel crucificado de Velázquez. La belleza es un inesperado encuentro que puedes aceptar o rechazar. Lo importante es que no la olvides, y que admitas: yo un día me encontré con la belleza. Solo algunas pocas personas son capaces de recordar recapitulando las dos o tres veces que en su vida se encontraron realmente con ella. Porque la belleza auténtica, la perfección, tienen algo trágico, dañino y doloroso que no todas las personas están dispuestas a soportar. Y Ganivet la encontró, le deslumbró y no la temió. Y yo voy temiendo ese encuentro, tras de sus huellas.

23

Con el puerto helado, sin negocios, sin labor diplomática, sin contacto con los otros cónsules, Ángel Ganivet pasaba días sin hablar con nadie, ensimismado, leyendo periódicos y papeles vulgares en todos los idiomas posibles: sueco, finlandés, ruso, alemán, inglés y francés, y escribiendo artículos para *El Defensor de Granada*, en donde le contaba a sus paisanos granadinos cómo era la vida finlandesa; también escribía sin parar cartas a sus amigos y familiares, con reflexiones originales y extravagantes, propias de su peculiar cordura. Se alimentaba raramente con una dieta casi vegetariana, que según él le hacía conservar el calor corporal, y dos litros de leche al día, fumaba interminables cigarros, no paraba de tomar café y dormía mal.

El sábado 29 de febrero, pasado ya un mes de su llegada, desplegó la enorme sábana del periódico local *Hufvudstadsbladet* y leyó en sueco: «Clases prácticas de alemán, inglés y ruso, a cargo de la señora de Bergmann, de apellido Diakovsky. Brunnsparken, 22. Hora de contacto de cuatro a cinco». Justo al lado de su casa. Aquel anuncio, a pesar de parecerse a cientos que había buscado semejantes, le dio una sensación nueva. Y no dudó en poner en marcha otra vez, como acostumbraba, su estrategia. Se vistió con parsimonia, arreglándose la barba y el pelo difícil de gobernar, mientras reforzaba su autoestima mirándose al espejo. Ataviado con la etiqueta requerida, se puso el abrigo y anduvo con dificultad bajo la ventisca las seis o siete casas de distancia que había entre la suya y la de su futura profesora de idiomas. Golpeó el llamador de la puerta y, cuando esta se abrió, apareció la silueta de la señora Diakovsky, viuda de Bergmann, de veinticinco años.

—Buenas tardes, sea usted bienvenido —le dijo ella, con voz suave, en un impecable alemán—. Pase.

Desde el primer instante en que la vio, Ganivet sintió que ella había nacido precisamente para que él tomara de golpe, de una sola respiración, toda la bocanada de su vida.

24

Cuando Ganivet se encontró con Marie Sophie Diakovsky de Bergmann, supo sin duda que ese instante había sido el más importante de su vida y que, de golpe, se había encontrado con la tragedia de la belleza.

¿Cómo era esa mujer? Para tener una idea cabal de su hermosura conviene imaginarnos a Marie Sophie, a Mascha Diakovsky, haciendo su *toilette*, justo antes de prepararse para recibir y dar la primera clase a su nuevo alumno de sueco y de ruso, el cónsul español en Helsingfors.



Mascha Diakovsky en 1894, con bufanda de visón, dos años antes de conocer a Ganivet.

Sentada en su silla, delante del espejo de su tocador, después de haber abandonado la bañera de un agua templada, aromatizada con jabón de esencias, contemplaba minuciosamente su desnudez. Mientras se miraba, iba acariciando suavemente su cuerpo con los dedos y percibía la finura de su piel, su cintura delgada, sus pechos redondeados, medianos y precisos, y aspiraba el

aroma del jabón mezclado con el de su persona. Pensaba entonces que tan fina y tan esbelta no se había creado proporción humana. La suavidad, la blancura y el leve brillo de su piel eran perfectos, sin un solo pliegue o lunar inoportuno. Lo moreno era una ofensa a su lado. Había aprendido, mientras se contemplaba en las soledades del tocador, a gustarse aspirando su propia delicia. En ese momento de la propia contemplación, la sorprendía una sensación súbita de lejanas tristezas, como de lástima de niña chica, y recordaba su cuerpecillo esquelético por la tuberculosis de huesos, su infancia en San Petersburgo, sus maestros de la Escuela Alemana y, ya en el balneario de Finlandia, en Ulrikasborg, los cariños y cuidados de su padre, el médico ruso Wladimir Diakovsky, todo el día pendiente de su chiquita. Luego pensaba —no lo podía evitar— en el suicidio de su padre, cuando ella empezaba a ser mujer, la orfandad de su familia y las inoportunas dificultades económicas para que ella y su hermano Sergei, a los que nunca les había faltado de nada, terminaran sus estudios de Humanidades y de Música. Era el del baño, cuando se veía sola y desnuda, despojada de todo, el momento íntimo del día en el que se le humedecían los ojos y la inundaba una nostalgia indefinible, abandonándose a la contemplación del espejo, como si desconfiara de que la hermosura que allí veía fuese de otra.

La cara remataba, tras el delgado y esbelto cuello, en la perfección de unos ojos azules transparentes de mirada profunda, en una boca de contornos exactos y firmes, y en una nariz pequeña y puntiaguda, como la de un maniquí. Si no fuera porque el conjunto de su existencia irradiaba personalidad, hubiera parecido una muñeca, más propia de un escaparate de tienda de moda que del mundo real. Se recogía el pelo rubio, sedoso y tierno pero fuerte, de mediana largura, a la manera de trenza reliada que acababa en un moño para protegerlo de esos fríos tan recios. Le agradaba en su *toilette* esa sensación del cabello cayendo y rozando sutil sobre la parte más delicada de la piel del cuello. Soltarse el pelo era un acto de libertad que solo reservaba para los encuentros más íntimos. En público, el pelo iba siempre trenzado y recogido.

Luego se vestía parsimoniosamente, con lentitud calculada, frente al espejo. Una vez puestos los culotes, se ajustaba el corpiño; luego la falda, el polisón leve, el chalequillo sobre la camisa, la estrecha chaquetilla. Y entonces miraba la estrechez de la ropa ceñida a su cuerpo pequeño: vida ágil, apresada bajo el protocolo de una ropa burguesa, equilibrada y sencilla, sin un solo hilo fuera de su control. Y tras el vestido, terminaba repasándose el pelo, su peinado exacto, y la cara con el maquillaje de boca, de ojos, de piel, sin olvidar los toques discretos de perfume y los complementos: unos discretos pendientes a juego con el camafeo de esmalte de Limoges que adornaba su cuello.

Mirarse al espejo mientras se vestía era reafirmarse en su tristeza de paraísos perdidos, de pequeños dolores remotos. Pero también era pensar en qué hombre sería el que tendría el privilegio de disfrutar de ese cuerpo casi intacto. El anterior marido, que la triplicaba en edad, había sido el oficial de la marina rusa Peter Alexandrovitch Von Bergmann, y apenas le había durado dos años dejándole solo el apellido de resonancias germánicas. Un infarto se lo llevó. A ella prácticamente ni la acarició. Marie Sophie no sabía por qué la muerte se empeñaba en seguirla tan de cerca, haciendo apariciones breves y eficaces en su vida. No sabía si ese era el precio que tenía que pagar por su hermosura. Y se vestía a conciencia para desenvolverse en público con la precisión de un mecanismo perfecto. Porque conocía que nadie iba a regalarle nada, que todos tratarían de disfrutar de su belleza y que, en cambio, la muerte la esperaba en cualquier esquina de su paso.

La mirada de Marie Sophie Diakovsky era la de quien se sabe siempre contemplada. Ese conocer su existencia continuamente deseada, observada por otros, hacía que su apariencia fuese



de franca naturalidad, pero al mismo tiempo muy calculada. Imaginaba y sabía anticipadamente el efecto de cada gesto suyo en las conciencias ajenas. Era la viuda más apetecible, y también más insatisfecha de Helsingfors y reservaba sus encantos para el hombre que de verdad la mereciera y le asegurara una posición social digna de ella, capaz de mitigar sus sufrimientos anteriores. Mientras tanto, daba clases de idiomas y dominaba el arte de volver locos a los hombres cuando le interesaba, alternando el gesto grave y serio con los caprichos más inoportunos. Era consciente de que muchos la recordarian siempre y de que su belleza no había nacido para pasar desapercibida precisamente, sino para perdurar entre aquellos que, como Ganivet, hubieran tenido la fortuna o la desgracia, quién sabe, de cruzarse en su camino. Y también sabía que su éxito dependía de aparentar siempre esa fortaleza y esa frialdad, aunque se estuviera deshaciendo por dentro.

## BREVE LECCIÓN DE PINTURA

25

Cuando un escritor se aísla, elige el sitio y la música de su retiro, dedica su pasión a un libro y todas las presencias le son enojosas. En ese estado puede pasar días, semanas, comiendo mal, no sabiendo si duerme o vela, bebiendo desordenadamente, hasta que necesita respirar y salirse afuera a tomar de golpe un sorbo de la vida. Entonces se va a un bar en donde no conoce a nadie y comparte con los otros la banalidad de la vida y de las conversaciones vulgares. Habla de fútbol, de política, del tiempo, y descubre lo hermosamente saludable que es el corazón de las personas sencillas, frente a la borrasca de ideas que habitan en su cabeza insana. El escritor es un ser enfermo que arrastra, entre gentes anónimas que lo ignoran, los gérmenes de sus personajes y de sus versos.

26

Hanna, la pintora, estaba haciéndole a Ángel, su amigo el cónsul español, un retrato al óleo desde hacía tres tardes. Mientras él posaba, hablaban entre sí en francés, aunque cada vez Hanna se encargaba de introducir en su discurso pequeñas frases en sueco y en ruso, según habían acordado, para que su amigo fuera aprendiendo giros y palabras.

—En mi país, las mujeres jóvenes se dedican a cosas distintas —apuntó Ganivet—. A leer, coser, bordar, cuidar los pájaros, regar las macetas, «pelar la pava» —esto lo dijo con un rodeo, acompañando con un gesto intencionado—. Y no pueden hablar solas con hombres que no sean su padre o su hermano. Y a su novio, si lo tienen, solo lo pueden ver con una «carabina» —usó otra graciosa perífrasis explicativa para molestar a su amiga—, que es una mujer de confianza de la familia de la novia que debe cuidar de que esta no pierda la honra. Yo mismo, cuando estoy en Granada, no permito que entren hombres a hablar con mis hermanas.

—Ya veo que la mujer española progresa... —contestó Hanna, con cierta ironía, apoyando la paleta en la mesa que tenía junto al cuadro, y manteniendo un gesto de absoluta normalidad.

—Efectivamente. En mi país el amor es una pasión demasiado importante como para banalizarla, entrando y saliendo con unos y otros... La mujer elige a su hombre y le dedica toda su vida. Y no le usurpa sus quehaceres...

Ganivet y las cosas que decía parecían a Hanna algo exótico. Si había algo que amaba una mujer finlandesa era su independencia. Ella, como la mayoría de sus compatriotas, había estudiado en la universidad, tenía libertad de entrar y salir donde quisiera, sin que ningún hombre la tutelara. Sin embargo, sus provocaciones le hacían gracia.

—En mi tierra las mujeres saben menos, pero tienen algo más de fuego —dijo él.

—Supongo que también habrá en sus cabezas algo más que la belleza... —repuso Hanna suavemente con ironía.

—La belleza intelectual —respondió Ganivet— consiste no en saber mucho, sino en saber lo que conviene...

A Ganivet le gustaba, en las largas conversaciones que sostenía con su amiga pintora, molestarla, aguijonearla y espolearla intelectualmente con argumentos raros, incluso

extravagantes, para discutir. Pero no lo conseguía casi nunca. Aquella mujer un poco mayor que él, de pelo negro y ojos verdemarrones, de mediana estatura y cierta anchura de hombros, era como un compañero con el que se podía incluso fumar largos cigarros. Discutir, argumentar, provocar, replicar y contraargumentar era el ejercicio que más le gustaba como estrategia de aprendizaje intelectual y de cualquier idioma; y, mientras Hanna lo iba conociendo, cuando hablaban, ella también aprendió la estrategia y consiguió incluso enervarlo en más de una ocasión. Hanna consideraba a su vecino un tipo sociológico curioso, y por ello quería atrapar su belleza racial en un lienzo. Y Ganivet disfrutaba en el fondo con el espíritu libre de su amiga, dado antes a la curiosidad que al galanteo.

—Es usted un buen moro... —decía riéndose abiertamente Hanna—. Lo que usted querría es tener un harén para visitarlo a su placer...

Y, a su manera, Ganivet se estaba procurando en Helsinki un harén. Las mujeres eran casi su único contacto con la realidad. En su vecindario de Brunnsparken tenía tertulia casi diaria con su amiga la pintora Hanna Rönnberg, que vivía en el propio número de Ganivet, el 12 A, justo debajo de él. Hanna le ayudó a publicar en Helsinki una edición privada de *Granada la bella*, en 1896, y le enseñó a leer y a hablar en finlandés. También acudía a esa reunión Ella Sahlberg, empleada de seguros de veintiún años, que vivía en el 12 C, a la que Ganivet enseñaba francés, a cambio de sueco; y las tres hermanas Waenerberg, que vivían en el 12 B, de las cuales la mayor, Ida, profesora de veinticuatro años y rubia sentimental, se interesaba mucho por la literatura española que había conocido gracias a las traducciones al alemán de *El sombrero de tres picos* (*Des Dreizpitz*) y al sueco de *Pepita Jiménez*. Ida, además, también ayudó a Ganivet a leer y a entender el *Kalevala*, gran poema fundacional de la cultura y la nación finlandesas, en una traducción sueca. Una le propuso enseñarle sueco; otra le cambiaba horas de sueco por francés; otra, la empleada de seguros, alemán por francés. Todas jóvenes y guapas.

La tarde iba cayendo, ya eran más de las tres y, a través de la ventana, la nieve del mes de marzo iba ganando unos rubores rojizos, que oscurecían el cuadro. Hanna empezó a limpiar los pinceles con aguarrás, poco satisfecha de su trabajo hasta el momento. Entonces Ángel dijo:

—He empezado a dar clases de sueco y de ruso con una vecina del número 22. Es una viuda joven, de origen ruso, de veinticinco años y se llama Mascha, Mascha Diakovsky.

Hanna continuó haciendo, sin mostrar el menor signo de alteración.

—Es una rubia muy hermosa —dijo él.

Y en ese momento, mientras secaba los pinceles con un trapo, mientras levantaba la cabeza para mirar la tenue luz que aún quedaba de la tarde en la ventana, mientras se le cruzaba por la cabeza la inoportuna imagen del pelo rubio de su vecina la viuda de Bergmann, Hanna rozó con el codo el bote de aguarrás que cayó, rompiéndose y dejando un cerco en el barniz de la madera del suelo.

## LA CLASE DE IDIOMAS

27

En Galera llevo una vida de dulce anonimato, mientras dejo pasar los días en una incertidumbre bastante creativa. Escribo, toco la viola, paseo por el campo y me recreo en mi propia melancolía a la espera de ir en busca de Ganivet. Amo la música, ese leve hilo de emoción que se desenvuelve en el tiempo y que nos salva, junto a la contemplación del paisaje, de la muerte. Primero me aficioné a las obras sinfónicas. Con el tiempo me empezaron a gustar obras más personales, de un solo instrumento. Por eso empecé a tocar la viola de gamba. La música es lo único que me permite expresar, con mis versos, lo que realmente quiero. Por eso la viola viaja siempre conmigo a todos los sitios y también ha venido a esta cueva. Y, mientras escribo la vida de Ganivet, busco en ella el cariño que no me apetece encontrar en las personas. Mi viola tiene seis cuerdas y remata su mástil una cabeza de leona. La pongo entre mis piernas, acaricio su sexta cuerda con el arco y, cuando su sonido grave y sedoso repercute en mi estómago, toda la nieve del mundo huye de mi corazón. El mástil de mi viola es la prolongación de mi cuerpo, el sonido de sus cuerdas es la prolongación de mi alma y de la de aquel extraño Ganivet.

Afinar la viola es un acto aleccionador. Sus cuerdas se templan parsimoniosamente. Se afina una cuerda de oído y se busca inmediatamente el armónico, esto es, la cuerda hermana junto a la que debe sonar en consonante respuesta. Así, de dos en dos, las seis cuerdas de la viola quedan afinadas a la perfección y preparadas para hacer música. Pero cuando una fuente de calor está cerca, o una leve corriente de aire las destempla, o el arco no incide con la misma presión o suavidad en las cuerdas de un acorde, estas se asocian mal y la música se convierte en una pesadilla. Y no puedes imaginarte, lector, con qué facilidad Ganivet podía convertir lo más dulce en algo desagradable.

28

La casa de Mascha Diakovsky, donde Ganivet asistía a la clase de idiomas, estaba en Brunnsparken, 22, a unos ochenta o noventa metros de la suya. Las clases eran cuatro días a la semana, de lunes a viernes, descansando el miércoles. La habitación de las lecciones era un saloncito pequeño con una mesa rectangular que había junto a una ventana, las sillas correspondientes, un pequeño diván en el que cabían a duras penas dos personas sentadas, una alacena con libros y objetos de escritorio, y una estufa forrada de azulejos haciendo esquina, la eterna estufa de las casas finlandesas, que solo se apagaba en verano y que mantenía el calor todo el día con un par de leños.

Debían ser las clases de idiomas más extrañas que nunca se impartieron. Él siempre pretendía de su profesora toda la intimidad, según estaba acostumbrado en sus múltiples clases con mujeres de París o de Amberes. Pero ella no le daba casi ninguna. Si Ganivet la miraba con el descaro del apetito no disimulado, como se podía mirar a las mujeres españolas para seducirlas, ella mantenía la mirada glacial hasta el final sin inmutarse y seguía trabajando como si nada. Si él quería rozarse con ella, ella se le acercaba más, hasta que él podía aspirar detenidamente toda su delicia, para alejarse súbitamente, dejándolo pendiente de un hilo, temblando de la huella inminente de su cuerpo. Mientras más la deseaba él, ella se perfumaba, se ceñía más la ropa, se arreglaba especialmente para ser expresamente más deseada. Marie Sophie sabía siempre enseñar ese lado suyo apetecible en el momento más oportuno. Y, sobre todo, practicaba ese arte de amar que

enloquece a los hombres: la indiferencia.

Como si fuera un adolescente, Ganivet escribía ferozmente en francés unos poemas, que él llamó *Pensamientos melancólicos y salvajes*, y que copiaba en el álbum de su profesora durante las clases para impresionarla y conquistarla, esperando que cayera en sus brazos como la fruta que se cae del árbol a fuerza de ser jugosa. Mientras ella ojeaba cada uno de esos poemas: *Humildemente frente a ti me acuso*

*de un mal que te causé: mientras dormía,  
te vi como Eva estaba en el Edén,  
y te hice sangre mientras te mordía.*

ellos intercambiaban en sueco las frases absurdas y fáciles propias de una clase rutinaria de idiomas.

—El sueco es una bella lengua y los suecos aman su tierra —decía ella entonces. Y marcaba bien las consonantes para que Ganivet la entendiera y le contestara con otra frase adecuada, entornando los ojos.

—Los suecos, los rusos, los alemanes y los holandeses aman su tierra. Se casan y tienen hijos —respondía Ganivet.

—Tienen hijos, —repetía vocalizando Mascha, moviendo ampliamente la boca, deletreando gustosa las consonantes y mirando directamente a los ojos de su alumno, para corregir la pronunciación. A Ganivet le hubiera gustado ser esa palabra para que ella lo relamiera dentro de su boca.

*Conocí a una mujer de bondad tan cruel  
a la que le gustaba liberar a los pájaros,  
pero que, con precisos recortes de tijera,  
antes de liberarlos les cortaba las alas.*

—Los suecos son altos y fuertes —seguía ella con la oración copulativa, mientras miraba de reojo el álbum escrito con los versos en francés que le había copiado Ganivet—. El cuello es fuerte, la espalda es ancha, los muslos y los brazos son duros —decía, mientras seguía mirando el papel, fría, sin aparentar nada.

*Mis caricias son violentas. Por eso  
al ver tu cuerpo endeble tengo miedo  
de que hacerte feliz completamente  
será hacerte morir entre mis brazos.*

Así pasaban las largas clases incomprensibles, diciendo ambos esas frases absurdas con las que Mascha le enseñaba al cónsul las estructuras gramaticales y las palabras básicas del sueco, moviéndose en la habitación en una especie de danza: él la rodeaba a ella, en torno a la mesa; y ella evolucionaba de forma estudiada, sin moverse apenas de su silla, siempre mostrándole su mejor lado. Como el brazo de mar que estalla contra el acantilado, como el hielo que se dilata en la grieta y trata de reventar la roca por algún sitio sin conseguirlo, como las olas que golpean incesantemente el metal del barco que avanza sin inmutarse, como la soga que se estira y se estira

y siempre está a punto de romperse, así eran ellos, profesora y alumno, totalmente incompatibles, cuerdas de una viola destemplada y sin sonido armónico posible.

## BABEL DE JARDÍN MARCHITO

29

Nada hay tan relajante y aleccionador como mirar el fuego. Mientras escribo junto a la lumbre de la chimenea de la cueva, recuerdo y miro en las llamas los momentos delicados de mi historia que se mezclan con otros de la historia de Ganivet. A veces no sé qué cosas me pasaron a mí y qué cosas le pasaron a otros, qué acontecimientos son producto de mi imaginación y cuáles sucedieron de verdad. ¿Quién soy yo? ¿Quién es Ganivet? ¿Y los otros, quiénes son los otros?

30

Tras un mes y medio en Helsinki, Ganivet no hablaba apenas con hombres ni se relacionaba con los integrantes del cuerpo diplomático de otros países. Solo hablaba con mujeres cercanas y cortejaba insistentemente y sin éxito alguno aparente a su joven profesora de sueco, Mascha Diakovsky.

Pero un día de finales de marzo, Mascha quiso presentar a Ganivet en la sociedad de sus amigos. Se trataba de mostrarles las extravagancias de su nuevo alumno, que ella exhibiría como un espécimen de parque zoológico. Si algo valoraba Mascha Diakovsky en un hombre era la inteligencia, la sensibilidad, y también la posición social. El cuerpo, la belleza o la fuerza física le importaban poco, porque ningún hombre podía compararse con ella en ese aspecto. El círculo de amigos en el que Mascha ejercía de diva estaba compuesto por un reducido grupo de artistas, músicos y escritores, cada uno con más talento que el otro. Bien es verdad que a él no le interesaba nada que no fuera estar a solas con ella tratando de seducirla. Pero Mascha quería confrontar a su nuevo alumno con los otros hombres de su mundo. E insitió en que asistiera.

La reunión era en el estudio que su amigo el pintor Albert Edelfet tenía en el mismo Brunnsparken, cerca de la casa de Ganivet, una gran habitación de una atractiva rareza, llena de cuadros y de utensilios de pintura aparentemente desordenados, con olor a aguarrás y a óleo. A ella asistieron ocho hombres, con Ganivet nueve, entre los que estaba lo más refinado de la intelectualidad independentista finlandesa: los pintores Edelfet, el anfitrión, y Gallen-Kallela, el periodista Hagelstam, el poeta Johan Ludvig Runeberg, y también había un músico pelirrojo que venía de triunfar en Viena y en Berlín, el joven Sibelius; y solo tres mujeres, la morena Victoria Destunde de Blanay, confidente y amiga de Mascha, la propia Mascha, y la joven cantante Aina Mannerheim, de mirada lánguida y pelo castaño. Once personas que estaban de pie, andando entre los cuadros y alrededor de una mesa donde cada uno se servía a su gusto: de bebida, vino tinto francés y vino blanco del sur de Alemania, vodka ruso y finlandés, ginebra y un aguardiente típico que era como agua de fuego, el popular *koskenkorva*, que se servía en vasos pequeños; y de comida, carne de reno ahumada, caviar, salmón casi crudo y salazones, acompañados con tostadas de pan y mantequilla.

Ganivet, que no probó nada porque era vegetariano radical y detestaba el alcohol, se convirtió rápidamente en el centro de la atención de todo el grupo, y pudo comprobar cómo a Mascha la besaban y la saludaban con mucha más intimidad de la que él podía usar con ella. Y ardía de celos. Tenía mal humor, pero no quería aparentarlo para no molestarla. Entre todos se hablaban en sueco y en finlandés, palabras rápidas cuyo sentido no acababa de entender, aunque algo adivinaba: hablaban de política y del joven cónsul español que estaba allí.

—Ven, Ángel, este es Edelfet, Albert Edelfet, el dueño del estudio y un gran pintor amigo mío—dijo Macha a Ganivet en alemán—. He posado varias veces para él.

Y Edelfet dio la mano a Ganivet con un fuerte apretón sincero que el otro no compartió. Hablaban ambos en francés, lengua que el pintor había podido practicar en sus cuatro años de vida parisina. Además, se permitió el lujo de decirle a Ganivet algunas frases en español, recordándole su viaje a España de hacía cinco años, gracias a una beca de la Sociedad de Arte Finlandés. Había estado encontrando inspiración vital y pictórica en Granada, Sevilla, Toledo y Madrid. Ganivet lo escuchaba con cierta curiosidad, tratando de recordar, cuando Edelfet estuvo en Granada hacia 1881, dónde había podido estar él. Además, Edelfet había estudiado pintura en Amberes, justo antes de que Ganivet llegara allí como vicedónsul. Granada, Madrid, París, Amberes: ambos, el pintor y el cónsul, tenían muchos lugares compartidos de los que hablar. Y Mascha era la musa de los dos.

Albert Gustav Aristides Edelfet tenía treinta y dos años y era el pintor finlandés de más proyección en ese momento. Su aspecto era de un verdadero hombre del norte del tipo eslavo: pelo pelirrojo frondoso y pobladísimo, cejas puntiagudas, nariz aguileña, tez blanca y elevada frente, bigotes afilados rematados con un vuelo de puntas, barbilla con hoyuelo y ojos azules escrutadores y obsesivos. Cuando miraba a Mascha, parecía querer desnudarla y adivinar lo que había por debajo del vestido verde apretado que le ceñía el cuerpo. Llevaba Edelfet chaqueta y chalequillo, con lazo al cuello, y ciertos roces de pintura en la manga de la chaqueta y la punta de las botas. Ganivet y él compartían aficiones comunes, según pudo comprobar el granadino viendo la multitud de retratos femeninos que había en su estudio: mujeres pelirrojas, rubias, morenas, de pechos turgentes y generosos, de escotes abiertos y ropa ajustada. En sus retratos de mujeres, tenía la virtud de enseñar el alma de las mismas, desnudándolas sin quitarles la ropa, mostrando más erotismo en los labios y en la mirada, que en las formas turgentes que no trataban de ocultar sus pinceles. Entre los retratos había dos de Mascha: un grabadito recostada en un diván, leyendo, y otro cuadro al óleo, pensativa, con la mano apoyada en la barbilla, ropa de sobrio terciopelo negro y ojos azules perdidos en la lejanía. Ganivet pensó con dolor en las horas de soledad que debieron pasar ambos en ese estudio mientras ella posaba para él. Además de los retratos de mujeres que se veían en el estudio, también pintaba Edelfet muchos cuadros de motivos folclóricos, inspirados en las leyendas del *Kalevala*. A Ganivet esos cuadros de patriota le parecían pueriles.





El pintor Albert Edelfelt, en febrero de 1896, cuando llegó Ganivet a Helsinki.

Hasta esta pareja de hombres trajo Mascha de la mano a un segundo amigo: el escritor, periodista y editor Wentzel Hagelstam, que acababa de fundar una editorial en Helsingfors y estaba preparando la revista *Ateneum*, y que también pretendía a Mascha, por la manera en que la

miraba y la trataba. Tenía veintipocos años, llevaba barba y bigotes recortados, con perilla generosa y pelo largo lacio que le caía por los lados.

—Me ha dicho Marie Sophie que es usted escritor, y que está publicando unos artículos sobre las costumbres finlandesas en un periódico de Granada. Tendría mucho interés en conocerlos por si podemos publicar alguno aquí traducido al sueco o al finlandés —dijo Hagelstam a Ganivet en un alemán suave—. También me ha dicho que escribe usted versos en francés con un raro talento —y se ruborizó Ganivet por la indiscreción de su aparentemente fría profesora de idiomas, que le había enseñado a Hagelstam sus fieros poemas de amor.

Entonces comenzó entre los tres una animada charla. Hablaban en alemán para entenderse y, de vez en cuando, Edelfet y Ángel se decían algo en francés, mientras que Edelfet y Hagelstam, por su parte, hacían leves comentarios intencionados entre ellos en finlandés.

—Finlandia es un país algo infantil, con ese estado de inocencia que tienen los pueblos primitivos antes de hacerse adultos —dijo Ganivet dando una patada verbal a sus dos contertulios con la insana intención de picarlos y comprobar la posición de cada uno de ellos.

—Dice usted eso porque España ya se hizo como país y tiene un pasado glorioso —contestó el periodista finlandés con suavidad—, pero nosotros también tenemos derecho a ser libres y a hacer nuestra historia propia, al margen de los suecos y los rusos.

—Mire, no debe compararse España con Finlandia, sino España con Rusia. Mi país fue un imperio que sigue aplastando a muchos pueblos a los que acoge sin dejar que se desarrollen libremente. Los cubanos están intentando independizarse mediante una guerra que dura ya años, y los vascos y los catalanes no dejan de conspirar. Esos pueblos son como niños que necesitan que alguien los gobierne y los tutele —seguía argumentando el granadino con el despecho de los celos—. Tienen el optimismo y la obstinación de los niños.

Edelfet no decía nada, pero miraba a Ángel con cara de sorpresa.

—Lo que usted dice —seguía argumentando Hagelstam— es que los pueblos pequeños no tienen derecho a ser libres por ser pequeños. Y nosotros tenemos un pasado rico, un folclore brillante, una lengua propia. ¿Qué nos falta para ser una nación próspera y libre?



El periodista y escritor Wentzel Hagelstam en 1899, cuando estaba casado con Mascha Diakovsky.

—Falta —repuso el de Granada— que Finlandia no estuviera en un cruce de caminos entre Suecia y Rusia, falta que Finlandia no sea el tablero de ajedrez donde juegan su partida dos

imperios poderosos. A mi entender se es más libre dependiendo administrativa y militarmente de otros más fuertes. Es mejor ser cola de león, que no cabeza de ratón...

Edelfet, visiblemente alterado, contestó levantando algo la voz:

—En Holanda y Bélgica, todavía recuerdan las crueldades de los españoles. En las repúblicas americanas, aún festejan la independencia de los españoles con júbilo... Y la festejará Cuba cuando sea libre. La madurez de los pueblos no consiste en aplastar a los más débiles, sino en haber creado un patrimonio cultural envidiable... Velázquez y Murillo de Sevilla, El Greco de Toledo, Goya de Zaragoza... —decía Edelfet encendiéndose cada vez más, mientras repasaba los cuadros que había tenido la suerte de aprenderse en el Prado— eso es un pueblo. Y en literatura, Cervantes, Quevedo, cuyos libros se han traducido al ruso y al sueco... Eso es de verdad un país... Y no el sonido de las armas ni la higiene del Estado ni el silencio de las prisiones.

Y casi se interrumpen las palabras contundentes de Edelfet porque ocurrió un revuelo en la sala. Los tres «amigos» dejaron de hablar y giraron sus cabezas a la izquierda, porque como un bálsamo empezaron a escucharse acordes ágiles de piano: era Mascha, que recorría el teclado calentando los dedos y que daba la entrada a la joven cantante Aina Mannerheim, cuya voz de *mezzosoprano* salía delgada y misteriosa de su garganta, llevando en ella una delicada canción de aires folclóricos llena de nostalgia que encendía el alma de esos jóvenes soñadores finlandeses, que querían un país propio y libre, de dulzuras indecibles. Era uno de los pequeños cantos del *Lemminkäinen*, que Sibelius acababa de componer, inspirándose en el poema *Kalevala*, y que estaba sonando allí por primera vez, en la voz y los dedos de aquellas dos bellas mujeres... Ganivet escuchaba con una mezcla de celos y curiosidad, pero también le iba embargando un poco la nostalgia. Le recordaba esa música los arrebatos líricos de Albéniz o de Tárrega, que tanto le gustaban en lo íntimo, y le traía también a él una indefinible emoción que no quería aparentar. Porque sabía que todos esos hombres habían amado antes que él a Mascha, y que su corazón compartía con ellos, como una gran debilidad inconfesable, ese sentimiento de patria remota perdida que dejaban en sus corazones los compases y los silencios de la música.

Entonces, cuando acabó la canción y en la habitación quedaba vibrando todavía la emoción de la voz y del piano, mientras la cabellera y los bigotes furiosos de Sibelius se destacaban sobre su mirada orgullosa, y los ojos de todos aquellos jóvenes estaban llorosos, dijo Edelfet confidencialmente a Hagelstam y a Ganivet:

—Bendito aquel que pudiera ahorcarse con el pelo de Mascha: sería una muerte apacible y feliz.

## LA HIGIENE

31

Si se tira una moneda al aire, caerá siempre del lado que era visible antes de tirarse. No es azar, es probabilidad. Por eso la moneda cae siempre del lado que quiere el que la tira. Pero verla volar dando vueltas, oír la sonar rebotando en el suelo es una ficción que despierta nuestra imaginación. La aparente suerte no es para quien la encuentra, sino para aquel que la busca con más insistencia. Yo nunca tuve suerte, pero la provoqué, igual que Ganivet. Tanto la buena como la mala. ¿De qué lado caerá la moneda de mi vida?

32

A pesar de la desconfianza de Ganivet hacia cualquier hombre de mediana edad que pudiera cortejar a Mascha, tiene cierta curiosidad por saber cómo es el periodismo en la encrucijada de Finlandia. Así que se cita con Hagelstam en los baños para hombres que hay en el Kaisaniemi Park, un jueves de finales de marzo sobre las 11 de la mañana. Llega primero Ganivet y una señorita bañera lo recibe, lo desnuda, lo recuesta en una especie de piletta, lo enjabona y lo frota intensamente por todo el cuerpo, sin dejar parte alguna. Ese dejarse hacer por una muchacha joven de forma mecánica y sin intención alguna de caricia es algo que sorprende a un hombre tan hecho a los complejos que en España provocan las desnudeces. Una vez enjabonado y bien frotado, la señorita bañera lo enjuaga en una ducha y luego lo conduce a una sala de sauna caliente y seca, entre setenta y ochenta grados de temperatura, donde lo deja, junto a seis o siete hombres, entregándole unas ramas de abedul, para que se golpee levemente con el fin de facilitar la sudoración. A Ganivet eso de las ramas de abedul le recuerda la autoflagelación de los divinos martirios.

Inmediatamente entra en la sala caliente Hagelstam, que ha llegado un poco más tarde, y que, desnudo, coloca su toallita junto a Ganivet y se sienta encima de ella, azotándose levemente con sus ramas de abedul. Empiezan a hablar en alemán.

—A lo mejor nos puede dar usted alguna de esas cartas que está publicando en Granada sobre Finlandia. O cosas que escriba sobre España. Las traduciremos al sueco o al finés y las publicaremos en nuestra revista *Ateneum*. Le aseguro que las cosas de España interesan mucho a la gente de aquí.

—No vendría mal para desmentir algunas ideas falsas que tienen los finlandeses sobre mi país —contesta Ganivet—. Precisamente estoy preparando una edición privada de *Granada la bella*, que publicaré en castellano aquí, en Helsingfors.

Mientras esto pasa, no muy lejos de allí, en el estudio de Edelfet, en Brunnsparcken, Mascha se quita una a una todas sus prendas de vestir y las coloca con sutileza encima de un banquito: la chaquetilla, la camisa, el ceñido corpiño que primero ha girado y desabotonado lentamente; luego, apoyándose en el banco, los zapatos de tacón, las medias color carne, la falda estampada, la combinación, hasta quedar desnuda completamente, frente a los ojos de Edelfet que está enfrente, junto al caballete con el lienzo, preparando los colores de su paleta. Con los olores del estudio de pintura se mezclan los de la ropa de Mascha que esparcen en el ambiente el aroma sutil de su perfume y de su intimidad. Mientras ella se desnuda no puede impedir ese sentimiento de orfandad que la entristece siempre, recordándole sus paraísos perdidos. Inmediatamente se recuesta en un

diván, en una postura ya estudiada de aparente desgana, en la que sus relajados contornos forman un conjunto con el mueble. Remata esa imagen el detalle de un libro entreabierto, hacia abajo, sujeto con los dedos, que Mascha, algo ladeada, coloca encima de su muslo. Y la mirada, esa mirada indefinible, más bien melancólica, que contrasta con el esplendor rotundo de sus formas. Sabe posar, se gusta posando, se siente segura de sí misma y de su desnudez.

Paralelamente, en el balneario, Ganivet desconfía de ese periodista, que imagina pretendiendo a Mascha y conspirando contra el poder político establecido, pero le atrae publicar en Finlandia. Y a Hagelstam le interesa conocer la posición de Ganivet en el asunto de la causa finlandesa.

—Aquí la literatura y el periodismo gozan de cierta libertad, aunque, desde que en 1881 los nihilistas mataron a Alejandro II en San Petersburgo, la policía secreta rusa nos tiene vigilados. Los baños son los sitios más seguros para hablar, aunque con ciertas precauciones...

—La policía sirve a la higiene de los pueblos tanto como el que tiró la bomba al zar Alejandro II. A veces la higiene consiste en educar a la gente, a veces en amputar un miembro corrompido —repuso Ganivet—. Los jóvenes nihilistas viven al día pero solo aman la muerte y la nada. Son chispas fugaces que solo consisten en lucir mientras dura una explosión.

—Nosotros tenemos mucha libertad —repite el periodista finlandés—, por eso nos cuesta tanto desprendernos de un poder que nos aprieta tan poco. Pero en el fondo todos los jóvenes aquí sueñan con una república en donde los finlandeses sean dueños soberanos de su destino, mediante un sistema parlamentario...

Mientras hablan, Hagelstam muestra a Ganivet cómo debe golpearse con la ramas de abedul, y después de ocho o nueve minutos de conversación le hace señas para que le siga a la sala de al lado, fuera de la sauna seca, a una piscina de agua fría en la que empiezan a entrar parsimoniosamente, primero echándose agua en los pies, en la cintura, en los hombros y luego sumergiéndose enteros. Ese contraste de temperatura adormece el cuerpo y da una sensación primero de dolor y luego de excesiva relajación.

Edelfet abre las cortinas de su estudio hasta tener la luz justa que necesita su retrato y con el pincel toca nerviosamente la paleta, mezclando el óleo con el aguarrás, hasta lograr el color deseado, y golpea luego el cuadro sin dejar de mirar muy concentrado el cuerpo de Mascha, que no deja de fijar en él sus ojos de forma franca, casi insoportable. A Edelfet le cuesta concentrarse, y se acerca a Mascha, que cree que va a rectificarle algo de su postura. Pero no, no quiere que se coloque mejor, solo busca su cercanía. Se sienta junto a ella en el diván y, mientras le habla, empieza a acariciarle con la yema de los dedos el muslo, la cintura, el brazo desnudo hasta llegar al hombro.

—Esto no va bien, no sé qué me pasa. Veo en ti a otra persona. Hoy no soy capaz de pintarte.

—Te equivocas, soy la misma, este es mi cuerpo, lo conoces bien, y esta es la mirada que has pintado tantas veces —le dice, mientras con los dedos, ya caído el libro, le acaricia el pelo—. El que estás raro eres tú.

Y acercando su boca a la de Mascha, Edelfet busca los labios cálidos a los que estaba acostumbrado, y en su lugar encuentra una boca insensible que no le corresponde. Lentamente, se incorpora y, dándole la espalda a Mascha, se dirige otra vez al cuadro.

De nuevo, ya refrescados, Ganivet y Hagelstam pasan a la sala caliente, y se vuelven a sentar donde antes, reanudando la conversación. Ganivet entonces aborda de forma descarada el tema

que de verdad le obsesiona.

—¿Y Mascha, con qué hombre acabará Mascha?

—Mascha entra y sale libremente y nos vuelve locos a todos. Ya se casó con un oficial alemán, pero murió pronto y le dejó solo el apellido: Bergmann —repone el finlandés.

—Es hermosa y fría, no se inmuta con nada, cumple con su objetivo y sigue su camino —dijo el granadino—. Hace las cosas sin sentir.

—Es lógico, ella vale mucho: estudió Letras en la universidad y música en el conservatorio, su nivel de piano es profesional, escribe con altura literaria poemas y obras de teatro, habla perfectamente cuatro idiomas y su belleza enloquece a escritores, músicos y pintores, que son los hombres que a ella le interesan. Le sobra el talento y, además, lo busca en los hombres. Es inútil cualquier maniobra de acercamiento. Será ella la que elija al que más le convenga. Los hombres son agua que pasa por sus manos —y Hagelstam dice esto cogiendo el cazo y echando agua sobre las peñas incandescentes que hay en la sala caliente, para que suba sensiblemente el vapor y la temperatura.

En su estudio, volviendo a sentarse otra vez delante del cuadro, con el pincel en la mano, Edelfet mira seriamente a Mascha, con una cara intermedia entre la tristeza y el reproche.

—Es tu amigo el español, andas enamorada de él, ¿verdad?

—No —le contesta Mascha desbaratando la pose para el cuadro e incorporándose—, no es eso. Yo te quiero mucho, somos muy buenos amigos, tú y yo nunca nos enfadaremos...

—Anda, vístete, no me hagas caso, hoy no puedo pintar, hay días en los que a uno todo le sale mal.

Y diciendo esto, se acerca hasta la ventana y empieza a echar las cortinas para proteger la blancura de la piel de Mascha de la luz avariciosa que quiere poseerla, y para crear en la sala el ambiente ideal para la ceremonia en la que Mascha, prenda a prenda, ajustará la ropa a lo exacto de sus contornos.

No muy lejos de allí, Ganivet y Hagelsfam pasan a la sala fría de nuevo. Luego se secan, se visten y se dirigen juntos a un café de al lado. Hablan de Ibsen, de Bjørnstjerne Bjørnson, de Dostoievski y de otros escritores del norte. Hablan con cuidado, sin herirse mucho, de la higiene de los gobiernos y de los pueblos, y Ganivet empieza a dominar sus celos porque se está dando cuenta de que pretender controlar la vida de Mascha es como contener el agua de los baños en una canasta de esparto. Empieza a sentir cierta curiosidad sana por aquel tipo finlandés que le pide escritos para su periódico. Hagelstam, por su parte, sabe adivinar perfectamente desde el principio la rara originalidad del granadino y su valía intelectual. Lo que ninguno de los dos puede saber en ese momento es que dos décadas más tarde Nicolás II, el actual zar y gran duque de Finlandia, morirá ejecutado junto a toda su familia en un ataque de higiene popular, que fruto de esa higiene popular la moneda finlandesa caerá definitivamente del lado de la independencia y que Hagelstam, el audaz periodista y escritor, perseguido en su propio país por opinar demasiado libremente de la higiene popular de los pueblos, acabará siendo, al cabo de pocos años, el segundo marido de Mascha Diakovsky.

## NO LE TOQUES YA MÁS, QUE ASÍ ES LA ROSA

33

A veces las llamas y las ascuas incandescentes que hay debajo representan las formas más inauditas. Si miras con intensidad, si te concentras en su movimiento, las llamas representarán la forma exacta de tu deseo. Miro insistentemente al fuego. Y veo un fondo de agua turbia, con troncos varados llenos de algas y objetos incomprensibles por entre los que bogan los peces silenciosos.

34

Ganivet miraba a través de los cristales de su balconada y veía una sombra blanca, la forma de una mujer a la que le hablaba suavemente. Esa mujer lo venía persiguiendo desde Amberes. Era una forma femenina que salía del otro lado de los cristales, de la ventisca, y le hablaba. Era su «Venus de nieve». Ganivet le contaba lo que había hecho durante el día, lo que había leído, le recitaba sus poemas nublados por el humo del habano que insistentemente fumaba. Esa visión le perseguía y le obligaba a vivir en la soledad deseada, fuera del mundo, sumido en un curioso desorden de libros abiertos, revistas y periódicos en varios idiomas, ceniceros rebosantes y manuscritos de distinta condición que se amontonaban... Todo monstruosamente caótico, como a veces ocurría dentro de su cabeza. Ese día de finales de marzo la sombra dejaba de forma insistente su rostro al otro lado del cristal, y le hablaba a él con la voz del vendaval. Sus grandes ojos desvelados lo miraban de forma maternal. Él tocaba los cristales con las manos, con la nariz, empañándolos con el vaho de su imaginación. Hasta que la campana de la puerta vino a interrumpir ese momentáneo idilio. Se acercó a la puerta, abrió. Era Mascha.

35

Mascha entró decidida, sin pedir permiso. Le dio a Ganivet el mantón que llevaba, los guantes, el gorro, y lo miró directamente a la cara, sin ambigüedad. Parecía que él la estuviera esperando desde hacía tiempo, sin sorpresa. Se dirigió a la habitación principal, como si conociera esa casa, en la que nunca había entrado. Junto a la estufa, con todavía rescoldos, había un diván, una mesa de despacho con sillas a ambos lados, y una lámpara encendida. Mascha se quitó el abrigo y el chalequillo del traje ceñido, que dejó en una silla, y se quedó de pie en manga larga de camisa. Ganivet se aproximó a ella con ojos de iluminado, la tomó de la cintura y ella, sin perder detalle, sin moverse, le pidió con la mirada algo especial, algo que no podía darle cualquier hombre: su talento. A pesar de que el corazón le estallaba dentro, Ganivet lo adivinó y, cogiéndola en brazos, la llevó en volandas hasta el diván, donde se sentaron juntos. Sabía que los poemas franceses que le había escrito habían hecho su efecto. Entonces empezó a recitarle al oído, con suavidad y dulzura no aprendida antes, el extraño texto en prosa que acababa de escribir en francés, de género desconocido para él, *L'amour c'est un petit oiseau...*:

*El amor es un pájaro pequeño. Se cimbrea en las  
ramas de los árboles, bebe el agua parada de la lluvia  
o corre tras las nubes que llevan los arroyos. Si lo  
miras volar, no lo detengas con plomo o con palabras.  
Que su vuelo lo lleve suave donde la brisa.*



A pesar de que sus pulsos casi le impedían pensar resonando dentro de su cabeza, Ganivet siguió recitando con lentitud, mirándola a los ojos, porque sabía ya que lo único capaz de seducir a Mascha no era su masculinidad, sino las frases sinuosas del poema:

*El amor es un pájaro pequeño. Vive preso en su jaula  
y es feliz porque mide las horas cantando. Solo pide  
un poquito de alpiste o de cariño. No lo detengas con  
un sueño inefable de libertad. Jamás abras su jaula,  
porque no sabe otra libertad que la de vivir preso en  
los ojos de otro, que es su dueño.*

Mascha cerraba los ojos y se recostaba en el diván, se abandonaba esperando que las palabras y el aliento de Ganivet se aproximaran más a ella. Acabó la recitación acercando su boca a la de ella:

*El amor es un pájaro pequeño que palpita asustado  
en tus manos de niño. Y lo puedes soltar y dejarlo  
que vuelva a sus dominios, o apretarlo feliz hasta  
quedar como un juguete muerto entre tus dedos.  
Te habrás perdido a ti si se escabulle; te habrás  
matado a ti si lo has matado.*

Con la última frase, los labios de ambos se juntaron en un beso largo y profundo, mantenido algunos segundos interminables. Igual que a una rosa se le van quitando lentamente los pétalos carnosos, empezó a desabrochar con los dedos los botones de la camisa de Mascha. Mientras hacía esto, iba besando el cuello y bajando con los labios y la punta de la lengua hasta llegar a uno de los pechos de piel suavísima y blanca, casi irreal, y besar el botoncito apretado del pezón. Mascha permanecía con los ojos cerrados, casi sin pulso. Pensó entonces apretarla violentamente hasta dejarla sin respiración. Él era grande y fuerte, ella delgada y menuda, y un intenso abrazo certero hubiera bastado para dejarla sin respiración. El delirio de pensar en su muerte le causaba tanto placer que casi le impedía amarla. No era aquello una fantasía sexual, sino un arrebato peligroso. Y estuvo así unos segundos hasta que pudo vencer los fantasmas de su imaginación y consiguió recobrar el dominio de sí mismo. Mascha estaba allí ofrecida, quieta, él la había empezado a apretar ya pero, más que algo físico, ella reclamaba algo más cercano a la ternura. Así que se levantó, apartó dulcemente de ella la mole de su cuerpo y se sentó a su lado, cogiéndole la mano, besándosela con lentitud y aspirando su olor, mientras le susurraba algunas frases del poema anterior.

Mascha se incorporó un poco, entreabrió los ojos y, mientras lo escuchaba, le cogió las manos, llevándolas hacia sus pechos, sus hombros, su cuello y su cara, como si quisiera que recogieran un calor que se le iba y que ella no quería perder. Era el calor del amor, que la humanizaba. Así se mantuvo largo rato, en un momento de ensoñación. Cuando pasaron varios minutos, ella, con los versos de Ganivet latiendo en su memoria, se levantó, se abotonó la camisa, se puso el chalequillo, los guantes y el gorro, cogió su abrigo y se fue lentamente sin decir adiós, con la mirada perdida, en tal estado de ensimismamiento que hubiera deseado estar sola en un desierto para no tener que entrar después en su casa ni ver a su madre ni hablar con nadie que le enfriara con su conversación rutinaria la dulce tibieza que llevaba dentro.

Ganivet quedó alelado, mirando los cristales y pensando en los celos que tendría a partir de ahora su Venus de nieve: porque había triunfado la ternura por encima de la bestia que había

dentro de él.

## AND ALL MEN KILL THE THING THEY LOVE

36

Recuerdo que cuando tenía doce o trece años tuve un pájaro. Había caído de un nido y yo lo crie dándole migas de pan con leche. El pájaro se venía conmigo, vivía en el patio de mi casa y, aunque podía volar, venía siempre que lo llamaba a comer de mis manos. Un día lo cogí y, sin saber por qué, empecé a apretarlo, a apretarlo, hasta que murió. Inmediatamente abrí la mano asustado y el pájaro cayó inmóvil al suelo. Empecé a llorar porque entendí que lo había matado de tanto quererlo. Y de aquella vida cálida y suavísima entre mis dedos de niño quedó solo un hilo de sangre y aquel llanto que todavía sigo llorando.

37

Entonces, cuando se quedó solo, con todavía el sabor de Mascha en los labios, se sentó en la mesa de despacho que había junto al diván, sobre la que había recado de escribir, y redactó una carta.

*Helsingfors, 29 de abril de 1896*

*Querida Amelia:*

*Espero que estéis bien Angelito y tú. Aunque ya se acerca mayo, aquí la nieve y la ventisca no dan tregua del todo, y como no pude ir a veros en Navidad, debido a la urgencia en tomar posesión de mi nueva plaza y a los enredos que aquí tuve que deshacer, la verdad es que os echo mucho de menos y me gustaría que viniérais a verme para estar los tres juntos unas semanas o unos meses, por lo menos lo que dure el verano que se avecina, antes de que lleguen las nieves y los fríos del nuevo invierno. Helsingfors es una ciudad muy bonita, se parece a Granada, aunque con más frío, y el piso donde vivo es coqueto. Últimamente tengo ciertos achaques de mala salud y mal humor, no duermo bien, y me vendría bien recuperar nuestro ambiente familiar por una temporada, antes de volver a España de permiso. Mándame un cable comunicándome fechas. Os espero.*

*Un beso de tu Ángel para ti y otro para nuestro Angelito. Ángel*

## COMO UN GATO ENTRE PETUNIAS

38

A veces escribir es un acto de barbarie. Imagino a Ganivet escribiendo aquella carta contra sí mismo, justo la carta en la que asesinaba lo que realmente amaba. Porque todo hombre asesina lo que ama, ya lo dijo el poeta: el valiente lo hace con un cuchillo y el cobarde con las palabras.

39

Desde aquella escena en el consulado, Mascha y Ganivet habían intimado bastante, no solo tenían encuentros esporádicos, sino que se los veía juntos en teatros, cafés, restaurantes, a veces solos, a veces con el resto de amigos escritores, pintores y músicos de Mascha. En Helsingfors todos los veían como una prometedora pareja. El círculo de la pintora Hanna se resentía levemente porque Ganivet cada vez lo frecuentaba menos. La dinámica siempre era la misma: Ganivet buscaba la intimidad con su musa rubia; ella siempre lo llevaba a su terreno, mostrándose con él en sociedad, exhibiendo a su amigo como cada vez más suyo. Era una relación rebosante, de tensión casi insostenible. A veces Mascha se entregaba a Ganivet sabiendo que para mantener esa relación se necesitaban ciertos componentes de animalidad. Para Mascha era una mezcla de sacrificio y de atracción, algo necesario para consolidar la relación. Siempre iba ella, sin cita previa, a casa de él. Ella elegía los tiempos. Y Ganivet, cuando la tenía a su alcance, temía matarla, le daban manías de asfixia, destrucción y barbarie, se autocensuraba, se prometía a sí mismo tomar más tarde el fruto de su conquista. Y así se desnudaban y vestían, hacían niñerías, jugaban con sus cuerpos y sufrían ambos. En esos días el granadino intensificó la escritura de raros poemas en francés de extraña violencia y género incierto, comparando a su profesora con una leona, hablando de cuervos, de grajos, de mariposas, de canarios. En un poema llegó a escribir que cuando él muriera atarían sus manos con una trenza «de tu pelo rubio»; en otro aparecía una mujer rubia pescando y comiéndose corazones de hombre crudos; en otro aparecían dos niños bañándose y uno se ahogaba. Un buen siquiatra hubiera hecho a partir de estos versos importantes hallazgos. Lástima que no los puliera ni los revisara ni los quisiera publicar... Solo se los mandó por carta a algunos amigos, y los escribió en el álbum de Mascha, para seducirla.



Mascha Diakovsky en 1898, con sombrilla, poco antes de la muerte de Ganivet.

Los encuentros amorosos se producían siempre en la habitación de la primera vez. Mascha se dejaba desnudar despacio, muy despacio. Él le iba quitando prendas con parsimonia para ir

besando con detenimiento las partes de piel y vello que se descubrían, sin desnudarla entera. Los besos eran casi un leve roce de labios, mientras acariciaba los poros con la nariz y aspiraba toda la delicia de su cuerpo. Era un tipo de amor lleno de encantos y refrenamientos y sutiles matices, sin ejecución ni violencia. Mientras él la besaba y la aspiraba toda entera, ella se abandonaba, movía su cuerpo levemente como un gato remolón y le rebuscaba, arañándole, con los dedos algo crispados, el pelo fuerte y crespo. Ese amor sin culminar, lleno de suavidades y gestos morbosos, pero sin la violencia incisiva de un encuentro apasionado, llenaba todas las aspiraciones posibles: contentaba a Mascha, que en el fondo temía a aquel hombretón, cuya belleza y excesiva masculinidad le repugnaban un poco; conformaba a Ganivet, que se sentía dueño de Mascha, viendo su cuerpo desnudo y dominando a duras penas al animal que llevaba dentro. A veces él se apartaba bruscamente, luchaba contra su deseo de asfixiarla, para volver a acercarse otra vez lleno de suavidades, delicias y arrumacos.

Pero había algo más. Cuando Ganivet tenía en sus brazos el cuerpo desnudo de Mascha, sentía que no podía hacer allí lo que había hecho en tantos otros cuerpos. ¿Cómo poner en la tierra blanda de esa mujer rubia la semilla del dolor y del sufrimiento? Y como la amaba tanto, no quiso emponzoñarla y se resignó a que sus encuentros siempre fueran ese deseo mortificante sin culminación posible.

Por eso escribió la carta a Amelia. Porque decidió empezar a morir.

#### 40

Lemminkäinen, medio dios, medio hombre, de pelo rubio ensortijado, que convertía los granos de arena en perlas con su canto, se adentra en el río de Tuonela, que es el submundo donde habitan los muertos, para cazar y matar al cisne negro, con cuya muerte conseguirá a la bellísima hija de la reina Pohjola, la reina de la Tierra del Norte. Pero se ahoga en el intento. Su madre rescata el cadáver del hijo y, mediante una serie de ritos mágicos, le vuelve a la vida.

Esta leyenda del *Kalevala*, que acaba de leer con su amiga Hanna, emociona a Ganivet. La relaciona con tantas leyendas de las mitologías griega o germánica que conoce desde sus estudios universitarios. Pero ahora la ve llena de símbolos y resonancias históricas. ¿El cisne negro no son los rusos? ¿Y este joven semidios muerto, que vuelve a la vida, no es el joven pueblo finlandés que quiere resucitar después de haber sido sometido por suecos y rusos? Y esa bruja que devuelve la vida al héroe por amor y despecho de madre... ¿no es como nuestra madre Celestina, o la bruja que hace hablar al demonio a través de la cabeza del cadáver del *Laberinto de Fortuna*, o la gitana vengadora de la muerte del hijo en *El trovador*? ¿No es una voluntad demoníaca que mueve los hilos ajenos por amor? A veces él se siente como volviendo del mundo de los muertos. Quiere irse de Helsingfors. La presencia de Mascha lo atormenta. Se siente irresistiblemente atraído por ella sin poder evitarlo. Cada vez que la ve quiere morirse de tanto amor. Y se distrae con la literatura, con estas leyendas que le hacen las horas todavía un poco habitables.

Pero su vida no es sencilla; ha movido unos hilos en Helsingfors que no son fáciles de desenredar. Ha hecho amistad con Hanna, con Edelfet, con Hagelstam, con Mascha. Ha conocido a Sibelius, al pintor Askeli Gallen-Kallela. Todos sus amigos y conocidos son famosos independentistas, en el inoportuno momento en que Rusia iniciaba un fuerte proceso de rusificación de Finlandia impulsado por el joven Nicolás II, que da nuevos bríos a los Romanov. A partir de 1895 se obliga a los funcionarios finlandeses a usar el ruso, se empieza a controlar la correspondencia privada entre los ciudadanos, se impone la enseñanza del ruso en las escuelas, se

quita peso al parlamento finlandés, se manda a los soldados finlandeses a cualquier parte del imperio, se presiona a los jueces, se endurece la censura de periódicos y libros, se empieza a deportar a disidentes y descontentos a Siberia... La policía rusa informa a la embajada española de San Petersburgo de ciertos movimientos «incómodos» del cónsul español, y desde ahí lo saben en el Ministerio de Estado de Madrid. Uno de los conocidos de Ganivet, Askeli Gallen-Kallela, acaba de pintar en la exposición universal de París a un héroe del *Kalevala* arando y limpiando un campo de víboras, y una de esas víboras lleva en la cabeza la corona de los Romanov. Otro, el propio Hagelstam, ha publicado un artículo en su revista *Ateneum* insistiendo en la desgracia que significa para la economía finlandesa la mala gestión rusa. Ganivet empieza a ser un obstáculo para los intereses de la embajada española y sus buenas relaciones con Rusia. Además, en el Ministerio de Estado se leen con lupa ciertos artículos que, con el título de *Cartas finlandesas*, está publicando en un periódico de Granada. Son palabras escritas por un espíritu libre, poco correctas, en donde se defiende un sistema federal abierto, que para las mentes mojigatas españolas roza el independentismo o en donde se habla de la importancia de la educación usando el modelo finlandés: «Un pueblo culto es un pueblo libre; un pueblo salvaje es un pueblo esclavo, y un pueblo instruido a la ligera, a paso de carga, es un pueblo ingobernable. Las libertades las tenemos dentro de nosotros mismos: no son graciosas concesiones de las leyes».

Además, Ganivet empieza a no cumplir con ciertas instrucciones que recibe de la embajada de San Petersburgo. Entonces se le ocurre una de esas salidas originales de su ingenio, huidas hacia adelante, que le han servido en tantas otras ocasiones para solucionar cuestiones aparentemente irresolubles: propone a la embajada eliminar el consulado de Helsingfors, debido a su bajo rendimiento económico. Cuando aprecian en San Petersburgo que quiere irse de Helsingfors, la situación se relaja un poco. La policía rusa también lo sabe: pierde un poco de interés en él. Se empieza a hacer invisible de nuevo para la embajada y el ministerio. Porque es consciente de que la eliminación física del consulado o de su propia persona son la única solución para alejar de él esa extraña relación de posesión amorosa que lo está socavando poco a poco.

## EN DONDE SE HACE EL RETRATO DE LA OTRA

41

Cazábamos pájaros con liria, con red o con tirachinas, pescábamos peces, cangrejos y culebras, saltábamos las bardas y comíamos la fruta prohibida de los cercados. Nos manchábamos con las moras. Recorríamos en bicicleta los caminos polvorientos entre olivares, secanos y regadíos. Tirábamos petardos por las chimeneas, tocábamos a los timbres y salíamos corriendo, rompíamos con el tirachinas los números de las puertas, quitábamos las antenas a los coches y, por la noche, después de llover, nos saltábamos la tapia del cementerio para ver los fuegos fatuos en el suelo. Jugábamos a las chapas, a las bolonas, cambiábamos cromos de futbolistas y le quitábamos a las niñas sus recortables. También alimentábamos a nuestros gusanos de seda con hojas de morera y nos ocultábamos en el parque para ver a las parejas por la noche. Nos bañábamos desnudos en las pozas del río y nos escondíamos luego la ropa. No conocíamos el amor ni leíamos libros ni jugábamos con ordenadores. Nuestra paz era la guerra de todo lo que nos rodeaba. Éramos niños de pueblo.

42

Amelia Roldán Llanos nació en Valencia, en 1868, de madre ecuatoriana de la isla de Santa Cruz y padre cubano, de La Habana. Cuando su padre murió súbitamente a los treinta y tres años, las mujeres de esa casa, su madre Antonia y ella, pasaron de una situación de desahogo a otra de pobreza. Bajo la apariencia de un negocio lustroso, tras años de comodidades, el señor Roldán había dejado infinidad de deudas de juego. Entonces se fueron a vivir a Barcelona, donde se crio Amelia. Como las cosas iban mal, Amelia y su madre se reunieron en Madrid con la tía Emilia y sus dos primas, cinco mujeres, dos mayores y tres jóvenes, sin posibles, sin oficio, sin otra perspectiva que la de colocar a las tres niñas en edad todavía de merecer con sendos hombres que las sacaran del atolladero. En estas circunstancias vivía Amelia Roldán en Madrid, en 1892, cuando conoció a Ángel Ganivet.

Amelia era morena, de pelo negro y rizado, muy brillante, ojos negros y mirada penetrante, profundísima, difícil de mantener. Se añadía a estas virtudes unos labios carnosos y unas carnes apretadas y macizas, pechos no pequeños y cintura de avispa. Sus movimientos, armónicos y nerviosos, como si llevara música por dentro, la hacían el centro de las miradas de todos los hombres cuando se movía. No era bonita precisamente, sino más bien espectacular. Su gracia superaba a su hermosura. Sabía moverse, vestir de forma provocadora, sostener de forma retadora las miradas de los hombres con desparpajo, darle a sus movimientos un punto de lascivia que en Europa no tienen las mujeres, y que en Cuba les sobra. Practicaba el coraje y el carácter fuerte de quien lo tuvo todo y de repente debió conformarse con una vida modesta. Era mujer de armas tomar, de rompe y rasga, y no dudaba en utilizar la violencia física si era preciso en defensa de sus intereses o de lo que ella consideraba su honra. Completaba el cuadro de su retrato una excelente voz de tiple y soprano, con la que desde pequeña tuvo ciertas pretensiones, que la llevaron a relacionarse siempre con gente de la ópera, la zarzuela y la farándula.

Ganivet conoció a esta morena sensual en el baile de máscaras del 1 de febrero de 1892, durante el carnaval de Madrid. Ella tenía veinticuatro años y él veintisiete. A pesar de que llevaba disfraz y antifaz, Ganivet se fijó en sus ojos nada más entrar en la sala. Con la temeridad que siempre gastó con las mujeres, se acercó a ella, se presentó, le preguntó el nombre, la galanteó



convenientemente y la invitó a que lo acompañara. «Esos ojos nacieron para que yo me reflejara en ellos», le dijo. Salieron juntos a una buñolería cercana, mientras la tía de Amelia que estaba en el baile haciendo de carabina, los miraba sin interponerse ni acompañarlos.



Amelia Roldán fotografiada por Daniel Nyblin en 1897, en Helsinki.

En esa época Ganivet trabajaba de archivero y de lo que le daban unas traducciones de libros científicos. Acababa de suspender las oposiciones a cátedra de Griego para la Universidad de Granada, y se planteaba si hacer unas oposiciones de Derecho o al cuerpo diplomático. Estaba en Madrid para resolver su vida. Y en medio de sus estudios y ocupaciones intelectuales, perseguía a mujeres.

Tras una hora y media de conversación, él la invitó a acompañarlo a su casa, una habitación de la casa de huéspedes de la calle Tetuán 15, y Amelia, a la que no le importaba jugar a la carta más alta, accedió. Y allí permanecieron juntos desde la una de la madrugada hasta el amanecer. El encuentro fue fructífero, porque Amelia, en vez de desnudarse, le contó a Ganivet todas las penalidades de su familia y de ella, acentuando los matices trágicos, desde Valencia hasta Madrid, pasando por La Habana y la isla de Santa Cruz de sus padres. Y Ganivet se puso sentimental y le leyó un poema que había escrito hacía casi un año en donde se contaba una premonición: que acabaría encontrando unos ojos como los de ella. El tiempo se les fue en cháchara y casi no tuvieron tiempo de iniciarse en el rito del amor. A las ocho de la mañana, sin dormir, salieron y fueron a la casa de la calle Lope de Vega, donde la madre, la tía y las dos primas de Amelia vivían y la estaban esperando preocupadas. Antes, por el camino, se tomaron un anís cada uno. Cuando llegó la pareja, el granadino saludó parsimoniosamente y, como si las conociera desde hace tiempo a todas, con la tranquilidad del que se sabe fuerte, se presentó como el nuevo hombre que sostendría, dirigiría y habitaría esa casa. Y nadie lo contradijo.

Ganivet vivió con aquel harén de mujeres, compartiendo habitación con Amelia, hasta que en mayo de 1892 aprobó las oposiciones al cuerpo consular y fue a ocupar su primer destino de vicecónsul: Amberes. Entonces la relación entre ambos se enfrió un poco. Sin embargo, se vieron de forma esporádica en Barcelona, donde ahora vivía Amelia de nuevo con su madre. Ganivet no le habló a sus hermanos de esa relación. Hasta que un día de octubre de 1893 al vicecónsul, en la oficina del consulado de Amberes, le anunciaron la visita de una mujer: era Amelia, que se presentó con su madre delante de él, embarazada de varios meses. Para que su imagen en el cuerpo diplomático no corriera riesgo, decidió instalar a ambas mujeres en París, a donde iría a verlas cuando pudiera. Lo de casarse, ni se la pasó por la cabeza.

## HOMBRE MÁS APENADO QUE NINGUNO

43

Recuerdo que, con diez o doce años, los niños del barrio íbamos al camino del cementerio, el «camino de los muertos», que era una vereda de tierra entre olivos, con zarzamoras en las bardas de los bancales, por la que únicamente pasaba de vez en cuando una moto con sus serones o algún campero con su mula o con su burra y su perrillo. Entrábamos dentro y empezábamos a jugar al escondite por los pasillos de los nichos. Un día, me di cuenta de que me había escondido en el sitio donde estaban las tumbas de los niños angelitos, muertos antes de la primera comunión o incluso antes del bautismo. Entre la fecha del nacimiento y la de la muerte podía haber un día o dos, un par de meses, o uno o dos años. Entonces tuve mi primer pensamiento sincero de la muerte, como solo los niños lo pueden tener. Y cuando estaba embozado en esa ensoñación, mientras miraba fijamente el relieve de las fechas sobre el mármol blanco de uno de esos nichos, alguien llegó por detrás dándome una torta en el cogote que me devolvió a la realidad de los vivos.

44

Amelia Roldán vivió su embarazo en París, acompañada de su madre, y de Ganivet cuando se dejaba ver desde Amberes. Como él ya ganaba un sueldo de diplomático y era desprendido con los dineros, Amelia llevaba una vida de burguesa acostumbrada al trajín de las ciudades: La Habana, Barcelona, Madrid, París. Paseaba por los bulevares, se compraba ropa a la moda y asistía a algunos espectáculos de variedades de aquella ciudad que por entonces era el corazón del mundo. Él, cuando iba a verla, aprovechaba antes para dar alguna de esas clases de idiomas a que estaba acostumbrado. Así pasaron hasta que el 11 de diciembre de 1893 nació Natalia, su primera hija. A los pocos días la niña fue entregada a una familia de Amiens para ser criada por un ama, mientras Ganivet no consideró necesario llevarse a su familia para criar a su hija en Amberes y Amelia le correspondía, liberada ya del embarazo, yendo a los teatros y los cabarets, sobre todo después de que su madre se hubiera vuelto de nuevo a Barcelona y se hubiera quedado sola. Así hasta que, dos meses y medio después, el 27 de febrero de 1894, la niña murió, mientras la madre estaba en París y el padre en Amberes. Toda la vida arrastrarían Ganivet y Amelia la culpa de haber entregado su hija al cuidado ajeno. Del nacimiento y la muerte de su hija, no dejó Ganivet constancia por escrito ni se lo dijo a nadie, ni aparece la circunstancia en las cartas que escribía casi diariamente a su madre ni a su amigo Navarro Ledesma. Solo consta tal circunstancia en una carta de dos líneas dirigida a Amelia, avisando el día 1 de marzo de su llegada a Amiens al día siguiente a primera hora. Su primera hija fue un hecho casi clandestino en su vida. Ni siquiera se enteraron en el consulado del motivo del viaje precipitado del vicesónsul. La niña fue enterrada en una fosa de forma temporal, en Amiens. Cuando meses más tarde Ganivet la sacó de la fosa común y le buscó un enterramiento definitivo acudió al cementerio de Saint Léger lès Domart y vio de nuevo el cadáver de su hija. Era el día de difuntos de 1895 y le escribió a Amelia una de las cartas más desgarradoras que pueden escribirse: *Abrió la caja y quedé maravillado de lo bien conservada que está la nena. Está como la puse yo cuando la amortajé, solo más pequeñita, todo encogida; la capa azul que yo le puse encima (...) haciendo cerco alrededor como si fuera una monjita. Yo no quise tocarla y volví a cerrar en seguida (...). Dentro de veinte años volveremos a encontrar a la nena como ahora.* Tal impresión le causó la visión de la muertecita, que decidió dejar de comer carne y se hizo para el resto de sus días vegetariano.

Pero el amor entre Amelia y Ganivet superó la crisis y los reproches de esa desgracia. Y, a pesar de las circunstancias y la clandestinidad, un año más tarde, el 22 de diciembre de 1894, nació en París el segundo fruto de su pasión, el pequeño Ángel Tristán. A partir de este nacimiento, el cariño entre ambos se consolidó. Por temporadas vivieron juntos o separados. Cuando Amelia no acompañaba al vicecónsul, que era las más de las veces, criaba a su hijo en Barcelona con su madre. Así vivían o, por mejor decir, así morían lentamente, y sufrían recorriendo toda Europa para verse o para separarse; a veces se querían y se eran fieles, otras se refugiaban fugazmente en la sal de otro cuerpo.

Amelia Roldán era para Ganivet la sola mujer que ocupaba el lugar de todas. Sabía ser la madre en los momentos de desconsuelo —cuánto echó de menos Ganivet la falta de su madre—, la consejera en las indecisiones, la prostituta más impúdica en los momentos de desenfreno amoroso, la persona de confianza para las cosas incontables y la compañera imprescindible del trajín cotidiano. Sabía poner calma en sus arrebatos y fiebres, paciencia y comprensión en su desorden, dulzura y contención en su violencia. Cuando miraba sus ojos, sabía Amelia lo que él necesitaba, y se apresuraba a poner el remedio, antes casi de que surgiera la necesidad. Eran celosos porque sabían que el otro, en su alejamiento, era infiel. Era el de ellos uno de esos amores inverosímiles, en un estado continuo de conflicto. Un loco amor, que se necesita y se rechaza. Los hijos, además, unieron a esta extraña pareja. La niña chica, muertecita y sola en aquel cementerio cercano a París; y Ángel Tristán. Cuando estaban juntos, Ganivet reprendía a Amelia y le pedía que no usara ropa tan ceñida; ella entonces se ponía más provocativa todavía. Más de una vez se enfrentó violentamente en algunos cafés a otros hombres cuyas miradas no pudieron resistir el contoneo de las curvas de Amelia. Eso pasaba frecuentemente en Madrid o París, donde no estaban los consulados del trabajo y donde a Ganivet no le molestaba exhibir su hombría ni a Amelia su desparpajo antillano. Pero en los lugares de la responsabilidad y del sueldo de él, Amelia sabía y quería vestir como una señora, al gusto de la moda de fines del XIX, con ropa cara y modales elegantes. Sobre todo le gustaba llevar esos trajes ajustados de encaje negro, que hacían cintura de avispa, con sombrilla, como había visto de los escaparates de París y otras ciudades europeas. Igual que él era en Holanda o en Finlandia como un morisco extravagante, ella era una morena racial, de temperamento fuerte y cálido, que paseaba por los lugares del norte la sal y la gracia de los trópicos.

Cuando se amaban ella llevaba la iniciativa y él se dejaba hacer. Ella lo reducía fácilmente con sus caricias, con la exuberancia de sus carnes apretadas y rotundas, sus labios gordezuelos y sus pelos negros y rizados. Cuando se amaban, la fuerte era ella, el hombrecillo poseído él, arrasado por aquella fuerza temperamental, que se le venía encima y que no tenía miedo de nada, ni siquiera del rastro de otras mujeres que su hombre había ido recogiendo por hoteles y lupanares de media Europa. Cuando aquel cuerpo se le colocaba encima, Ángel no tenía tiempo de distinguir todas las sensaciones que lo asolaban y creía morirse de placer. Ella lo dominaba y, durante unos minutos, se vengaba con la superioridad de su cuerpo de todas las afrentas que él, con sus rarezas y su ensimismamiento, le hacía. Ese triunfo de ella era una especie de justicia poética. Y acababan extenuados: él en la misma posición del principio, sin prácticamente haberse movido; ella con sus brazos, sus cabellos y su cuerpo desparramados sobre él. Y cada encuentro amoroso precedía a otra tormenta más terrible.

Amelia, mientras leía la carta de Ganivet reclamando su presencia en Helsingfors, empezaba a albergar la esperanza de que algo cambiaría y se dispuso a viajar a los lugares del frío y de la nieve.

## NO TE PUEDO COMPRENDER, CORAZÓN LOCO

45

El agua y la nieve de los montes cercanos van penetrando en los huecos de la roca, en la raíz de los árboles y las grietas de la tierra, hasta llegar a otros conductos mayores y formar pequeñas bolsas que, en contacto con otras, dan en oscuros lagos subterráneos de los que sale helada el agua de los ríos que fecunda los campos. El agua es una exudación de la naturaleza al igual que la poesía lo es del espíritu. Hay quien escribe para ganar dinero. Y hay quien tiene un alma atormentada y la poesía le sale por los poros. Poeta, nunca dejes de sorprender al mundo con tus inoportunas extravagancias.

46

Tras recibir la carta de Ganivet en la primera semana de mayo, Amelia Roldán, acompañada de su hijo Ángel Tristán, de poco más de año y medio, emprendió el viaje desde Madrid a Helsingfors. Y dos semanas más tarde, tomó el tren desde Barcelona, dirección París. El motivo de su demora barcelonesa fue escuchar cantar al tenor Angelo Angioletti, que «tonteaba» con una de sus primas, también cantante, y que por esas fechas representaba en el Gran Teatro del Liceo el papel del duque de Mantua en *Rigoletto*. Angelo Angioletti era en realidad el nombre artístico del tenor Jaume Bachs i Rosés, quien se entendía bastante bien, en los descuidos que propiciaban los camerinos de los teatros, con Amelia, a la que había seducido con el pretexto de apoyarla en su hipotética carrera de cantante. Amelia tenía una buena voz que nunca pudo educar por las circunstancias azarosas de su vida, y seguía soñando con cantar. La ópera colmaba todas sus ansias de ensoñación. La amistad con Angioletti fue larga, pues él la invitaba a su camerino y le enseñaba la vida del teatro por dentro. Ella se dejaba halagar lo suficiente como para propiciar otra cita en aquellos días en que su prima no iba a escuchar a su amante, que solían ser muchos. Y tenía plena libertad de movimiento, porque a su hijo, que era el de Ganivet, lo cuidaba mientras tanto su madre. Y después del teatro, a veces, iba a los cafés artísticos cercanos a La Rambla de Colón, o se dejaba ver con el amante de su prima o alternaba con otros cantantes en los restaurantes y en los cafés de la noche barcelonesa, como el Ponsa o el de la Fonda España, con su lujosa decoración *art déco* de maderas y azulejos con flores y sirenas. Era su Barcelona la gran Barcelona que admiró los cuadros de Rusiñol y Casas, los edificios de Gaudí, la que escuchó la música de Enrique Granados y la que se conmovió cuando el poeta Joan Maragall, viendo llegar por el puerto a los tullidos de la guerra de Cuba, escribió: *Espanya, retorna en tu, / arrenca el plor de mare!...*

A Ganivet le diría que su retraso en llegar a Helsingfors, casi a mitad de junio, se debía a que había querido esperar en la primavera de Barcelona a que cesaran definitivamente los fríos del norte, pensando en la débil salud de su hijo Ángel Tristán.

47

Amelia Roldán llegó a la estación de Helsingfors el 12 de junio de 1896, a las seis de la tarde, tras nueve días de viaje en tren. Con el francés que ella hablaba, aprendido en sus temporadas de París, se bastó sola, sin avisar a nadie, para bajar del tren con su hijo y sus tres maletas, una de considerables dimensiones, y buscar un coche de caballos que la llevara al consulado español de

Brunnsparken donde vivía y trabajaba su marido, porque «marido», «esposo» lo llamaba abiertamente, aunque solo ella sabía que no estaban casados.

Cuando Ganivet oyó la campana de la puerta, sintió que era ella y abrió inmediatamente. Se encontraron en la puerta, se abrazaron y se besaron. Fue un abrazo intenso, no solo familiar. Inmediatamente alzó y besó a su hijo, que lo miraba sorprendido, con los ojazos asustados de alegría sin perder ningún detalle. Ella llevaba un traje verde claro, de falda de vuelo, rematado en la parte de arriba con unas graciosas tirantas que dejaban ver sus brazos turgentes y morenos, e insinuaban de forma generosa el resto de sus formas, sobre todo el escote ligeramente desabotonado. Se colgó a su cuello, él la levantó de la cintura, y el niño se agarró a las faldas de la madre en una alegría celosa y compartida. Inmediatamente empezaron los preparativos de la casa, con la mujer que se encargaba del servicio doméstico colocando las ropas de Amelia y el niño en los armarios. A ella le sorprendió la leonera en que se había convertido la habitación de trabajo de Ángel: intenso olor a humo y a cerrado, gran desorden de libros, papeles dispersos en sillones, mesas y suelo, los cristales sucios, ceniza por todos lados, manchas de tinta, porque Ganivet no dejaba a la asistenta limpiar allí... El desorden superaba lo previsible y se preocupó porque sabía bien que el orden de fuera era reflejo del de dentro.

La noticia de la llegada de la mujer y el hijo de Ganivet sorprendió en Helsingfors. ¿Ganivet casado y con un hijo de año y medio? ¡Pero si ellos creían que Ganivet estaba en relaciones con su joven profesora de sueco! En realidad Amelia y Ángel no estaban casados, pero ella se presentaba como Amelia «de Ganivet». La noticia también corrió como la pólvora en el círculo de amigos, bueno, más bien de amigas finlandesas del granadino. Hanna tendría ahora oportunidad de comprobar en la práctica cómo eran las mujeres españolas, de las que había hablado varias veces con él. Y para el grupo de Mascha... Todo Helsingfors daba por hecho que Ganivet y la joven Mascha empezaban a ser pareja... ¿cómo podían aparecer ahora una mujer y un hijo? Los amigos de Mascha percibieron la llegada de Amelia como un alivio, porque les despejaba el camino de nuevo a ellos. Antes reaccionaron las amigas de la madre de Mascha, que sospecharon de un posible escándalo y, haciendo una colecta entre ellas, le ofrecieron a la madre un dinero para que Mascha se fuera inmediatamente, aprovechando el buen tiempo, a hacer un viaje por Europa, por Suiza e Italia, con su amiga Victoria, con la que ya se habían puesto de acuerdo. El encuentro de Amelia con Mascha podría ser conflictivo si Amelia, que rápidamente se ocupó de marcar su terreno, se enteraba de la estrecha relación de su marido con su profesora de idiomas. Y más, siendo vecinos.

Mascha se sintió avergonzada, traicionada, herida en su intimidad. Sospechaba que Ganivet era un excéntrico, que su inestabilidad procedía de su gran talento, pero no pensaba que era un mentiroso tan perfecto. ¿Cómo se puede ocultar tan bien la existencia de una familia, de una mujer, de un hijo? Lamentó haberse entregado a un ser tan falso. ¿Y ella era esa mujer fría e inmutable, que tanto le reprochaba él en sus poemas? Con esa traición sintió un agudo dolor que le recordó las tragedias de su vida, su orfandad de padre, su situación familiar con urgencias no satisfechas... su hermosura desaprovechada en las manos de un hombre aún más frío que ella, y más cruel.

## TOUS LES MATINS DU MONDE SONT SANS RETOUR

48

En el instituto, comencé a leer los primeros libros. Con la inocencia del adolescente que se asoma a la vida por primera vez, empecé a escribir las primeras cartas de amor, los primeros versos ilusionados. Algún alma caritativa me ayudaba, me señalaba los versos mal medidos, me prevenía para que utilizara a mi favor las trampas del sonido, me sugería finales distintos, más inesperados, me censuraba los adjetivos gastados, las metáforas previsibles, me decía que rompiera este o que dejara aquel poema, me orientaba en las lecturas. Y ahora, después de tantos años, cuando escribo la vida de Ganivet, no sé si estoy escribiendo la mía. Lástima del poeta que abandona los versos de su emoción para meterse a novelista de la historia de otro. ¿O es de su propia historia?

49

*Diario de Mascha Diakovsky (fragmento)*  
17 de junio de 1898

*Compartí con él a mis amigos, le abrí las puertas de tantos sitios, y había otra. Le ofrecí mi talento, mis conocimientos, mis escritores preferidos, traduje con él extraños versos y había otra. Mi cuerpo le dio calor en alguna tarde de ventisca, le quise quitar sus miedos, y había otra. Me ensimismé leyendo los poemas que me escribía, y había otra. ¿Cuántas veces miré la puerta y las ventanas de su casa, sin saber que en su mente había otra? ¿Para quién trabajé, sino para otra? El secreto de mi vida se lo di, mi secreto, el secreto de la mujer más deseada de Helsingfors, mientras él pensaba en otra, en otra, en otra, en otra.*

50

Desde el día siguiente de la llegada de Amelia, Marie Sophie Diakovsky empezó los preparativos de su viaje por Italia, junto a su joven amiga Victoria Destunde de Blanay. Se trataba de un ambicioso viaje en tres etapas: Pietroburgo, Varsovia y Viena en junio; Italia de norte a sur, hasta Pompeya y Capri, en julio; y, de vuelta, los Alpes y los lagos de Suiza, en agosto, para volver por París y Amberes los primeros días de setiembre. Dos motivos tenía Mascha para desaparecer durante varias semanas: amortiguar el dolor que le produjo Ganivet, y evitar el encuentro con Amelia Roldán. Así que en los cuatro días que tardó en partir, Mascha se las arregló para no coincidir, siendo vecinos como eran, con su alumno de sueco y su recién aparecida familia.

Pero Ganivet, cuando se enteró por su sirvienta, que le tenía informado de todas las novedades de Helsingfors, del viaje inminente de su profesora, tuvo uno de los gestos propios de su raro ingenio: fue a buscarla a su casa con el pretexto de dar una última clase antes de su partida. Mascha no se negó a recibirlo. Él le reprochó que se fuera tan precipitadamente, le recordó lo necesarias que esas clases eran para él y le habló de Amelia y de su hijo como si tal cosa, como si ella los conociera de toda la vida. Mientras hablaban, Mascha aparentaba toda la naturalidad y la cordialidad de la que era capaz. No quería reprocharle nada. Quería aparentar que todo seguía exactamente igual, aunque estaba muy dolida en la íntimo. Pero mientras hablaban, no pudo evitar

en una ocasión mirarlo con sincera dureza a los ojos, diciendo con esa mirada muchas más cosas de las que habrían cabido en sus palabras. Ganivet usó la estrategia que nunca le había fallado antes con una mujer: la temeridad.

—Puesto que no sé si vamos a seguir dando clases, me gustaría escribirte a donde vayas y que tú me contestaras, no a mi dirección, sino a mi nombre en la lista de Correos. Iré todas las tardes a comprobar si me has escrito.

—Bien, eso haré.

Mascha quedó unos segundos pensativa, no supo por qué lo hizo, pero con la mayor normalidad que pudo, que parecía mucha, le dictó los nombres de las ciudades de su viaje, las fechas aproximadas de sus estancias, y el nombre de los hoteles de su alojamiento: Florencia, Venecia, Nápoles, Ginebra... y Ganivet los copió detenidamente en la libreta que utilizaba para la clase de idiomas. Mientras él escribía, ella pensaba que era una torpeza darle los detalles de su viaje. Pero no podía dejar de hacerlo. Se sentía insignificante, incapaz de ser dueña de sí misma. Incluso prometió al granadino contestarle si recibía alguna carta suya. Se despidieron con un frío apretón de manos. Y sucedió que, cuando Mascha iba cerrando la puerta, Ganivet alargó la mano para darle un papel plegado con unos versos escritos dentro en francés, como solía hacer de vez en cuando en sus clases. Cuando cerró la puerta, tuvo que sentarse para contener los nervios porque le fallaban las piernas. Abrió con dificultad el papel y, con las manos temblonas, leyó en francés: *CHANSONS ANDALOUSES*  
(*COPLAS ANDALUZAS*)

*Granáina*

*Conocí tantas mujeres*

*que me decían llorando:*

*«Yo nunca te olvidaré».*

*Y me estaban olvidando.*

*Soleá*

*Mañana, cuando yo muera,*

*ten esto bien claro,*

*con una trenza de tu pelo rubio*

*atarán mis manos.*

Ganivet era capaz de, con la calma y la naturalidad que preceden a una tormenta, engañar y, al mismo tiempo, hacer que se sintiera culpable la mujer engañada.



## NÃO SERIAM CARTAS DE AMOR SE NÃO FOSSEM RIDÍCULAS

51

Recuerdo mi palabrería feroz de adolescente y de estudiante universitario. Yo me ponía a escribir y las ideas fluían como el agua fresca rebotando entre las piedras, como el aire que remueve las ramas de los árboles. Notaba en mí como un ritmo natural, como que las pocas ideas que estaba aprendiendo en mis primeras lecturas fecundas saltaban por esas líneas y se asociaban de una forma feliz e inesperada. Por supuesto que no era capaz de controlar el resultado de esas ocurrencias. La pólvora de mis versos eran las lecturas apasionadas de *Espadas como labios*, *Pasión de la tierra*, *La destrucción o el amor*, *Historia del corazón...* Con qué buen Alexandre se despertó el charlatán que yo tenía dentro... Yo no entendía nada de esos versos, pero lo entendí todo. Era el misterio de la poesía que asistía al nacimiento de mi juventud.

52

Durante el viaje de Mascha, Ganivet le escribe cinco cartas en francés desde la primera del 20 de julio a la última de 27 de agosto. Todas las encabeza con una fórmula parecida: «Mi muy querida y muy bella amiga», «Mi muy bella musa», «Mi muy bella amiga y bella viajera». Y las termina con fórmulas como: «Recibe el afecto de tu mejor amigo de corazón», «De tu mejor amigo y peor alumno, que se acuerda siempre de tu inolvidable persona (alma y cuerpo)», «De tu mejor amigo, que desea apasionadamente verte». Por la letra, se nota que son las cartas de una persona resquebrajada emocionalmente: letra muy nerviosa y mal hecha, de trazo violento, en la que cuesta mantener la línea del renglón sin torcerse hacia abajo: «Aspiro al estado filosófico de no amar, pero desgraciadamente ya sabes lo que siento por ti...»; «Tú tienes paz, eres la paz, porque estás junto a un hermoso lago y los lagos dan paz. Yo soy la guerra, porque vivo junto al mar cuyas olas no dejan de romper bajo mi balcón». En dos de esas cartas le añade a Mascha sendos poemas de amor de contenido irónico, aludiendo a su frialdad. Y, sobre todo, en las cuatro primeras cartas, pide una cosa con insistencia a Mascha: que le mande un retrato. Siente que necesita urgentemente ver la figura de su amiga, para mantener vivo el rescoldo de su amor.

Las cartas de Mascha son menos comprometidas. Le cuenta la hermosura del paisaje y el clima, le habla de la pronunciación de la lengua italiana, de los pueblos que visita, de la manera de vestir de la gente, de cuestiones literarias, y no le contesta ni a los poemas ni a otras alusiones personales. Ya alejada de la primera impresión que significó la llegada de Amelia, Mascha no quiere interrumpir su amistad con el granadino. En la penúltima de las cartas, Ganivet le escribe que Amelia y su hijo volverán a España inmediatamente a inicios de setiembre, coincidiendo con su vuelta a Helsingfors, debido a los problemas de salud del niño, que se constipa continuamente. Pero Mascha no cree nada de esto.

Ganivet cada vez está más huraño. Entre finales de julio y la primera mitad de agosto, la ciudad parece un desierto porque el finlandés viaja mucho durante las vacaciones. Así que quedan en Helsingfors pocos conocidos. Amelia obliga a Ganivet a salir todos los días y eso le mortifica mucho. Quiere quedarse solo escribiendo en su casa, con sus ensoñaciones, mientras Amelia sale sola a pasear con el niño. Discuten por ello. A veces van a bañarse al mar, otras veces van a algún concierto. Y Ganivet interrumpe muchas de esas salidas para volver a casa precipitadamente, con los pretextos más absurdos: suele decir que se acuesta a las ocho, cosa que sorprende a todo el mundo, porque en el verano finlandés oscurece más tarde de las once y media y amanece antes de

las tres y media de la madrugada, con un día de más de veinte horas de luz. Él, sin embargo, quiere oscuridad y apetece las sombras. Apenas duerme. Lo único que hace de forma animosa durante el día es ir por la tarde a Correos a ver si ha llegado alguna carta de Mascha. Amelia es lista y desconfiada. Y le revuelve los papeles, buscando y encontrando lo que puede en los cajones, dentro de los libros, en el desorden de su escritorio, extraños versos en francés que no entiende bien, papeles arrugados o rotos en la papelería. Sobre todo por la tarde, cuando Ganivet va a Correos, ella aprovechaba para rebuscar. Y aunque su francés es de conversación y le cuesta entender la lengua escrita, algo sí puede entender de todo aquello que en realidad está pasando. Y se lo guarda cautelosamente para el momento de la explosión. Hay algo en la casa, en el ambiente, muy tenso.

Ganivet ha llamado a Amelia porque la necesita y Amelia ha acudido desde el sur de Europa obediente. Pero él, en vez de disfrutar de ella y de su hijo, se mantiene en un conflicto continuo entre dos mujeres. Ganivet no podía vivir con las dos ni sin las dos. Y las dos mujeres se esperan la una a la otra: mientras Mascha sabe ya el nombre de Amelia y, antes de partir de viaje, la ha visto un día pasar bajo su ventana, Amelia acecha a un fantasma sin cara y todavía sin nombre.

## LAS DOS CARAS DE LA HOJA DE LA NAVAJA

53

El exceso de nieve en las cumbres, acompañado de la lluvia intensa en el deshielo, conlleva una acumulación que va ensanchando los regatos y las ramblas empinadas de los ribazos que dan en los arroyos y los arroyos que caen en los afluentes, y los afluentes que llegan al río, de tal manera que el río baja amplísimo arrastrándolo todo, cegando los ojos de los puentes y lamiendo con el agua lo que fueron caminos, hogares entrañables, campos de labranza. La naturaleza, durante trágicas horas, vuelve a tomar lo suyo con un agua justiciera sin cuidarse del hombre. Abre surcos, destroza caminos, arrastra lo construido y lo lleva al fondo del valle, donde queda enterrado e inservible bajo el fango, las ramas y las raíces removidas.

54

Al estudio de fotografía que el prestigioso Paolo Bocchese tenía en Montreux, junto al lago Lemán, se dirigieron ambas amigas. Mascha quería mandarle a Ganivet el retrato que tanto le había pedido en sus cuatro cartas anteriores. Ganivet le había hecho a ella un retrato en verso y ahora le pedía insistentemente una fotografía. Edelfet, su amigo el pintor, la había retratado en varias ocasiones. A Ganivet lo retrató con poco éxito su amiga Hanna... todo eran retratos y reflejos, copias de la realidad. Las dos amigas posaron para el fotógrafo con una tela decorada que hacía de fondo y que representaba un paisaje del lago. Mascha a la izquierda, de pie, con traje de dos piezas, de color violeta y graciosamente moteado, de falda larga y camisa de mangas largas con generosas hombreras, más el chalequillo a juego con dos grandes botones y cuello ancho, ajustado a la camisa. Remataba su estampa un sombrero negro rígido de ala corta, con cierto aire de bombín masculino, que apenas ocultaba su cabello recogido. Ese aire levemente varonil daba a Mascha un tono de independencia. En el cierre superior de la camisa, bajo la barbilla, remataba un pequeño camafeo y se destacaba también un bolso pequeño a la altura de la cintura, cuya correa le cruzaba la chaqueta. Mascha tenía las manos sueltas, en un movimiento espontáneo sorprendido por el fotógrafo. Victoria, sentada a la izquierda, tenía un vestido parecido pero de color crema, casi gris y con la falda todavía más grande, con un sombrero con un ala ancha de color blanco que le ocultaba bastante su hermoso pelo negro, también recogido, y tenía unidas las manos encima de la rodilla; de un brazo le colgaba un bolsito. Completaba su figura un collar con un colgante parecido a un camafeo. Los vestidos de cada una contrastaban con el color de sus cabellos, de tal manera que parecían haberse elegido como marco de ellos. Aunque ambas estaban posando, Mascha daba un aire más natural que Victoria.

La fotografía capturó un momento vivo, dos mujeres delante de una cámara, en Montreux, junto al lago Lemán, en agosto de 1896. Es el reflejo melancólico del tiempo real, detenido en el papel. Porque a pesar de la juventud y la belleza de ambas mujeres, la fotografía tenía ya, recién hecha, ese aire melancólico de los retratos de nuestros abuelos, con el tiempo parado en una lágrima.



Mascha con su amiga Victoria Destunde de Blanay, en Suiza, durante el viaje que hicieron en el verano de 1896.

55

Es 15 de agosto de 1896. Amelia Roldán acaba de levantarse. Mira a su hijo dormir y piensa en las desgracias que entran en muchas casas. El niño tiene una respiración dificultosa, ha pasado

por un par de constipados y uno de ellos casi se le complica. El doctor francés que hay en Helsingfors ahora en verano ha hecho un par de visitas y no le da importancia, pero ella está asustada, no le gusta el clima de allí, tan traicionero a finales de agosto, con cambios bruscos del calor al frío.

Más al sur del continente, Marie Sophie está ilusionada con la visita que van a hacer hoy. Ella y su amiga Victoria han alquilado un barquito que, cruzando el lago de Ginebra, las llevará a Villa Diodati, donde Byron, Polidori, Percy y Mary Shelley, Matthew Lewis y la hermana de Mary, Clara, vivieron las jornadas tormentosas que precedieron al nacimiento de *Frankenstein* y de *El vampiro*.

Amelia Roldán escucha la respiración de su hijo y prepara la ropa que se van a poner hoy. Revisa la que tenía que planchar la asistenta, esa vieja que a Ganivet le cae tan simpática porque le informa de todas las habladurías de la ciudad, y que ella cree que es una cotilla que debe ir criticándola por ahí. No le gusta cómo plancha, es muy rápida y deja pliegues de la ropa sin reparar. A ella, la mujer del cónsul de España, le gusta la ropa impecable, perfectamente planchada.

Marie Sophie, desde el barco que las lleva, mira la grandeza de las montañas que rodean el lago y recuerda unas acuarelas donde Turner pintó estas mismas montañas. Sin duda las dibujó desde el lago en una posición cercana a la suya de ese momento. Turner tenía muchas libretitas donde tomaba continuamente apuntes del paisaje. Y esas acuarelas pequeñas eran sobrecogedoras, con atardeceres compulsivos como derramamientos de sangre. Ella no puede entender esas montañas sin la pintura de Turner, y sin la música grandiosa de Wagner o de su amigo Sibelius.

Amelia Roldán está en la cocina, preparando el desayuno, mientras escucha en las habitaciones del consulado el run run de las conversaciones. Está Ángel hablando con alguien. Cuando venga la asistenta, le encargará que vista al niño y se irán los tres a comprar cosas necesarias para la casa.

Marie Sophie también sabe que John Milton en el XVII pasó por Villa Diodati y que, a lo mejor, de ahí sacó el Lucifer de su *Paraíso perdido*. Sabe, además, que en esa villa se alojaron Voltaire y Rousseau mientras se dedicaban a la ardua tarea de prenderle fuego al viejo mundo. Imagina a los escritores románticos de la Villa Diodati, en los tres días tormentosos de junio de 1816, hablando de los experimentos con cadáveres del doctor Dippel, de los poderes ocultos de la naturaleza que Franklin había empezado a arrebatarse, leyendo las historias de aparecidos de la *Phantasmagoriana* que había traído Polidori.

Amelia Roldán quiere comprar leche, mantequilla, que en Finlandia es buenísima, fruta y verdura. También necesitará una gallina para hacerle al niño un caldo. Tendrá que hacerlo ella porque, claro, a ver cómo le manda a una criada finlandesa hacer un caldo de gallina. Y piensa en Ganivet, en que no acaba de verse con este hombre atormentado, siempre tan quisquilloso, con esas salidas tan raras, como si tuviera el demonio dentro, siempre con el miedo de que la engañe con otra. Por lo menos tiene de bueno que gracias a Ganivet ha viajado mucho y no es una manola de esas que en España se mueren de aburrimiento en su patio, regando las macetas, echando alpiste a los canarios, matando moscas y cotilleando todo el rato desde la parte de dentro de la reja.

Marie Sophie, muy sugestionada con las montañas de Suiza y con tantas historias que pasan

por su mente, mientras el barco atraca en el pequeño embarcadero de palos de Villa Diodati, cree que la muerte violenta de todos los personajes de esa historia cuadra con la grandeza del paisaje: Shelley ahogado, Byron muerto en la guerra de los griegos, Polidori envenenado... y, cuando se baja del barco, ve una lápida pequeña que está junto al camino de la villa, que tiene escrito, muy borroso, un epitafio impreso con caligrafía inglesa sobre piedra litográfica que parece de jabón. Es una tumba pequeña de perro, sin duda uno de los perros de Byron que Polidori envenenó por celos, y que dice: *... su amor no es lujuria; su amistad no es perfidia; su sonrisa no es hipocresía; sus palabras no son mentiras (...). Si pasas, caminante, delante de esta sencilla tumba, has de saber que debajo no hay nadie a quien puedas llorar. Estas piedras se levantan sobre los despojos de un amigo. Yo solo tuve uno, y está aquí debajo.* Marie Sophie está conmocionada y durante un momento siente la debilidad de contarle estas emociones a su alumno de sueco: cuando llegue a su habitación del hotel, sin ella quererlo, le escribirá una carta a Ganivet contándole esa emoción. Y se le pasa por su cabeza, como un regusto amargo, la figura fugaz de Amelia, cogiendo la mano a su niño, pasando bajo la ventana de su casa de Helsingfors. ¿Cómo será ella amándole? Pero no hay duda, le escribirá, no podrá evitarlo, porque ese hombre es de los pocos que ha conocido que verdaderamente puede entender sus emociones artísticas. ¿Cómo es posible que todavía lo ame?

Amelia Roldán se entristece. Mientras mira a su hijo jugar con un caballo de cartón, piensa cómo será la otra, edad, cabello, color de ojos, contornos, olor, suavidad de piel... Qué pasará por la cabeza de la otra en ese instante. La otra en el aroma del café, en el sabor de las tostadas, en el mar que se ve al otro lado de la ventana, la otra en esa sensación de mujer sola corriendo con un niño por Europa detrás de un hombre caprichoso y extravagante, la otra, la otra, la otra, cuando en realidad no se ha dado cuenta todavía de que la otra es ella.

## PORQUE LA PENA TIZNA CUANDO ESTALLA

56

Las nubes negras anuncian tormenta; las blancas densas, lluvia o nieve. Las nubes negras son un fondo perfecto para relámpagos y otras perturbaciones eléctricas. El olor a tierra mojada lleva un silencio cercano, con un retemblar de fondo de rayos remotos que, junto con el viento, trae el cambio de ánimo del paisaje. El hombre de campo sabe leer en el cielo esas señales. Los perros, cuando se acerca la tormenta, ladran y se esconden temerosos y los animales se mueven nerviosos en sus corrales y en sus establos. También los pastores corren a recoger sus animales, para evitar que se dispersen asustados por el campo bajo el incomprensible fragor del trueno. Todos los seres vivos se preparan para resistir la ira del cielo.

Y entonces, la tormenta. El agua que cae a borbotones y golpea las paredes de las casas y los cristales, el viento moviendo las hojas de las ventanas que parecen desencajarse del golpe, los rayos con su fulgor eléctrico y cortante delante del fondo negro de las nubes, los relámpagos con su temblor opaco, los árboles venciéndose a un lado bruscamente. El pueblo desierto, la gente que mira temerosa desde la ventana, el tiempo parado mientras la ira de la naturaleza se despliega. Nada más trágico y esperanzador que una tormenta cuando estalla en plena furia. La tierra se encoge esperando, porque estas tormentas de marzo preparan el campo para la llegada de los nuevos brotes. Es el miedo de lo que se promete o de lo que se espera. Y nada nuevo puede nacer en la naturaleza sin la destrucción de algo anterior. Ni en la vida hay alegría o placer si no se consigue a costa del dolor ajeno.

57

Ganivet se dirigió a las cinco de la tarde, como de costumbre, a la oficina central de Correos que estaba en la calle Kirjasto 10, cerca de la estación de ferrocarril. Era un paseo corto y agradable. Lo hacía con el pretexto de recoger las cartas del consulado, pero la realidad es que iba a encontrarse con las cartas de Mascha, y así evitar que estas llegaran a su casa cuando él no estuviera. Cuando preguntó por la correspondencia, le dijeron que un cartero la acababa de llevar a su casa, porque ese día había llegado un paquete de mayores dimensiones. Los funcionarios de Correos desconocen el contenido de las cartas y no saben las tragedias de las casas y de las vidas de sus destinatarios. Porque cuando sonó la campana de la puerta, Amelia Roldán cogió las cartas y vio un extraño paquete dirigido a Ganivet personalmente, no al consulado, con un remite de *M. S. Diakovsky de Bergmann, Grand Hotel, Montreux (Suisse)*. Tuvo una mala corazonada. Y lo abrió. Dentro se encontró el retrato de dos mujeres jóvenes con un fino marco de madera y una nota manuscrita en francés que decía: *Querido Ángel: Te mando al fin el retrato que tantas veces me habías pedido...* Siguió con los ojos hasta el final en donde la firma ponía *Mascha Diakovsky*. Ya no hizo falta leer más. La primera reacción fue sentarse: acababa de confirmar sus sospechas. Se quedó parada. Pero inmediatamente reaccionó con furia: se dirigió con el retrato al despacho de Ángel y lo arrojó contra la pared. El marco y el cristal se hicieron añicos. A continuación, rompió el papel de la fotografía en varios pedazos y empezó a romper y a tirar todos los papeles, revistas o libros que se encontraban en la mesa, en las sillas, en el suelo; arrojaba contra las paredes los objetos del escritorio, sacaba los cajones, volcaba el contenido y los destrozaba tirándolos contra cualquier sitio. Rompió varios cristales del interior del balcón con los cajones desfondados ya de los golpes. Destrozó una de las sillas contra el quicio de la puerta. El niño, que

oyó el estruendo y los gritos, se asomó y, cuando vio a la madre en ese estado de desesperación, se quedó asustado en un rincón de la habitación y empezó a llorar sin consuelo. La madre lo veía pero no lo veía. Estaba atacada y había perdido el control sobre su persona.

En eso, empezó a girar el pomo de la puerta de la calle. Al darse cuenta de que él llegaba, Amelia fue a la cocina a por un cuchillo de grandes dimensiones en forma de hacha, de los que se utilizan para partir huesos. Cuando Ganivet entró, se encontró con todo el desmán de objetos rotos y tirados por todas partes, escuchó un grito y vio venir a Amelia contra él con el cuchillo en alto. Él ya estaba esperando la escena, porque no era la primera vez que Amelia montaba en cólera. Pero en esta ocasión le sorprendió la magnitud del estropicio. Así que se fue hacia ella bruscamente, con frialdad y, aprovechando su corpulencia, le quitó el cuchillo retorciéndole la muñeca y la trató de inmovilizar agarrándola por detrás fuertemente y levantándole los pies del suelo, mientras ella daba patadas, puñetazos al aire, gritaba, insultaba, escupía y mordía, totalmente fuera de sí. La tensión de Amelia llegó a tal extremo que perdió el conocimiento y empezó a temblar y a convulsionar. Ganivet temió por su vida. El hijo lloraba desamparado sentado en la esquina de la habitación, tapándose los oídos con las manitas y cerrando los ojos.

Amelia se manifestó con la fuerza de las tormentas, como el viento, y el rayo y el granizo, como el agua impetuosa que viene de lo profundo hasta chocar con la roca que no puede arrastrar.

## 58

Amelia estuvo dos días postrada en la cama, sin hablar ni siquiera con su hijo, en un profundo estado de depresión y abatimiento. La mujer encargada de la casa se quedó varias horas más esos dos días para atender a Ángel Tristán. Ganivet trató de hablar con ella inútilmente. Se acercaba al borde de la cama, la besaba en la cara y ella permanecía acostada en la misma posición, sin inmutarse, con la mirada fija en el techo. Solo de la criada aceptó un par de vasos de agua y un poco de caldo.

A los dos días se incorporó, se aseó, abrazó y besó a su hijo, comió algo y empezó a preparar todas las cosas. Se volvían a España. Cuando Ángel terminó sus tareas consulares, ella lo estaba esperando bien vestida y le anunció fríamente que se iban el niño y ella, que le buscara lo antes posible el barco o el tren para volver. Él le pidió perdón, quiso abrazarla, se arrojó a sus pies, pero no fue posible. No pudo ni siquiera cruzar una mirada con ella que, en su lucha con la fiebre, había estado dos días organizando fríamente su vida sin él, haciendo planes minuciosos. Comprendieron ambos la situación: no hubo ni siquiera reproches. La voluntad y el despecho de Amelia eran de hierro. Así que Ganivet no insistió más: se fue a preparar el viaje de su mujer. Habló con la muchacha que le hacía algunas gestiones por la mañana. Comprobó los horarios del puerto. Dispuso que compraran los pasajes para Amelia y el niño. El barco, procedente de Riga, zarparía a la mañana siguiente, el día 3 de setiembre, dirección Hamburgo.



## DESPEDIDA SIN ADIÓS

59

La paz del campo después de la tormenta. El silencio del campo que se recoge en su soledad sin hombres ni cultivos, con el solo testigo del vuelo aterido de los cuervos o el lejano ladrido de algún perro. Los campos y los caminos cuajados de agua, el horizonte y las lejanías perdiéndose en esa lágrima que condensó el fragor ya lejano de la tempestad. Como si, después de una pesadilla, a la mañana siguiente, la luz inocente entrara otra vez en una estancia cerrada.

60

Amelia preparaba su equipaje, las ropitas del niño, las suyas. Hacía planes de forma febril. De vez en cuando buscaba al hijo y lo besaba y lo apretujaba para compensarle por los ratos amargos recién pasados. Ella era así, temperamental. Ya estaba harta de perseguir a ese fantasma soso y raro por Europa, de reprocharle cosas al que ni siquiera había querido ser su marido ni reconocer legalmente a su hijo. Además, ella no podía competir con esas mujeres refinadas, cultas, que a él le gustaban. Solo tenía su cuerpo y su coraje. Así que se volvía a Barcelona. Y, aunque triste, se sentía liberada, suelta y soltera, con un hijito al que, aunque tenía todos los ojos del padre, amaba con locura. No faltarían hombres que se fijaran en ella, en sus carnes rotundas, en su pelo negro, largo y rizado y en su voz; porque tenía una voz bonita que educar. Recordó aquella ópera que había visto hace un par de años en el Real, de Bizet, con aquella sevillana morena por la que se mataban los hombres. ¿Qué tenía aquel personaje, Carmen recordó que se llamaba, que no tuviera ella? Buscaría de nuevo a Angelo Angioletti, aquel tenor que era amante de su prima, para que la enseñara a cantar y la introdujera en el mundo de los escenarios. Todo eso pasaba por la cabeza de Amelia mientras preparaba el equipaje. Mientras tanto, en el cantón suizo de Vaud, en una terraza junto al lago Léman, Victoria y Mascha tomaban un refresco en ese inicio de setiembre, viendo los barcos y planeando alguna excursión. Y Ganivet, solo, sereno, en su despacho del consulado de Helsingfors, tomó recado de escribir y escribió a Mascha una carta para agradecerle el envío del retrato, que no había podido ni ver.

61

El día 30 de agosto el crucero de bandera alemana *Goethe* salía del puerto de Helsingfors con destino a Hamburgo. Entre Amelia y Ganivet no hubo ni una despedida protocolaria. El padre abrazó al hijo y lo besó varias veces, ante la mirada indiferente de la madre. Un coche de caballos llevó al puerto a Amelia, al niño Ángel Tristán y a un muchacho que hacía labores de auxiliar en el consulado, para ayudar a Amelia en todo lo que era el embarque, la colocación del equipaje en el camarote, *etc.* Ganivet se quedó en el consulado solo, escribiendo durante todo el día. Necesitaba soledad y escritura.

Amelia, desde la barandilla de una de las cubiertas del buque, miraba al muelle, en el momento de la partida. Tenía a su hijo cogido de la mano. Quería que el niño disfrutara de la agitación. No quería mostrar más su tristeza, porque bastante había sufrido ya la criatura. Desde la barandilla miraba a la ciudad, que había sido acogedora con ella, pensando que no volvería más. Y cuando sonó la sirena y el barco empezó a separarse del muelle, no podía compartir la alegre nostalgia de las despedidas, sacudiendo un pañuelo el aire o saludando directamente con la mano,

porque abajo nadie la estaba despidiendo. Ni tampoco nadie la esperaría en Hamburgo. Estos adioses son para siempre, pensó. Sintió entonces una honda pena que no quiso que se tradujera en una lágrima, cogió al niño en brazos y lo besó. Porque esa criatura era lo único que ella tenía en el mundo.

Desde la altura de la cubierta, Amelia veía las torres y cresterías de Helsingfors, las casas de madera, algunos edificios de piedra y el paisaje plano, lleno de lagos y dulces entradas de agua en la tierra. Tras las casas y alternándose entre ellas, veía los puntos negros de la arboleda, de pinos, abedules y alces. Tanta agua y tanto bosque se comían los edificios. Sentía cierta tristeza de no haber disfrutado de la ciudad, aunque para ella, que había conocido bien el ambiente de Madrid, de Barcelona o de París, era aburrida y provinciana. El mismo Amberes tenía más vida. Por su cabeza empezó a planear un aria de Verdi, y empezó a cantársela a su hijito suavemente, con mucho sentimiento: *Bella figlia dell'amore / schiavo son de'vezzi tuoi...* Era el aria con que el malvado duque de Mantua parece creerse durante los leves segundos que dura la canción, mientras seduce a la bella hija de Rigoletto, que ese amor durará siempre. Pero ese *siempre* acaba siendo como el siempre de todos los hombres del mundo, como el de Ganivet o como el de su amigo el tenor Angelo Angioletti: moneda falsa o música que seduce, pero que deja las manos vacías y los ojos llenos de llanto.

## EN VANO ESPERO TU PALABRA ESCRITA

62

Mientras miro arder la lumbre en la chimenea, sus formas caprichosas me traen a la cabeza un recuerdo de hace treinta y muchos años. Los niños solíamos cazar pájaros los días de invierno, aprovechando el hambre que pasaban, la nieve y el frío. En los hilos metálicos que sostenían la parra, en las ramas y el tronco, colocábamos alpiste rodeándolo con varitas de esparto llenas de pegamento o liria. Cuando los infelices iban a picar el alpiste se les pegaban las alas y caían al suelo chillando, sin poder volar. Un día atrapé un hermoso jilguero y lo puse en una jaula pequeña. Luego escribí un poema sobre la libertad. Entonces colgué la jaula en el patio con la puerta abierta, bajo el sol de invierno. Me entristecía haberle robado al campo un colorín tan bello. Pero el pájaro no se iba. Prefería vivir preso. Entonces resbaló una lágrima por mi mejilla. Porque yo también prefería vivir preso. Empezaba a sospecharlo. Y ahora lo sé.

63

*Helsingfors, 29 de agosto de 1896*

*Querida Mascha:*

*El cartero trajo a mi casa tu carta y tu retrato. Ambos fueron hechos añicos en una escena horrorosa de celos. Amelia acaba de irse a Barcelona y temo mucho por su salud. Tal es su carácter de iracundo. Te ruego que no me escribas más por el momento. Recibe los recuerdos más cariñosos de este amigo fiel que no te olvida.*

*A. G.*

*P.D.: Después de algunas caídas en las que te habré parecido un poco bajo y grosero, he logrado alcanzar por fin el amor espiritual, noble y puro. Como mujer eres admirable. Pero me dirijo ahora a tu corazón de artista. Estoy seguro de que me comprenderás. Pronto me iré para siempre y podrás seguir siendo mi amiga del alma. Si tienes coraje, yo seré un gran hombre gracias a ti, pues serás tú la que se agite en mi espíritu.*

64

Ganivet quedó en el consulado solo, escribiendo durante todo el día hasta que, a primera hora de la tarde, fue a ver a su amiga Hanna, la pintora. Llegó a su casa, como solía, fumando un gran puro.

—He traicionado a Amelia y ella me ha abandonado —le dijo en un francés desgarrado. Y ya no habló más.

Hanna, como buena finlandesa, no le dijo nada. Porque los finlandeses son silenciosos y distantes en las formas. Se sentó a su lado y lo acompañó en silencio, un silencio aparentemente frío, pero honrado y cálido, de amistad entrañable, exactamente el tipo de cariño que en ese momento necesitaba, como el silencio de los duelos y de las penas más hondas. Hanna sabía que en ese momento podría haber criticado a Mascha, a la que no apreciaba, pero no quiso hacerlo, sino que respetó a su amigo, y se puso a pensar a su lado que realmente ese hombre era capaz de amar a dos mujeres o a más al mismo tiempo y que lo que le había pasado fue una fatalidad por no

querer renunciar a nada en la vida. No podía vivir con las dos, no podía vivir sin las dos. También de forma algo egoísta creyó que a partir de ahora ese hombre excéntrico que llegó del sur de Europa para alegrarles la vida a unos y hacer sufrir a otros, le pertenecería algo más a ella y a las amigas de su tertulia, ahora que Amelia no estaba. También se le pasó por la cabeza que Mascha volvería de su viaje más orgullosa y fría que antes de irse, y que ni siquiera saludaría a Ganivet. Se acercaba otra vez el otoño, ya se habían dejado sentir los primeros fríos y serían muchas las tardes de tertulia, de hablar de libros, literatura, pintura y poesía que estaban por venir. Pero de eso no dijo nada, porque ese pensamiento íntimo hubiera hecho daño a su amigo, que había ido a su casa a entregarle su alma en esa tarde de setiembre, para no morir solo de pena. Porque no podía con el peso de la vida.

65

Mascha acababa de entrar en la recepción del Grand Hotel de Montreux, donde se hospedaba, con su amiga Victoria. Cuando se dirigía a las escaleras, un botones le entregó la carta de Ganivet. Se dirigió a la cafetería, se sentó en una coqueta terraza, frente al inmenso lago, pidió un té y se dispuso a leerla con cierto optimismo. Pero nada más comenzar, se dio cuenta de que era una carta de ruptura. Y comenzaron a precipitarse sus pensamientos, sin orden. *¿Por qué acepté contestar a su cartas, por qué cometí la debilidad de emocionarme contándole mis impresiones de villa Diodati, por qué leí otra vez sus palabras de amor, por qué le hice caso y le mandé el retrato? ¿Por qué, por qué, por qué? De nuevo me ha engañado. ¿Qué hago yo metida en un huerto abonado por otra? Otra vez ninguneada, despreciada. Y encima, me habla de amor divino, de amor espiritual, cuando yo soy de carne y hueso, y tengo un nombre y un cuerpo y un talento que derrochar. Otra herida. Pero esta será la última.*

## IL FAUT TOUJOURS ÊTRE IVRE

66

Desde que ando de paso por estas tierras altas vengo a escribir y a beber diariamente desde Galera a Huéscar, al Pili, la bodega de vino del país que hay detrás de Santa María, cerca de la calle Mayor. Cuando éramos chicos, veníamos con nuestros padres. El dueño había intentado ser novio de mi madre. Y mi padre, aun así, seguía viniendo a beber vino. Que yo sepa van cuatro generaciones de bodegueros, desde el abuelo al actual dueño, Manolo, que es de mi edad. Mientras nuestros padres bebían, los niños jugábamos en el patio con los cachivaches que había allí, con los troncos de la leña, con los aperos de labranza. Yo, desde que tengo uso de razón, nunca dejé de venir. Cuando entro, me siento solo en una mesa al lado de la chimenea, saco papel y pluma, y hago poemas. O, como ahora, traigo el ordenador y me pongo a escribir la historia de Ganivet, sentado en una mesa centenaria, de madera ancha, hecha al vino e hinchada por él. A veces traigo la viola y la toco frente a la chimenea y luego el bodeguero y algunos clientes me invitan a vino. A mi lado, en la barra, hay una multitud de hombres curtidos que tratan de olvidar el paso del tiempo. Por eso beben, para no morir. Yo también me emborracho para ser eterno. Ya lo decía aquel poeta francés: hay que vivir siempre borracho de cualquier cosa, de música, de poesía, de vino, de lo que nos quite esa sensación de que el tiempo nos aplasta y nos termina.

67

Se sentía solo, atormentado por los deseos y los remordimientos de lo que había hecho y había dejado de hacer. Amelia se había ido con el hijo y Mascha, que acababa de llegar a Helsingfors, no quería recibirle en su casa ni se dejaba ver en la calle. Ganivet solo era acogido con franqueza en la casa de su amiga Hanna, que lo recibía algunas tardes con las otras mujeres de su grupo, y en las distintas casas del cuerpo diplomático, donde no tenía ninguna intención de ir, a pesar de las continuas invitaciones que recibía.

Sus amigos españoles, con los que se carteaba a diario, lo notaban trastornado y se preocupaban por su estado de ánimo y de salud. Francisco Navarro y Nicolás María López, a los que les había hablado en sus cartas de su amor a Mascha, enviándoles unos extravagantes poemas en francés, veían cada vez más espaciadas sus respuestas. Al nublado del ánimo, seguía el del clima que, a final de octubre, ya era frío, pasando de los cuatro u ocho grados del día a los cero de la noche. Y la luz, que menguaba cada vez más. Poca luz en el cielo, poca luz en la mente, frío en el alma.

Un día de ese otoño ya vencido, paseaba Ganivet tratando de desentumecer su espíritu por la calle Bulevardi, hacia la Esplanadi, cuando vio venir a Mascha por la acera. Ella, cuando distinguió la figura desgarbada del granadino, se hizo la despistada y se metió en una tienda de ropa. Él se escondió en una pastelería y, cuando salió, la siguió, hasta que la vio entrar en una casa de la calle Kalevankatu, donde la perdió de vista. Varios días hizo ese recorrido detrás de ella, casi desde su casa, con la insistencia de los celos, para verla entrar siempre en el mismo portal de la calle Kalevankatu. Fue la temeridad la que le llevó a buscar en la puerta, en los buzones de la entrada. Y sí reconoció a alguien que vivía en ese edificio: era Hagelstam, Wentzel Hagelstam, el periodista y conspirador antiruso Hagelstam, que se había fijado también, igual que Mascha, en su literatura y que le había ofrecido traducir al finlandés o al sueco alguna de sus *Cartas finlandesas*. Mascha había pasado de un amante escritor a otro. Era una cazadora de

talentos, y él, cuando se dio cuenta, quiso morir de celos. La había tenido entre sus brazos, había estado enamorada de él, quizá todavía lo estuviera, y la había perdido. Ahora era de otro, admiraba otro talento, estaba entre otros brazos que no eran los suyos.

Con el alma partida de dolor, empezó a vagar por las calles, se fue a la zona del puerto, cerca de la catedral rusa y, como necesitaba hacer algo distinto, entró en una taberna de obreros y gente humilde. Nada más cruzar la puerta se le quedaron todos mirando extrañados, se hizo un impresionante silencio y se dejaron de escuchar los murmullos gangosos habituales. ¿Qué hacía ese burgués allí, en un tugurio de borrachos? Se habría equivocado tal vez. Alguien le advirtió con una frase incomprensible. Ganivet no se inmutó, y con la vista fija en el frente, casi sin enfocar la mirada, se acercó al mostrador y pidió de forma mecánica un vaso de vodka, la vodka finlandesa o rusa que gusta al obrero. Se lo bebió de un trago y pidió otro. Y así dos vasos más seguidos de ese alcohol pendenciero, de casi sesenta grados. El fuego que le abrasaba dentro apenas se le iba calmando a medida que el licor entraba y le reconfortaba el estómago, una euforia insana se seguía apoderando de él. Un borracho se le acercó y le echó su aliento inmundo. Le pagó una copa tirándole las monedas en la barra y mirándolo de forma amenazante para que lo dejara en paz. El borracho cogió el dinero y se apartó intimidado. Ganivet estaba bebiendo como un verdadero finlandés, de forma compulsiva, pero desentonaba en ese sitio popular, su abrigo y su chaqueta indicaban que ese no era su lugar: él debía beber en cafés elegantes, donde iban los burgueses y dejaban entrar a mujeres vestidas a la moda europea. Pero Ganivet sentía siempre atracción por los sitios populares, que le recordaban los garitos de su juventud en Granada y en Madrid, más que por los restaurantes y las cafeterías elegantes del gran mundo parisino y berlinés, que tan bien conocía. Junto a un albañil y a una cocinera, Ganivet estaba siempre más a gusto que junto a un cónsul o a un periodista. Antes de salir de la taberna, borracho perdido, ante la mirada perpleja de los parroquianos, con la voz desgarrada y llorosa de la emoción, se dirigió a toda la concurrencia y les recitó de memoria, declamando, en voz alta, los versos iniciales del *Kalevala*, que le había enseñado su amiga Ida Waenerberg en casa de Hanna que, mal traducidos, venían a decir:

*... quiero cantar, quiero modular mis palabras  
entonando un canto nacional, un canto familiar.  
Las frases se derriten en mi boca, los discursos se atropellan;  
desbordan mi lengua, se expanden alrededor de mis dientes.  
Antaño, mi padre me ha cantado esas mismas palabras  
tallando el mango de su hacha;  
mi madre me las enseñó cosiendo.  
Yo entonces no era más que un niño, una pobre criatura inútil  
que se arrastraba por el suelo a los pies de la nodriza,  
con la leche goteando por la barbilla...*

Y se fue llorando, desconsolado, ante la mirada atónita de los borrachos, recordando su infancia, cuando la vida fluía sin problemas en la panadería de sus abuelos y él aún no había aprendido en el colegio dónde estaba Finlandia. Ni sabía nada del amor.

Al día siguiente, Ganivet fue al club social Segelsällskap, en donde solía verse con

Hagelstam, sin una periodicidad exacta. Merodeó por la calle, cerca de la puerta de entrada, hasta que lo vio acercarse. Entonces se hizo el encontradizo, lo saludó e inmediatamente aceptó la invitación acostumbrada del periodista para acompañarle en la comida. Entraron juntos, se dirigieron al restaurante y se sentaron en una mesa pequeña, para entablar una de esas conversaciones que estaban acostumbrados a tener utilizando varias lenguas, el sueco, el finlandés, el alemán. La discreción se imponía, porque la policía rusa tenía confidentes por todos lados y Hagelstam era uno de los escritores más vigilados. Comenzaron la comida hablando de Ibsen. Pero Ganivet estaba perdido, no acertaba a entrar en la conversación. El periodista lo encontró muy descentrado, como pensando en otra cosa. Hasta que la conversación se precipitó.

—La has visto —dijo inesperadamente y sin venir a cuento Ganivet, como si se le escapara de los labios algo que estaba pensando y que no quisiera decir.

—¿Que si la he visto...? ¿A quién? —repuso Hagelstam extrañado.

—A Mascha. Tú la estás viendo —gritó Ganivet, mientras miraba al periodista con una mirada inquisitiva de tipo peligroso, que lo intimidó un poco.

Se hizo un largo silencio en el que solo sonaban los cubiertos. El finlandés dejó un rato la mirada fija en el plato hasta que lentamente la dirigió a los ojos del granadino, y dijo con naturalidad:

—Sí. Somos amigos íntimos.

A Ganivet, que ya lo sabía pero que necesitaba una confirmación así, se le volvió a quebrar algo por dentro. Pensó morirse. Pensó atacar a su compañero de conversaciones literarias con la paleta de servir el salmón. Pensó romper contra la cabeza de su rival la jarra con el agua, de cristal grueso. Pensó morder el vaso hasta rajarse los labios. Pensó mil locuras. Pero lo que hizo fue levantarse bruscamente e irse sin ni siquiera recoger el abrigo, sin pagar, dejando a todo el que se cruzaba el rescoldo de su mirada amenazante.

## DOS LÍNEAS PARALELAS QUE NO VAN A JUNTARSE MÁS

69

He leído minuciosamente tus cartas, he estudiado y anotado la novela en la que cuentas tu vida, o lo que querías que creyéramos que era tu vida, he traducido tus poemas inconfesables del francés, acomodándolos a un ritmo castellano. He sentido un poco de pudor al conocer y publicar tantas intimidades que nunca hubieras querido que se publicasen. Conozco tu vida como si fuera la mía. Voy a visitar los lugares que fueron tus lugares, los edificios de tus consulados en Helsinki y en Riga, que todavía están en pie. Voy a seguir la huella de tus pasos, a deambular por el parque de tus paseos y a mirar el mar de tus visiones. Hay un hilo que nos une a ciento veinte años de distancia.

70

Ganivet avanzaba por el Boulevardgatan cuando a lo lejos divisó la figura menuda de Mascha, que se acercaba por la acera. Sabía bien de dónde venía. Así que se metió en un portal y esperó unos segundos a que estuviera a su altura. Entonces salió y se topó con ella.

—Hola, Mascha. ¿Cómo estás?

Mascha titubeó, balbuceó apenas unas palabras casi sin aliento. Le habló sorprendida y seca en francés:

—Bien, ¿y tú?

—Yo estoy mal, el otro día quise saludarte cuando estabas en la calle Bulevardi y te metiste en una tienda para no hablar conmigo. Te escondes de mí.

—Yo no me escondo de ti, Ángel. Eres tú el que me persigue y me acosa y no me deja tregua; cuando salgo a la calle, antes de ir a un sitio doy un par de rodeos para comprobar si me sigues. No me gusta sentirme perseguida.

—Te sigo porque no me explico tu silencio. No quieres darme clases y ni siquiera me lo dices: dejaste que tu madre lo hiciera por ti. ¿Y nuestras cartas? ¿Y los poemas que hemos traducido juntos? Me dijiste que me ibas a enseñar ruso —le dijo Ganivet, con el tono de reproche propio de una pareja de novios.

—Eres tú quien se empeña en perder la dignidad cuando te rebajas continuamente para verme. Pareces un mendigo. ¿Crees que un hombre público como tú debe perseguir a una mujer y abordarla en medio de la calle escondiéndose en un portal? Si fueras digno te querías más a ti mismo y vivirías sin mendigar mi amistad ni la de nadie. A las mujeres no le gustan los hombres que lloriquean detrás de ellas. Engañaste a tu mujer conmigo, y yo ni siquiera tuve la oportunidad de saberlo. No me gustó mi papel. Y supongo que a ella le habrá gustado menos ser una mujer compartida.

Mascha estaba desahogando la tensión acumulada después de algunos meses de sufrimiento. Ángel, sin embargo, profundizaba en el error.

—¿Y Hagelstam? —dijo Ganivet fuera de sí—. ¿Lo quieres?

—¿A ti qué te importa? ¿Te debo yo alguna explicación? ¿Quién eres tú para preguntarme a



quién quiero o a quién dejo de querer? ¿Te pregunté yo si amabas a tu mujer española? En mi intimidad no puedes entrar. Así que déjame en paz. Porque nuestras vidas son ya dos líneas paralelas que no van a juntarse más, Ángel.

Y diciendo su nombre, se volvió resuelta y orgullosa y empezó a andar con un paso ligero y decidido, pero no tan ligero que pareciera una huida. Y mientras él quedaba quieto en medio de la acera, como una sombra, viéndola hacerse cada vez más pequeña calle abajo, a ella se le estaba escapando una lágrima, la última lágrima que pensaba dedicarle a ese hombre que siempre la sorprendía con alguna salida inesperada.

## EN ESOS TUS SEMBLANTES PLATEADOS

71

Se mira uno en el hielo de un charco, en el fondo cristalino de un pozo, y el agua le devuelve su imagen sorprendida. Luego, en el espejo del cuarto de baño, o en el cristal de cualquier escaparate o de cualquier coche, la superficie lisa nos devuelve el instante irrepetible de nuestra vida. Somos reflejo, no se sabe de qué. Solo los seres demoníacos no pueden repetirse. ¿Y Ganivet? ¿De quién fue reflejo Ganivet? ¿A quién le dio, más de un siglo después, su reflejo?

72

Esa tarde ya casi navideña del 10 de diciembre la tertulia de casa de Hanna Rönberg estaba bastante animada. Venían las amigas de ver la primera «Muestra libre de Arte», que se acababa de inaugurar en el *Ateneum*. Hubo muchos cotilleos y el objeto de la conversación principal fue el mismo: en las paredes aparecían retratados, aunque no juntos, Ganivet y Mascha. A Mascha la había retratado el gran Edelfet y a Ganivet Hanna. La verdad es que la calidad de los retratos, y la belleza de los modelos, dejaba el cuadro de Edelfet muy por encima del de Hanna, pero allí estaba ella, la pintora Hanna Rönberg y su retrato, codeándose con lo mejor del arte finlandés. Además, todos estaban pendientes de que en cualquier momento entraran Mascha o Ganivet, y se produjera el encuentro esperado por todos. Que si el cónsul la había engañado porque cuando intimó con ella ya estaba casado con una cubana y tenía incluso un hijo; que si Mascha se había tenido que ir de Helsingfors para no cruzarse con la mujer de Ganivet; que si la morena era un bellezón americano espectacular; que si vaya con el cónsul, con lo calladito y formal que parecía..., que si ahora está todo el día brujuleando por casa de Hanna, con sus jóvenes amigas...

Con la excusa de la exposición, las amigas salieron juntas, tomaron un té con pastas y, al volver a casa de Hanna, empezaron a tomar unos vasitos de aguardiente para alegrarse. Allí estaban, aparte de la dueña de la casa, Ella Sahlberg, y las tres hermanas Waenerberg, Ida, Hanna e Inés, todas jóvenes, inquietas, guapas y fantasiosas. Entonces sonó la campana de la puerta. Era Ganivet, que no había ido a la exposición, pero que buscaba la camaradería de sus amigas. Tras un momento de euforia compartida provocado por el recibimiento, los amigos empezaron a repartirse por grupos y tareas, cada uno a lo suyo. Ida Waenerberg se sentó junto a Ganivet, como solía, y empezó a hablar en sueco y en francés con él. Le habló de la última novela de literatura española que había leído traducida al sueco: *Pepita Jiménez*. A Ida, que trabajaba de administrativa y que tenía veinticuatro años, le extrañaba la pasividad de Pepita Jiménez. Eso de dedicarse solo a lucir palmito, a ser guapa frente a los hombres sin tomar otras iniciativas ni trabajar no lo entendía ella. Y le preguntaba a Ganivet por los oficios y las tareas de las mujeres españolas. El granadino no tenía ahora la euforia de otras veces y se limitaba solo a defender que, bajo la apariencia de dedicarse solo a ser bella, la mujer española mandaba más en su casa y en la sociedad de lo que parecía. Ida no paraba de preguntarle detalles al granadino, que la escuchaba mirando sus ojos castaños, sus leves lunares y su pelo rubio. Se imaginaba, mientras hablaba con ella, su cuerpo desnudo, lleno de pecas. Era bonita esa muchacha de veinticuatro años, que pensaba que España era un país exótico por cuyas calles paseaban toreros, majas, manolas, gitanos y bandoleros con la faca en la faja, todos seres de estampa. Dos o tres veces se quedaron mirándose los dos, aislándose de los demás, pensando en el misterio del otro. Y Ganivet pareció

alegrarse un poco de sentir el afecto y la curiosidad de esa muchacha, que no quería ser como Pepita Jiménez pero que, en el género rubio, era tan guapa como la Carmen de Merimée en el moreno.

Hanna los miraba satisfecha: había sacado al granadino del círculo de Mascha y lo había atraído al suyo, a su casa llena como estaba de muchachas bonitas e inteligentes. Y Ganivet se sentía allí cálido y valorado, protegido de la nieve y del hielo que le acechaba afuera.

## MALDITAS LAS PALABRAS

73

Justo ahora recuerdo el tiempo en que me creía la literatura. Me emocionaba leyendo *La balada de la cárcel de Reading* y *De profundis*, *El viejo y el mar*; los poemas de amor de Francisco de Medrano y los poemas en prosa de Baudelaire. La inocencia de creermé esas ficciones me salvó durante unos meses tormentosos de sentir el paso inexorable de la realidad. Pero ahora lo veo todo claro. Cuando leas esta confesión, lector, escrita ya casi sin tiempo, dudarás si la vida de Ganimet o la mía son verdad o mentira. La literatura, doble arma.

74

*Tammikuu, luna de roble*, enero: porque de la corteza del roble es la aspereza del paisaje de enero; *Helmikuu, luna de perla*, febrero: porque la dureza cristalina del hielo de febrero es como la de la perla; *Maaliskuu, luna de savia*, marzo: porque la savia comienza a correr en marzo por los abedules y comienza el milagro de la resurrección del campo; *Huntikuu, luna de incendio*, abril: porque en abril el cielo se incendia en unos atardeceres rojos interminables... Ganimet repasa silabeando los nombres de los meses en el cuaderno donde Mascha se los había escrito de su puño y letra. Y piensa, mientras sus labios se llenan de sonoridades misteriosas, en qué noble dios del norte, en qué *trolles* bárbaros han creado estos nombres pueriles y hermosos, tan alejados de la forma latina de nombrar el tiempo.

*Toukokuu, luna de siembra*, mayo: porque la semilla la recibe la tierra fértil y generosa en mayo; *Kesäkuu, luna de verano*, junio, cuando más calor hace; *Heinäkuu, luna de hierba*, julio... Piensa Ganimet que la memoria de los pueblos está en sus palabras antiguas. Y estas lunas inocentes finlandesas traen a su imaginación un mundo primitivo, casi anterior al hombre, de dioses rurales y benéficos, de sociedades patriarcales y justas, una edad de oro donde la mano del hombre aún no se ha manchado con la sangre del hermano muerto o de la propiedad ajena.

*Elokuu, luna de cosecha*, agosto; *Syyskuu, luna de otoño*, setiembre; *Lokakuu, luna de barro*, octubre. La belleza de esos nombres, sus evocaciones antiguas lo están poniendo melancólico. La belleza, a veces, no consuela, sino que entristece cuando no se puede compartir con quien se ama. Mascha le enseñó idiomas y palabras. Y ya solo quedan palabras huérfanas escritas pacientemente en un cuaderno, sin Mascha.

*Marraskuu, luna de muerte*, noviembre. Aquí Ganimet se detiene un momento. En noviembre la naturaleza se para de nuevo y los finlandeses visitan a sus muertos en los cementerios. Y cae la primera nieve. La idea de la muerte, del acabamiento de todo le obsesiona. No ve futuro a nada ni a su vida ni a sus libros ni a Europa ni a su consulado. Recuerda el cuerpecito de su hija muerta. ¿Para qué vivir? No percibe Ganimet ninguna lógica, ninguna justificación en su existencia o en la de los otros. Le da lo mismo todo.

*Joulukuu, luna de Navidad*, diciembre. *Joulu, On Joulu, la Navidad*, cuando en Finlandia los campesinos adornan sus *rekis* o *troikas* con campanillas, y ponen luces encendidas en las ventanas de sus casas, y sacan la piel de oso cazado por el abuelo, y las auroras boreales alumbran los cielos... Y recuerda las navidades de su infancia, sus hermanos, su abuelo, la panadería, su madre, los olores del invierno, los grajos de la Vega, la nieve de Granada... Y, mientras ve tras la ventana caer una intensa nevada de finales de noviembre, maldice la memoria y el poder evocador

de las palabras.

75

*¡Oh humano corazón! ¿Qué es tu ventura?*

*Un momento fugaz, irreparable,*

*un enigma que surge indescifrable,*

*un amor que no más que un beso dura.*

Mascha tiene abierto su álbum por la página donde hay un poema manuscrito de Ganivet escrito en francés. Lo lee y lo relee, toca el papel con la mano, y recuerda perfectamente que ella le enseñó el texto original en alemán de Lenau, el poeta suicida austríaco, luego los dos lo tradujeron al francés y él, sobre esos versos incendiarios, escribió su «Canción de primavera», glosándolos. Mascha se emociona porque pocas veces, como en esos versos, ha sentido tan de cerca la fascinación por las palabras.

*En la noche callada navegamos,*

*Con ansia nos besamos;*

*De lo inmenso nos llena la amargura,*

*Y en el mar sepultamos*

*Un amor que no más que un beso dura.*

En esos cinco versos, Ganivet había condensado todo lo que se puede decir del amor: un amor inefable que se perpetúa en el límite de un beso, que acaba sepultado en el mar. Un amor como el que ella ha soñado siempre tener, que comienza con el contacto entre dos cuerpos y termina diluyéndose en la nada. Porque Mascha, que a veces se siente seca y estéril, incapaz de dar vida bajo su apariencia de frialdad, añora continuamente ese amor insoportable que la eleva y la remueve desde dentro. Allí, en su álbum, se lo ha dejado escrito ese hombre con el que ya no va a hablar más. Y, mientras su madre prepara en la habitación de al lado la cena más importante del año, mientras lucen por dentro de la ventana las velas de la Navidad, ella se entristece un poco más pensando en ese mundo de flores raras que ha perdido. Mascha está muy triste y busca en su álbum más versos de Ganivet; sabe que, aunque ella reaccionaba fríamente cuando él le escribía allí sus poemas, ahora se le remueve todo por dentro al leerlos. Y se detiene en uno en el que Ganivet le reprocha esa manera fuerte de existir a la que la vida la ha condenado: *Tú siempre me manejas a tu antojo*

*porque puedes decir con la boca*

*que no y que sí con los ojos.*

## SABRÁS QUÉ SIGNIFICAN LAS ÍTACAS

76

Estoy a punto de dejar esta cueva, es 27 de marzo de 2019. Mañana vuelo a Berlín, camino de Helsinki y de Riga. Miro la lumbre por última vez. Ya no echaré más leña en ella, sino que dejaré que se haga rescoldos lentos. En estos dos meses me he estado haciendo de nuevo al paisaje que había perdido desde la infancia, como niño que se encuentra y se acurruca de nuevo en brazos de su madre. Aún no sé desde dónde seguiré escribiendo. Berlín, Helsinki, Riga. Huir, irse de los sitios sin despedirse de nadie, ni compartir una última mirada. Y andar por la calle sintiendo el vacío de una amputación, que es la parte de ti mismo que dejaste atrás, que diste a los otros, y que ya nunca volverás a entregar.

77

Por aquellos meses, se ensimismaba cada vez más, se abandonaba y era cuando tenía más actividad mental: una actividad desbocada y febril, malsana. En sus cartas de otoño del 96 puede leerse el progresivo abandono de su vida. Había en la cabeza de Ganivet una sensación de caos y de nihilismo. Escribía a sus amigos cosas como: «Hace algunos años me abandoné al fatalismo y llegué a no tener propósitos ni a pensar en lo que hacía» o «Me parece que oigo y veo hacia dentro y me comunico con el mundo como si fuera ciego y sordomudo». También le escribió en una carta a su amigo Nicolás María López: «No acierto a pensar», «no soy una persona sino un haz de demonios», «se insubordinan los nervios», «yo salgo a catástrofe moral por semana» o «el problema de la felicidad humana está ya resuelto: suicidarse poco a poco a fuerza de no hacerse caso a sí mismo», y cosas por el estilo.

Y, sin embargo, creaba de forma febril. Hizo una edición en Helsinki de *Granada la bella*, medio obligado por su amiga Hanna, caso rarísimo, único en su época, de libro castellano impreso en Finlandia; terminó de escribir *La conquista del reino de Maya*, en donde el protagonista era su *alter ego* Pío Cid; siguió escribiendo sus *Cartas finlandesas*, que había ido enviando a *El Defensor de Granada*, y que remató como libro en los meses siguientes. Empezó además el proyecto de *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, novela rara y ambiciosa, con innovadora mezcla de biografía, narrativa y poesía. Sin contar las cartas que escribía a diario. Vivía por escrito, para escribir, de escribir, con la enfermedad de la escritura permanente.

No salía, aunque se obligaba todos los días a ir a comer al Segelsällskap, un club náutico y social, donde a veces coincidía con algún conocido. Especialmente doloroso era encontrar allí a Edelfet, a Hagelstam o a cualquier hombre que le recordara a Mascha. Ella ya no quería saber nada de él. Había perdido a esa mujer que le había presentado a lo más granado de la intelectualidad finlandesa, y que le llegó a ofrecer su intimidad y su talento. Y sabía que ya no había solución, que había perdido a ese ensueño de mujer como un niño rompe un juguete. Entonces pensó huir, esconderse en otra ciudad. Llevarse con él la herida abierta de su fracaso y, sobre todo, algo que llevaba dentro y que no dejaba de hacer su trabajo sordo y constante. Y recordó aquel poema que había leído en su juventud:

*La herida, una vez hecha,  
poco importa que diste de la flecha.*

*Siempre y en todas partes será herida.*

SEGUNDA PARTE  
DESDE UN LUGAR DE HELSINKI



## BERLÍN NO ES LA CIUDAD, ES UNA HERIDA

78

Ahora estoy escribiendo desde el corazón de Helsinki, en un piso alto, abuhardillado, frente a la estación de trenes, la *Helsingin päärautatieasema* en finés y la *Helsingfors centralstation* en sueco, porque aquí, en esta ciudad bipolar, todo se llama con dos nombres diferentes. Está finalizando junio de 2019 y el anterior capítulo lo terminé en la cueva de Galera el veintisiete de marzo de este año, viendo apagarse la chimenea. La verdad es que cuando he llegado al norte de Europa he tenido la tentación de dejar de escribir estas cosas, y empezar una vida nueva sin ningún rescoldo de España ni de la literatura. Por eso he estado casi tres meses sin tocar el ordenador, desde marzo hasta hoy. Pero al final he sentido frío y he mirado hacia atrás como se asoma uno a un abismo y, de repente, me ha sobrecogido la necesidad de seguir contando la historia de Ganivet y la mía propia, y de iniciar la tarea de buscarlo ciento veinte años después por esta que fue su ciudad, en la que escribió lo mejor de su obra. Para eso vine aquí.

He pasado de la ruralidad más absoluta a estar en uno de los edificios más exclusivos y selectos de Finlandia, un cuarto piso de la calle Mikonkatu, 9, que es lo mismo que estar escribiendo en un piso de lujo de la calle Aribau de Barcelona o Sierpes de Sevilla o Alcalá de Madrid. Abandoné la cueva el veintisiete de marzo bien temprano y por la tarde ya estaba en la T4 del aeropuerto de Barajas, dentro de un avión de Iberia que me llevaría hasta el aeropuerto de Schönefeld, en Berlín. Viajaba con lo puesto, una maleta con la ropa y los libros precisos, y la mochila del ordenador. Por supuesto, la viola a mi lado, con su asiento reservado.

Antes de llegar a Helsinki quise pasar unos meses en Berlín, con unos amigos que hace veintimuchos años que conozco y que me devuelven cada vez que los veo la alegría y las ganas de vivir. Allí pude pasear, hablar, recuperar un poco la confianza en mí mismo con el cultivo sereno de la amistad. Entre Elmar, Suzanne y Araceli prácticamente no me dejaron un momento de soledad. Los conocí a los tres en una visita que hice hace mucho tiempo con los alumnos y los profesores de un antiguo instituto donde trabajé. Y he vuelto tantas veces a Berlín, que sus casas desde entonces han sido las mías.

Con Elmar di durante los meses que estuve en Berlín interminables paseos y visité ruinas de la historia reciente de Europa, que a él le gustaba enseñarme: un campamento ruso abandonado cerca de Potsdam, una antigua estación de los nazis, todavía con los restos del último bombardeo aliado, y sitios así. Le dolía la historia. Su compañía y su conversación eran un verdadero bálsamo. En realidad, Elmar siempre ha sido la persona que a mí me hubiera gustado ser, algo así como un hermano mayor.

Pero, sobre todo, anduve por las calles que Ganivet recorrió cuando pasó por allí en su viaje desde Amberes a San Petersburgo, en enero de 1896. Con mis amigas Suzanne y Araceli, levanté el callejero del barrio de Mitte, como lo levantó él, desde la puerta de Brandemburgo, viniendo andando desde Charlotemburgo, paseando por la Unter den Linden y sus calles aledañas, la Französischerstr. y la Friedrichstr., hasta llegar al río Spree, a la catedral y al antiguo palacio del káiser, que ahora es un indescriptible edificio de oficinas en proceso de reconstrucción histórica. Y recordé lo que le escribió a su amigo Francisco Navarro en carta de 27 de enero de 1896 ... *para cada paisano se encuentra una pareja de militares y no es broma. He contado más de cien uniformes diferentes, y estoy deseando perder de vista esta potente organización. Además me obsesiona el busto del káiser, que está, como Dios, en todas partes...* ¡Cómo detestaba Ganivet a

los militares! Y pensé que Berlín había cambiado mucho después de tantos traumas históricos, que ya no era esa oscura ciudad llena de militares y de obscenas representaciones del poder que él le describió a su amigo, sino una herida abierta, una esperanza en medio de Europa.

79

La afectación del sistema nervioso central por *Treponema pallidum* adquirido por vía sexual, tras quince años de desarrollo de la enfermedad, provoca las manifestaciones clínicas de la neurosífilis sintomática, entre las que está la parálisis general progresiva. Los síntomas son: irritabilidad, dificultad de concentración, labilidad emocional y delirios. Pueden seguir a estos síntomas otros peores como la demencia franca con temblor, las crisis convulsivas, la pérdida de fuerza en las extremidades y la incontinencia anal y vesical. La tardanza en la detección de esta enfermedad neurológica de transmisión sexual hace que las consecuencias sean más difíciles de combatir, porque cuando ya empiezan los síntomas a ser visibles, está demasiado extendida.

El doctor Cederkreutz, experto frenólogo de Helsingfors, de la escuela alemana, que había estudiado, ejercido y dado clases en el hospital de la Charité de Berlín, fue contundente en su diagnóstico, que coincidía con el que ya había hecho el doctor Van der Siegen, de Amberes. Ganivet estaba desarrollando los síntomas de la parálisis general progresiva. Su cerebro estaba infectado por el microorganismo de la sífilis. Empezó recetándole abundante yoduro potásico, para pasar en una segunda fase al bismuto. Pero sobre todo le ordenó que saliera a andar todos los días, que se bañara abundantemente en la sauna o en el mar y que no dejara de tener vida social. Había que agilizar el cuerpo lo más posible.

Ganivet se enfrentaba a una enfermedad misteriosa, con estados de euforia y de depresión, con alucinaciones y delirios, con manías persecutorias y obsesiones, con temblores y depresiones que lo tumbaban algunos días en la cama sin poder casi incorporarse. Había un reloj puesto en marcha y que marcaba una desconexión lenta de todos los hilos de la realidad. Y no sabía cuántas horas le quedaban. Por esto y por lo que él creía que había sido el principal fracaso de su vida, la pérdida de Mascha, es por lo que se planteó que había que empezar a recapitular.

80

Ganivet se abismaba entre papeles. En ese mes de diciembre de 1896 ya no había actividad en su consulado y se le ocurrió la extravagante idea de escribir cartas a España, al Ministerio de Estado, y a la embajada de San Petersburgo de la que dependía su plaza, para que suprimieran el consulado de Helsingfors, por inútil y poco rentable económicamente. También se planteó apartarse de la carrera diplomática para dedicarse a otras actividades. Y empezó a maniobrar en ambas direcciones. Los negocios granadinos de su familia no marchaban bien, pero en Madrid le quedaba la posibilidad de seguir dedicándose a vivir de las traducciones, como hizo antes. Además, pidió el permiso que le debían desde que llegó a Helsingfors para viajar a España. Necesitaba huir de allí, salir del sitio de su fracaso.

Para demostrar lo inútil del consulado mandó a San Petersburgo porcentajes, cuadrantes que contenían de forma explícita las pérdidas económicas que suponía su plaza. Su sueldo mensual más los gastos triplicaba a lo largo del año las ganancias del consulado, que solo era levemente rentable durante seis meses, cuando el puerto daba rendimiento económico. Por eso propuso que un cónsul honorario, un eficiente ciudadano finlandés bien juramentado, teniendo en cuenta la

fideliad y honradez de la mayoría de ellos, podría bastar, con el consiguiente ahorro económico para las arcas públicas. En muchos casos, lo más sesudo que tendría que hacer en temporada baja este cónsul sería izar la bandera del balcón o quitarle el polvo o la nieve a la placa consular. Y en temporada alta solo realizaría algunas funciones administrativas, la comprobación de alguna identidad, algún trabajo notarial, de registro o de aduanas, alguna asistencia a cierto barco español o a cierto negociante que trajinara por allí. Poca cosa. Para huir de allí, Ganivet se enfrentó al aparato del Estado desde la insignificancia del individuo. Y todos los días iba a Correos a esperar la respuesta que nunca llegaba. En San Petersburgo estaban realmente preocupados. Hacía un año que el nuevo cónsul había llegado: primero desatascó varios asuntos pendientes; luego las autoridades rusas informaron a la embajada de las malas relaciones que estaba entablado el cónsul de España con lo peor de la intelectualidad independentista finlandesa; luego el secretario de la embajada quiso veranear en Helsingfors y el cónsul se negó a recibirlo y a buscarle un alojamiento; más tarde, el cónsul dejó de atender los requerimientos de la embajada, dejando de contestar a varias peticiones; y por último, el nuevo cónsul de España mandaba unas raras cartas pidiendo la supresión de su plaza. Además estaban esos artículos suyos que aparecían en periódicos de Granada y cuyo eco llegaba a Madrid e incluso a San Petersburgo, hablando sobre Finlandia con demasiada libertad.

## LA LECCIÓN DE CANTO

81

Antes eran las llamas de la chimenea. Las miraba y mi imaginación mezclaba recuerdos con deseos y cosas que todavía no me habían pasado a mí, o le habían pasado a otro. Ahora es el insomnio de esta luz perpetua del verano finlandés el que no me deja dormir con ese duermevela de recuerdos y esperanzas, de cosas propias y ajenas que se cruzan en mi mente, porque amanece antes de las cuatro de la mañana y oscurece a las once de la noche y la luz se filtra por todos los sitios de mi conciencia y el insomnio es mal consejero. Vivo sin sueño y sin lucidez, añorando el beso callado de la noche.

82

En aquel febrero del 97 arreciaba el mal tiempo. Ganivet apenas salía, salvo a casa de Hanna, cada dos días por la tarde, y a Correos todas las mañanas. No hacía más que escribir cartas a la embajada y a Madrid pidiendo la supresión del consulado y las vacaciones que le correspondían desde la llegada a su nueva plaza. Tenía prisa por cerrar su obra con dos novelas y una obra de teatro. En Madrid acababa de publicar *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid*. Era un extravagante y ácido libelo político sobre la Restauración de Cánovas, situando la acción simbólicamente en una tribu africana. También se le cruzó la posibilidad de publicar sus *Cartas finlandesas*, aunque no salió el proyecto, y preparó una edición de sus ideas políticas en un libro titulado *Idearium español*. Escribía de forma compulsiva y enfermiza, sin dormir, sin parar de fumar, mirando la ventisca de nieve y el mar helado desde la ventana. Escribía con una letra nerviosa, a veces ilegible. En su cabeza había un ejército de demonios que le hacían planear, proyectar, organizar incansablemente: eran los extravagantes hijos de su fantasía, tan raros y dispersos, quitándole el sueño, tratando de ver la luz a toda costa en forma de textos literarios. Y, para colmo, seguía escribiendo sin parar versos en francés, torturándose con ideas inverosímiles. Dialogaba con Mascha en verso, rescatando en sus poemas a la que ya en vida había perdido. El olvido le hubiera venido mejor que aquel rumiar continuo de un amor en versos que no terminaba de apagarse.

Entonces sonó la campana de la puerta. Eran las seis de la tarde. Hoy no había salido en todo el día. ¿Quién podría ser a esas horas, con la que estaba cayendo? Se levantó del escritorio, atravesó el salón y abrió la puerta. Su corazón latía, esperando una sorpresa inminente. Pero al abrir no había nadie, solo la ventisca y la nieve perdiéndose escaleras abajo. Volvió a la habitación de su trabajo. Afuera rugía el viento. Leyó la cuartilla con el poema que estaba escribiendo en francés a Mascha: *Me gusta a las mujeres enseñarles la ciencia*

*del desprecio a los hombres, empezando conmigo.*

*Así pago la deuda que debo a mi conciencia.*

Entonces sonó otra vez la campana. Se levantó corriendo, se dirigió a la puerta y la abrió bruscamente. Nadie otra vez. Solo la ventisca. Cerró, esperó unos segundos, abrió bruscamente y miró las escaleras: creyó ver en la nieve la sombra de unas pisadas. Dio un portazo. Volvió al escritorio. Leyó de nuevo el poema. Percibió un movimiento rápido de algo al otro lado de la ventana. Aullaba el viento. Su cabeza, su cabeza. Los extravagantes hijos de su fantasía. Mascha, Mascha. ¿Desde cuándo no dormía?

En el segundo piso del número 23 del Paseo de Gracia de Barcelona, el tenor Jaume Bachs — de nombre artístico Angelo Angioletti— dicta una de sus clases de canto. Esa tarde tiene una alumna especial: Amelia Roldán. Amelia tiene una bonita voz aguda, entre tiple y soprano, pero empezó demasiado tarde y le costará adquirir la técnica suficiente para cantar de forma profesional, pues la voz se acostumbra a los vicios de la juventud y, a su edad, es difícil colocarla en su sitio. Y, a pesar de eso, Amelia tiene un buen físico, un pelo negro rizado frondoso espectacular y un cuerpo envidiable, ideal para los escenarios y para los maestros que dan lecciones de canto. El pianista ya se ha marchado, así que Amelia y Angelo se quedan solos terminando la lección. El tenor, sentado en el piano, toca el acompañamiento y canta el papel de Giuseppini, mientras que Amelia, en el otro extremo del piano, apoyada en él con una mano, canta el papel de la Antonelli de *El dúo de la Africana*.

Paralelamente, a varios miles de kilómetros de distancia, en Öestia, 12, del exclusivo barrio de Brunnsparcken, en Helsingfors, esa misma tarde de marzo de 1897, Ida Waenerberg se ha presentado en casa del cónsul de España para recibir su clase de francés y enseñarle algo de sueco. Hanna no recibe esa tarde en su casa y la tertulia se ha aplazado, así que Ida, como buena mujer independiente finlandesa, decide acudir sin pudor alguno a casa de su amigo. Lleva consigo la edición recién traducida al sueco de *El sombrero de tres picos*, obra que Ganivet conoce perfectamente y que, por lo tanto, será bastante útil para su aprendizaje del sueco. Ida se sienta junto a Ganivet, compartiendo ambos el mismo libro. Sus rizos tocan casi la cara del granadino.



El tenor Angelo Angioletti (Jaume Bachs Rosés), a finales del XIX, cuando conoció a Amelia Roldán, fotografiado en el papel de Raoul de *Los Hugonotes* de Meyerbeer.

En mitad del dúo, Angelo se levanta del piano, deja de tocar y, diciéndole con los ojos que siga cantando, se coloca detrás de Amelia. Mientras ella canta lo de *¡Ay! baturro fogoso,*

*nacido muy cerca  
del Ebro famoso,  
¿por qué te vi yo,  
y por qué tu cariño...*

le coloca la palma de la mano izquierda bajo el diafragma, apretando levemente hacia arriba, bajo los pechos, y el dedo índice de la derecha bajo la barbilla, subiéndole un poco la cabeza en el momento justo en que sube del *mi* al *fa* y del *fa* al *sol* en *por qué túuuu...* Amelia siente detrás de ella la corpulencia de ese hombre al que admira y desea, mientras él la acompaña con sus manos, corrigiéndole la posición de la cabeza para que el aire se libere mejor, con más naturalidad hacia la nota aguda, acompasando con la palma de la mano la frecuencia de su respiración bajo el diafragma, mientras que con su voz le canta suave al oído eso de: *Africana gitana*

*nacida muy cerca  
del puente de Triana,  
si yo te seguí,  
es que, al verte, la muerte,  
temiendo no verte  
muy hondo y muy dentro  
del alma sentí...*

Ganivet con la rodilla de su pierna derecha toca la de Ida, e Ida deja caer con intención sus rizos rubios casi encima del libro. La respiración de ambos se acelera al mismo tiempo y ambos lo notan a través del pulso de las rodillas y del ahogo de sus pechos. Hay un momento en que ninguno está pendiente de la lectura, solo de las sensaciones del otro. En una de sus audacias de hombre acostumbrado a tratar mujeres en esas circunstancias, Ganivet gira la cabeza y roza levemente con sus labios el cuello de la amiga, que cierra los ojos y se queda quieta, concentrándose en esa nueva sensibilidad que siente su piel. Puede que nunca la novela de Pedro Antonio de Alarcón haya servido para propiciar un instante tan dulce y tan humano. Ida se siente atraída por ese hombre de forma irresistible, por su olor a tabaco, por su voz de café y madera vieja, por sus recias y expertas manos de olivo seco. Y se deja hacer sin remedio. Hasta que los dos acaban en el diván que todavía guarda la sombra del cuerpo de Mascha.

Angelo, en un momento del dúo, estando detrás de ella, abraza completamente a Amelia y, en vez de cantar, le susurra al oído su parte. Amelia cierra los ojos y se deja caer de espaldas en las manos y el pecho del tenor, que le roza el cuello con los labios y, poco a poco, le va quitando los botones del chalequillo. Tal vez es eso lo que deberían haber hecho en *El dúo de la africana* la Antonelli y Giuseppini, en vez de ser personajes de tener al público en ascuas porque ese abrazo y ese beso no llegaban nunca a producirse en el escenario. Y así, con dulzura, ambos se van acercando a un sofá alargado cuya piel sería difícil saber la de cuántas aprendices de canto ha acariciado ya.

Y es que así sufrían entonces, así se querían Ganivet y Amelia Roldán, como dos almas sin rumbo igual de solas en sus dos confines del mundo.

## VOLVERÁN LAS OSCURAS GOLONDRINAS

84

Llegué a Helsinki en un vuelo de Finnair procedente de Berlín al aeropuerto de Helsinki-Vantaa un jueves de fines de mayo. Otra vez iba con mi viola a la espalda, mi maleta de ruedas y mi mochila con el ordenador. Llegué aquí, a la Mikonkatu 9, recomendado por Elmar, a casa de un amigo suyo, antiguo correligionario de lucha política: Johan Petersson.

Acostumbrado a los viejos cascos antiguos de España, Francia o Italia, la verdad es que Helsinki parece una ciudad nueva, donde todo está recién puesto. Calles muy anchas y funcionales, edificios muy modernos, salvo los del centro que son majestuosos edificios de piedra del XIX, con estética fría y los colores pastel del norte de Europa, como los de Berlín o San Petersburgo. En el taxi, ya me di cuenta de que mi problema aquí sería la comunicación. Se habla finés y sueco, y todo el mundo maneja el inglés, que yo sé solo a frases sueltas, para pedir en los bares. Recuerdo a cada instante que Ganivet había nacido para comunicarse, que le excitaba esa sensación de abismarse por sitios desconocidos de lenguas nuevas para él, el ruso, el sueco, el finés, para aprenderlas y familiarizarse rápidamente con ellas.

Cuando bajé del taxi y vi el edificio, de mitad del XIX, con la fachada de piedra tallada, casi de lo más antiguo que podía verse en Helsinki, me di cuenta de que el tal Petersson, el amigo de Elmar, tenía mucho dinero o era de familia principal, pues esa calle y ese edificio estaban en el corazón de la ciudad y debían ser carísimos. Llamé al interfono y me atendió una voz grave. Cuando se abrió la puerta apareció un señor pelirrojo de uno ochenta de estatura, melenita bastante aparente para su edad, delgado y con barba, de unos sesenta y pocos años. Me estaba esperando. Hablaba italiano y español, porque había dado clase hasta hace dos años de ambas lenguas en el Departamento de Románicas y en el de Lenguas Modernas de la Facultad de Filología de la Universidad de Helsinki. Además, de joven había estado con mi amigo Elmar en Granada y en Oporto, aprendiendo español y portugués, haciendo por su cuenta la Revolución de los Claveles.

Aquel joven revolucionario ahora vivía en un apartamento de lujo, con suelo de madera, techos altos y enormes ventanas, poco amueblado pero con gusto. De las paredes colgaban algunos cuadros, algunas buenas litografías, y varias guitarras: una española, dos acústicas y tres eléctricas. Junto a un gran salón casi desnudo, había dos habitaciones más: una cocina con todo lo que puede y debe tener una cocina y un cuarto de baño con *jacuzzi*. Todo pensado para el recreo de una sola persona. Me llamó la atención no ver libros, pues era o había sido profesor de lenguas en la universidad. Luego, cuando me enseñó mi alojamiento, vi dónde tenía los libros: se trataba de un ático o buhardilla que había encima, comunicado por una escalera metálica de caracol que subía desde una esquina del salón, el sueño de cualquier escritor: una habitacioncita llena de libros y de discos de música clásica y de *rock* —vinilos y cedés— con un par de ventanales que se abrían al tejado y que daban a la amplia plaza de delante de la estación. Lástima que hubiera tanta luz y que no hubiera persianas para filtrarla. Esta es la cueva desde la que estoy escribiendo ahora, en este mes de junio de 2019. La viola, como no cabía fácilmente por la escalera de caracol, se quedó abajo, con las guitarras. Buena amistad entre instrumentos de cuerda.

Johan me recibió con una botella de vino: un crianza californiano de Falcon Crest, de uva tempranillo y sabor suave. En la mesa dos copas junto a la botella y un jarrón transparente con seis rosas rojas abiertas sobre un fondo de siemprevivas blancas. A mí ese recibimiento me



calentó el alma, que venía aterida desde que me despedí de Elmar en Berlín. Hablamos de Ganivet, cuyas *Cartas finlandesas* había leído Johan en la universidad, y también hablamos de música. Este tipo era un apasionado de los instrumentos de cuerda. Me preguntó mil cosas sobre la viola, que a él le pareció el instrumento más raro y extravagante del mundo. Le dije que me la había construido un lutier de Sevilla, Marco, que había aprendido el oficio de su maestro de Berlín, y que era un instrumento de época, fabricado según un modelo alemán de inicios del XVIII. Se la enseñé, le expliqué todo de ella y le prometí tocarla al día siguiente. Él sí cogió una guitarra de la pared, la Fender, le enchufó un cable que salía de un pequeño amplificador de válvulas y, ante mi sorpresa, tocó de forma magistral el punteo inicial de la canción *Thunderstruck* de AC/DC, con raro virtuosismo, pues tenía dropeada la sexta cuerda y eso le daba a la guitarra y a la habitación una resonancia grave espectacular. Soy un privilegiado porque Helsinki me recibió con vino, flores y música.

## 85

La savia ya corría por los brezos y por los abedules. Era abril y, ahora que el tiempo mejoraba, Ganivet se esforzaba en salir a la calle por prescripción médica. Y pensó ir al teatro. Había un concierto importante de aquel músico que él conoció de la mano de Mascha en el estudio de Edelfet: Sibelius. Venía de triunfar en Alemania, todo el mundo hablaba de él, y Hanna y sus amigas también irían: era el futuro de la música finlandesa y europea. Lo malo es que estarían Mascha y sus amigos. Pero ya estaba harto de esconderse, de estar encerrado en su cubil, escribiendo. Tenía que mostrarle a todos que él también tenía orgullo, que podía ir solo a los sitios. Él era el cónsul de España. Y Mascha, ¿quién era?, una frívola que presumía de belleza, una mujer que daba clases de idiomas para poder mantener a la madre. Así que decidió ir y mostrarse en público.

El concierto era en el teatro Alexander, en la calle Bulevardi, que se había inaugurado hacía poco. El programa anunciaba varias piezas sinfónicas de Sibelius: la *suite Karelia* y la *suite Lemminkäinen*, que en realidad eran los cuatro poemas sinfónicos que había escrito sobre el *Kalevala*. El mismo Sibelius dirigiría la orquesta. En realidad sabía Ganivet que el concierto era, más que un acto musical, un acto patriótico. Aquello era un nido de independentistas y la embajada de San Petersburgo sería convenientemente informada de su asistencia. Continuaba por el camino lento y seguro de su autodestrucción, haciendo lo que no debía.

Apareció en el teatro inesperadamente, sin haberse citado con nadie, a punto de empezar el concierto, con su traje diplomático, camisa blanca con lazo blanco en el cuello, chaqueta negra de frac con pañuelo blanco en el bolsillo, y su programa de mano. El granadino siempre actuaba de forma imprevisible. Se dirigió como un autómatas, sin saludar a nadie, a su localidad que era en un lateral del patio de butacas. Y efectivamente, cuando entró en la sala, fue observado por todos, que dejaron de mirar al primer violín que estaba afinando para seguirlo a él. Desde un palco que estaba cercano, sobre su lateral, lo miraban Hanna e Ida; en el otro lateral del teatro, desde otro palco enfrente al de Hanna, lo seguían atentamente Mascha, su amiga Victoria, Hagelstam y Edelfet. La aparición inesperada del cónsul acaparó la atención de casi toda la gente de los palcos, que no hablaba de otra cosa: estaban allí otra vez los dos, por primera vez desde hacía tiempo, Mascha y Ángel. ¡Qué deteriorado estaba él! ¡Qué mirada de loco, fija en un sitio, sin enfocar! De repente se hizo un silencio seguido de un murmullo de admiración: entró andando por el foso, entre los músicos de la orquesta, un joven pelirrojo, de bigote largo, se subió al pedestal

desde el que dirigiría a la orquesta y saludó al público. Era Sibelius. El teatro rompió a aplaudir. Por supuesto, Ganivet ni se inmutó, ni miró siquiera. El teatro estaba lleno de finlandeses eufóricos, que iban a escuchar representadas con música las leyendas de su patria oprimida, la cultura patriarcal de sus abuelos contada por el joven Sibelius. Rusos había pocos en el teatro, pero también había, porque el alma rusa ama la música en cualquier circunstancia, sea amiga o enemiga. Y también había mucha policía de paisano, observando minuciosamente el movimiento de unos y de otros.

Ganivet entendió esa música como algo desordenado, con alternancias entre exaltaciones eufóricas y suavidades indecibles. Acostumbrado a las zarzuelas, que era lo que le gustaba, o a las divagaciones folclóricas escritas para piano o guitarra, en el fondo pensaba que estas músicas de sus contemporáneos como Sibelius, Albéniz, César Franck o Rachmaninov eran una degeneración que venía de ese loco que había llenado la música de extravagancias incomprensibles: Wagner. Pero trataba de concentrarse, adivinando en los saltos de la música las aventuras de los héroes del *Kalevala*, que él estaba leyendo.

Cuando acabó el concierto, la gente aplaudía entregada, el teatro se venía abajo, y la orquesta estaba a punto de regalar a su público el primer bis. En ese preciso momento Ganivet fue el único que se levantó para irse, sin aplaudir, porque siempre él todo tenía que hacerlo de forma inoportuna e inesperada. Y se produjo lo que se tenía que producir: Ganivet, sin haberla visto en ningún momento, sabía el lugar del teatro donde estaba Mascha observándolo, se levantó, giró la cabeza hacia el sitio exacto donde ella esperaba la huella de sus ojos, y la miró. La mirada de ambos se juntó y se reconoció en un breve instante ignorado por todo el resto del teatro, que es el instante doloroso y sin tiempo del amor, donde de veras se sufre y la vida cobra al fin su sentido.



El compositor Jean Sibelius, en 1900.

Como regresan las golondrinas de África o de Egipto, como la nieve se disuelve en los montes y descende hecha ríos, como vuelven las hojas a los árboles y las flores a los arbustos y a las cunetas, como todo tiene que pasar en esta vida de forma irreversible, así llegó la carta de la embajada de San Petersburgo, con el membrete del Ministerio de Estado. En ella se le reconocía a Ángel Ganivet el derecho a disfrutar de un permiso acumulado de cuatro meses, desde el 1 de junio de 1897 al 30 de setiembre del mismo año. Por fin tenía la oportunidad de preparar su salida de Helsingfors. Bueno, más bien su huida, porque él estaba muy mal allí, con esas obsesiones que rayaban el delirio, con esas noches de insomnio continuadas, con esa insana vida por escrito y esas salidas compulsivas. Y necesitaba refrescar su vida que sentía ya bastante cerca de la disolución. Esos cuatro meses le darían para ordenar sus asuntos y escapar de sus obsesiones. Por supuesto, no pensaba volver a Finlandia.

Se dispuso a preparar todos los papeles para que el cónsul honorífico tomara las riendas, y a mandar cartas a sus amigos españoles para organizar su visita a España. Otra vez el viaje, las fronteras: en barco desde Helsingfors hasta Hamburgo; luego en tren desde Hamburgo hasta París, de París hasta Madrid, vía Irún y, por último, desde Madrid hasta Granada. Varios días de viaje con paradas por distintos motivos en medio del trayecto. Pero de todos los preparativos del viaje, las maletas con la ropa, los billetes de barco y de tren, el pasaporte, los alojamientos, los papeles, los libros y los textos múltiples que llevaba consigo, el recado de escribir, de todo ese gran tinglado, hubo un documento que especialmente se encargó de redactar con atención meticulosa, dedicándole la mejor de sus disposiciones. Era la siguiente carta con destino a Barcelona, que debía precederle:

*Helsingfors, 23 de mayo de 1897*

*Querida Amelia:*

*Sé que cuando te fuiste lo hiciste para no volver a verme más. Por eso no te he escrito en todo este tiempo, porque he respetado tu decisión. Reconozco que no me porté bien contigo y te pido perdón. Si hace falta te pediré perdón de rodillas cuando esté delante de ti. Estoy dispuesto a remendar lo que rompí por mal de mis pecados.*

*Vuelvo a España, estaré allí desde junio a setiembre. Primero debo ir a Madrid y a Granada para resolver varios asuntos pendientes, y luego iré a buscarte a Barcelona para tratar de que me perdones y para ver a mi hijo, mi Angelito. Para que veas mi buena voluntad, me gustaría presentarte a mis hermanos, que están en Granada, para que ellos os reconozcan a ti y a Angelito como mi mujer legítima y mi hijo. A lo mejor debemos ir pensando en regularizar nuestra situación y que os vengáis a vivir conmigo ya de forma estable, sea cual sea mi destino.*

*Pero para hablar de todo eso debes recibirme primero, y verme, y perdonarme. Yo, cuando te vea, lo primero que haré será arrodillarme y besarte las manos. Porque eres la madre de mis hijos, de la pobrecita que está enterrada en Francia, y del que ahora estará jugando a tu lado.*

*Ángel*

*PD: Si decides escribirme, hasta primeros de agosto que iré a Barcelona a buscarte puedes localizarme en mi dirección de Granada, que ya conoces, junto al Paseo de la Bomba.*

## ASSOMMONS LES PAUVRES!

87

Cuando termine de contar esta historia, dejaré de escribir. Ya me cansé de bregar con la literatura, de publicar libros, de fingir en un mundo que considero acabado. Desde que me ilusioné con la edición de mi primer libro ya han pasado treinta años, y aquí estoy... perdido en una buhardilla de Helsinki, aporreando el teclado del ordenador o moviendo sin pasión una estilográfica. Tengo la impresión de que cuando acabe esto se habrá cerrado el círculo y podré descansar tranquilo.

El primer día que amanecí en Helsinki, salí tempranísimo a la calle, aunque ya había luz desde hacía varias horas. Paseé en dirección a la que fue casa-consulado de Ganivet, en Brunnsparken. Anduve hasta el Paseo de la Esplanadi. La mayoría de estos edificios los vio Ganivet. Eran los mismos edificios neoclásicos que mandó construir el zar Alejandro II a su arquitecto el alemán Carl Ludvig Engel a mitad del XIX, altos, de cinco plantas, rematados con buhardilla, chimeneas y con adornos orientales y rusos en puertas y ventanas; las mismas calles anchas y cómodas, trazadas con escuadra y cartabón para que el frío y el viento se lleve a cualquiera en invierno, calles disléxicas, con dos nombres: uno en sueco y otro en finlandés. Ganivet comparaba Granada con Helsinki, decía que ambas eran ciudades pequeñas que se abarcaban andando en poco tiempo. Pero qué va, la mente cuadrículada del hombre del norte no podría nunca entender el caos andaluz, tan bien organizado, lleno de bares y tiendecillas por todas partes.

Crucé a lo largo la Esplanadi, un parque alargado de más de un kilómetro, rodeado de edificios majestuosos a los lados. Era el paseo a la francesa donde toda la burguesía de Helsinki se veía y se reconocía, donde Ganivet acechaba algunas tardes a Mascha Diakovsky. Aunque era temprano, ya se veían turistas de varias nacionalidades vistiendo de forma igual de absurda, ensimismados con sus móviles. También había finlandeses alegres, dispuestos a disfrutar del sol de finales de mayo tras el rigor de los fríos, llenando las terracitas de los jardines, el puerto y las avenidas. Desde el parque me dirigí al puerto. Allí descubrí varios muelles pequeños y coquetos, con barcos antiguos y un mercado para turistas, dentro de un edificio antiguo que debió ser antes una animada lonja. Me dispuse a andar por la calle que hay junto al puerto hasta llegar al barrio donde vivió Ganivet, Brunnsparken. Mucho tuvo que andar él por esta avenida, llamada entonces Badhugatan, para ir a Correos y al centro de la ciudad. Brunnsparken todavía es un coqueto parque junto al mar, al sur de la ciudad, lleno de praderitas verdes, con buena arboleda de olmos, chopos y pinos. El mar se ve desde cualquier sitio. En un lateral del parque hay una serie de edificios lujosos, que son embajadas o casas principales. Algunas de estas casas tienen la hechura finlandesa tradicional, antes de que los rusos urbanizaran y ordenaran Helsinki. Se trata de casas de disposición caótica, rodeadas de campo, individuales, de base de piedra y parte superior de madera, de dos o tres plantas con techos altos, con tejados de varias aguas, buhardillas y chimeneas. En una de estas casas vivió Ganivet, en la Itäinen Puistoie —Östra Alleen en sueco, como se llamaba a fines del XIX—, en el número 12 A. El edificio es nuevo. Ya no existe la que fue casa de Ganivet, de piedra y madera. Ahora es un moderno edificio de ladrillo y hormigón. Pero da al mismo mar, con la misma luz. Como afortunadamente Ganivet lo dejó todo por escrito, podemos recomponer la ubicación de la casa frente a este edificio de hormigón. Escribe en una carta a sus hermanos de febrero del 96: *Tiene seis habitaciones soberbias y, además, balcón ancho sobre el mar, cuarto de baño y antesala. Es casa recién constrida y por ser de madera y por su orientación es más caliente.* Solo hay que buscar la parte que da al este

para imaginarse a dónde daba la casa. Ganivet siempre trataba de comparar sus lugares nuevos con Granada: *Mi casa estaba cerca del mar, en un sitio que a mí me pareció semejante a la Alhambra, a los Mártires: un bosque cuyos árboles estaban muertos y enterrados en nieve, cerca de un mar inmenso, helado y nevado también, sin más huellas de vida que las que dejan los patinadores (...). El bosque era la Alhambra, el mar la Vega y el balcón de mi casa, el balcón del Paraíso.* Esto, que escribió en febrero de 1897, nos sirve para comparar con el entorno actual y entender cómo era este sitio hace ciento veinte años.



La glorieta y el banco dedicados a Ganivet en Helsinki.

De Ganivet solo queda en el parque un recuerdo con el que me topé por casualidad: un humilde banco de madera, con un texto suyo en finés y español impreso en una placa de bronce, en medio de una pequeña glorieta rectangular, que recuerda sus largos paseos primaverales e invernales por entre estos olmos, sus noches tormentosas frente a la oscuridad del invierno, su nostalgia inacabada de no se sabe qué: *El periodo de las nieves es propicio para soñar*

*aletargado, como reptil que hace su laboriosa digestión, y al salir del letargo se cae en la embriaguez de los días interminables... ¿Habrá una manera más hermosa de recordar a un escritor, que dedicarle un banco con una plaquita en la glorieta de un parque? Un banco, un humilde banquito alejado de los homenajes huecos y del ruido insano de las academias.*

88

A Ganivet le faltaban tres o cuatro días para irse a España, cuando se le ocurrió una de esas ideas que lo hacían un hombre respetado por los otros. Cogió un abrigo viejo y lo rompió, maltratándolo hasta que quedó hecho jirones. Hizo lo mismo con unos pantalones y con una camisa que tenía, se puso unas botas sucias, se revolvió el pelo, se afeitó y se puso una barba postiza blanca y cana que le había prestado su amiga Hanna del anterior carnaval. Ataviado de esa guisa, se levantó temprano y caminó por la Kaserngatan hasta el Paseo de la Esplanadi. Allí se sentó en uno de los bancos, y esperó hasta divisar la figura diminuta de Mascha, que solía mostrarse y divagar bajo la luz de mayo casi todas las mañanas frente a los escaparates de las tiendas laterales, sola o con su amiga Victoria.

Sentado en el banco, con ese disfraz de mendigo, con el cuello alzado del abrigo para que no lo reconocieran, sintió que unos ojos le acechaban. Miró a todos los lados y creyó ver una sombra fugitiva. Nadie. Siguió esperando, hasta que creyó reconocer la figura pequeña de Mascha, que venía de la misma calle por la que él había entrado en el paseo. Se levantó y se anticipó a la puerta de una tienda de ropa de la Norrassplanadgatan, por donde sabía que ella pasaría, arrodillándose, y empezó a sacudir en la mano unas pocas monedas, bajando la cabeza entre las solapas del abrigo. Era patético ver a un mendigo con esa ropa de invierno a finales de mayo. Cuando Mascha pasó por delante, levantó las manos con la cabeza hacia el suelo y le pidió una limosna en sueco, que era el idioma que ella le había estado enseñando.

—Señora, tengo hambre. Una limosna para este triste padrecito, que no tiene bocado para comer ni sitio donde dormir.

—Tome, padre.

Si hay algo que un ruso no puede ver sin enternecerse es la figura catastrófica de un mendigo viejo, que podría ser su padre o su abuelo. Tras darle la limosna, Mascha entró en una tienda de sombreros que había un poco más adelante, agobiada. ¿A quién le recordaba esa voz? Al salir ya no estaba el mendigo y ella quedó con la sensación de una tristeza invernal infinita en medio de la hermosa primavera finlandesa.



## TRISTES ARMAS, SI NO SON LAS PALABRAS

89

Desde los ventanales de la buhardilla contemplo el raro edificio de la estación de trenes que hay enfrente, con esos colosos guardando las puertas de algún Hades imaginario. A esta estación llegó Ganivet el 1 de febrero de 1896. Aunque todavía no estaba construido este edificio modernista tan espectacular que hay ahora, ciento veinte años más tarde, sino otro decimonónico. Esta estación es, ya sin tiempo, tantas estaciones que recorrí, tantos trenes que me llevaron, tantos adioses y reencuentros en los andenes, tanto tren nuestro de cada día camino del trabajo. Detrás de esos colosos míticos de la mitología nórdica que guardan las puertas como fieles guerreros, si se mira bien, hay un frío que todos hemos sentido alguna vez: el vértigo del tiempo.

90

A bordo del *Suevic*, el buque de la White Star Line que hacía la ruta Helsingfors-Hamburgo, por Estocolmo, Ganivet se sentó en uno de los comedores todavía vacíos y pidió recado de escribir. A través de la ventanilla se veía el mar gris y el cielo nublado. El barco se movía más de lo que hubiera sido menester para la claridad de la letra y de la mente. Aun así, escribió de forma compulsiva un poema sin confundirse ni dudar en ningún verso, como si lo supiera de memoria. Cuando terminó de escribirlo, empezó a rayar el papel por los bordes, como si fuera una esquila mortuoria. Lo firmó, lo metió en un sobre que llevaba estampado en seco el sello de la compañía naviera, puso detrás en el remite su nombre y la dirección de su consulado y, delante, el nombre y la dirección de Mascha. Se levantó y, antes de entregar la carta, se paseó por la cubierta. Aunque era junio, hacía mal tiempo y el barco bajaba y subía lentamente montañas de agua, ensuciando las nubes con el humo de las turbinas. Pensó meterlo en una botella y arrojarla al mar para que llegara a cualquier sitio antes que al destino deseado, pensó tirarlo al agua directamente, o mejor prenderle fuego cuando encendiera su próximo cigarro habano. Pensó hacer mil cosas extravagantes con el sobre y el poema de dentro, pero al final lo entregó al oficial que se encargaba de recoger el correo del buque.

91

Días más tarde, Mascha se disponía a salir, estaba ya bien arreglada, con su traje primaveral de color verde claro, cogiendo su sombrilla. Ahora que no estaba el cónsul de España, era más relajado entrar y salir de casa, sin la amenaza de tener algún mal encuentro. Nadie se lo había dicho, pero ella sabía que él se había ido de Helsingfors. Hay cosas que no hace falta decirle a una mujer para que las sepa. Cuando se disponía a salir sonó la campana de la puerta y el corazón le dio un mal vuelco. Era el cartero que traía un sobre con el sello de la White Star Line. Lo miró, vio el nombre de Ganivet, pensó dejarlo cerrado para después, pensó llevárselo con ella y tirarlo en algún sitio, pensó arrojarlo a las ascuas que mantenían la cocina caliente, pensó hacer mil cosas extravagantes con el sobre pero, al final, lo abrió, sacó la carta que tenía dentro y la leyó. Era un poema escrito en francés, orlado de negro, como las cartas que se escriben en los duelos:  
*AMOR DIVINO*

*Yo ya te devolví lo que me diste,*

*solo un recuerdo tuyo me hace falta,  
recuerdo de piedad o caridad,  
no de amor, porque tú a mí no me amas.  
¿Y qué hacer cuando ya no puedo hablarte  
ni acercarme hasta ti ni darte cartas?  
Dios me inspiró: me vestí de mendigo  
viejo, doblado, con la barba blanca.  
Llegué a tu puerta, te esperé paciente,  
te acercaste y te dije estas palabras:  
«Señora, tengo hambre, apiádense».  
Y tú, tan sorprendida te extrañabas  
de que mi voz saliera de un mendigo.  
¿Cómo hacerte saber que yo te hablaba?  
«Tome, padre». Me diste una moneda  
con emoción, era pequeña y blanca.  
Entraste. Me quedé solo en la calle.  
La moneda besé mientras lloraba.  
Esa moneda es toda mi riqueza:  
esa moneda que yo guardo, blanca,  
es un tesoro del amor divino,  
el tesoro de amor que hay en mi alma.  
Ángel Ganivet*

Quedó pensativa, con una emoción rara e indefinida. No tiró el poema, sino que lo introdujo dentro del sobre, se desabrochó un botón de la camisa, que era de cuello alto, colocó la carta sobre la piel del pecho, bajo el corsé, y salió a la calle.

## CADA NARCISO SE MIRA EN EL FONDO DE SU VASO

92

¿En el fondo de qué vaso me miro yo? En Helsinki, desde luego en el fondo de un vaso de vodka, que es la única bebida que se parece un poco a la calentura de mi aguardiente rutinario. Lo tomo en cualquier bar, pero hay un sitio pequeñito, en todo el centro, junto a *Ateneum*, en donde todavía dejan entrar a solitarios y a borrachos, que se resiste a ser arrastrado por esta globalización que se está llevando todos los centros de las ciudades del mundo, y que es el bar donde más me gusta tomarlo. Se llama Brooklyn Brevvery. Solo hombres. Con dos teles. En una de ellas echan videos de música *country*, en la otra ponen partidos atrasados de la liga finlandesa de *hockey* hielo. Es un bar muy estrecho, acristalado, de tal modo que desde la calle se ve todo lo que pasa dentro, y la barra corre a lo largo de él por un lateral. El camarero es un tipo grande, fuerte y calvo, un verdadero oso finlandés, con un aro en la oreja izquierda y un tatuaje incomprensible que le sube desde la espalda por el cuello. Con una mano podría coger mi cabeza. Allí entro y pido un vodka, el más barato, que más me da si yo todavía no distingo, y algunos borrachos me increpan animándome a beber lo que beben ellos, que es la mezcla de vodka con la cerveza popular de allí, que se llama Lapin Kulta, que es la Cruzcampo de Helsinki. Se alegran de que esté aprendiendo las costumbres de ellos. Deben ser unos fracasados todos, divorciados, viudos, borrachos, jubilados, desechos sociales, perdedores que se consuelan en este rincón virgen donde, en medio de todo el centro turístico, financiero y universitario de una ciudad tan pulcra como Helsinki, alguien les da todavía de beber y pueden gritar a su gusto.

Me acuerdo del poeta Pedro Garfías que, en el inicio de su exilio, se tomaba cervezas interminables con aquel inglés, dueño de un *pub* en el pueblecito de Eaton Hastings, sin cruzar una palabra con él, pero compartiendo ambos la misma pena con la mirada: uno la de haber perdido a su mujer y a sus hijas y el otro la de haber perdido su patria. Y me veo tan perdedor como estos que tengo delante, me queda tan poca patria como a ellos. Porque todos los borrachos del mundo ponemos nuestra patria y nuestra lengua en el mismo sitio: en el fondo del siguiente vaso.

93

El 11 de junio a las siete de la tarde, con un calor africano, Ganivet subía la escalera del primer piso del número 32 de la calle del Prado de Madrid, donde le esperaba su amigo Francisco Navarro Ledesma. Francisco Navarro, el gran cervantista, era profesor, ateneísta, archivero, bibliófilo y erudito. Pasó toda su vida investigando a Cervantes y como a todos los hombres que se dedican solo a estudiar la vida y la obra de otros, se le había ido poniendo cara de buey manso incapaz de matar una mosca con el rabo. Y aunque estudió mucho y se dejó las pestañas en muchos libros y papeles antiguos e incluso hizo muchas travesuras desde la revista satírica *Gedeón*, en la que se vaciaba de vez en cuando, y desde la tertulia del nuevo Café de Levante en la que era temido por su ingenio, su erudición y su lengua viperina, al final solo pasó a la historia literaria por dos cosas: por darle un buen merecido guantazo a Clarín en el Ateneo y por llamar a doña Emilia Pardo Bazán, doña Emilia Pardo Bacín. A Ganivet también le había dado un par de trompadas dialécticas de las que escuecen, pero no en público, sino en carta privada, porque lo quería mucho y era su amigo. Como todos los críticos y como casi todos los bibliófilos tenía en su cabeza la medida de los clásicos, así que sus contemporáneos le parecían unos pretenciosos bisoños llenos de vicios literarios. Menos mal que sobrevivió pocos años a

Ganivet y que no conoció a los ultraístas, que le hubieran parecido unos degenerados de la literatura de inicios del siglo XX.

Casi antes de tocar al llamador de la puerta, su amigo abrió y se abrazaron. Navarro, Ganivet y Unamuno habían pasado buenos ratos hablando de libros y bebiendo vermús cuando los tres optaron a cátedras y se conocieron en Madrid. Ganivet optó a la cátedra de Griego de Granada y Unamuno a la de Salamanca. Ahí fue donde Ganivet conoció el fracaso por primera vez, antes de conocer a Mascha. Entonces eran tres jóvenes prometedores. De ellos, Unamuno ya estaba despuntando con un libro que publicó en el 95 titulado *Paz en la guerra*, Ángel empezaba a publicar ahora en Madrid y él todavía permanecía casi inédito. Los tres escribían incorrectos y originales artículos en la prensa. Desde entonces, Navarro Ledesma era el confidente de Ganivet, conocía por las cartas del granadino no solo todo lo que leía o hacía en sus distintas ciudades, sino todo lo que comía, lo que vestía, o las mujeres con que se acostaba, sin faltar detalles íntimos de alcoba.

Eran las calurosas siete de la tarde del inicio del verano y estuvieron viendo algunos libros y hablando de asuntos literarios hasta que llegaron las nueve y media más o menos, hora en que bajaron a la calle a tomarse un vermú bien fresco a la taberna de Matías, en la calle de Latoneros, a la espalda de la plaza Mayor. Ganivet había decidido saltarse ese día su régimen vegetariano y no alcohólico.

—Es que eres muy mujeriego, Ángel. Siempre andas revolviendo asuntos amorosos sin tregua. Has tenido amantes en todas las ciudades. ¿Qué te ha dicho el médico?

—El doctor de Helsingfors coincide con el de Amberes —repuso Ganivet—. La sífilis va avanzando. Me estoy tomando bismuto, que me deja muy fatigado. Tengo que hacer ejercicio, salir, andar por la calle, buscar la luz, bañarme en el mar, no quedarme encerrado en casa nunca. Pero es que allí en Helsingfors en la calle no se puede estar del frío y del viento. El sol aparece poco y, cuando sale, apenas se nota, por culpa de las rachas de aire frío. Y en verano pasa lo contrario, hay tanto sol que no se puede dormir.

—Eso son excusas que te pones. Realmente tú te quedas en casa sin salir, leyendo y escribiendo porque esa es tu vida. Igual que yo, prefieres la letra escrita al aire fresco. Solo sales de tu cubil cuando hueles alguna hembra.

A medida que los vermús iban calando, Navarro y Ganivet elevaban el tono de su conversación y los de al lado miraban de vez en cuando.

—Verás, Paco, a mí ya me quedan pocos meses de vida. Así que debo terminar el plan de mi obra que ya conoces: mi novela, mi obra de teatro, la edición de mis *Cartas finlandesas*, mis poemas... Cada minuto que dejo de escribir es un minuto que ya no recuperaré. No estoy ya para muchas tonterías. Nosotros moriremos, pero nuestras obras quedarán... Desde mi juventud, tengo que competir con otros que tendréis más años de vida, como Unamuno o como tú.

—Bueno, bueno...

Y se hizo un silencio de tristeza durante un rato, que sirvió para pedir otro vaso.

—¿Y Amelia? ¿Has tenido noticias de ella?

—Amelia me dejó porque la engañé y se dio cuenta. Le he escrito y tengo intención de verlos, a ella y a mi hijo, dentro de un mes, cuando haya resuelto los asuntos de mi familia en Granada y los que tengo pendientes aquí. No sé si querrá verme. Le he prometido en una carta estabilidad,

vivir juntos, todo lo que antes le negué...

—¿Casarte tú? Imposible —dijo Navarro riéndose.

—Verás, a ella y a mi hijo les haría un gran favor. A mí ya no me queda mucha vida que disfrutar. Hay que cerrar no solo los asuntos literarios, sino también los personales. Pienso presentarle a Amelia y a mi hijo a mis tres hermanos, que se sorprenderán cuando me vean padre de un chiquillo.

Se hizo otro silencio. Y Francisco Navarro sacó a sabiendas el tema más delicado de la conversación.

—¿Y la rusa? ¿Te volvió a hablar la rusa?

Ganivet cambió de cara. Ni siquiera delante del amigo más íntimo le gustaba reconocer su fracaso.

—La rusa no me habla ni quiere verme —se sinceró dolorosamente—. También se sintió engañada por mí. Helsingfors resultó una ciudad muy pequeña para querer a dos mujeres a la vez. Así que tengo idea de no volver más o de irme lo antes posible a otro puesto. Me voy de allí. He mandado informes muy convincentes, mañana iré al Ministerio de Estado para intentar que supriman mi consulado, por poco rentable...

Siguieron hablando hasta que casi cerraban la taberna. Se lo contaron todo, con fruición, sin pausa, vermulé a vermulé, sin comer... Salieron a la calle y fueron andando juntos hasta la Puerta del Sol, donde se despidieron con un entrañable abrazo, porque sabían que no volverían a verse nunca más, aunque sí se leerían y se contestarían a las cartas que aún les quedaba por escribirse. Francisco Navarro se dirigió por la derecha a la calle del Prado y Ganivet enfiló la de Alcalá, camino de Hortaleza donde tenía su fonda. Pero en el momento en que se perdieron de vista, Ganivet cambió el rumbo para ir a una mancebía de la calle Preciados, donde conocía a varias chicas que lo tratarían bien. Pues el instinto apretaba y tenía que cumplir su cita puntual con la muerte.

#### 94

Serían algo más de las doce menos cuarto, cuando el señor ministro de Estado, don Carlos Manuel O'Donnell y Álvarez de Abreu, se sentaba en el sillón de su despacho. El señor ministro ocupaba el cargo en virtud a sus heroicidades de juventud en las guerras de África y de Filipinas pero, sobre todo, por ser el sobrino de don Leopoldo O'Donnell, que fue el presidente del Consejo de Ministros. Mientras se disponía a leer el periódico, entró un protocolario ujier bien uniformado trayendo en una bandeja de plata un tazón de chocolate caliente con un par de churros, y una copa de coñac de la Palma del Condado, que puso en la mesa del señor ministro. En eso estaba, cuando se abrió la puerta del gran despacho y entró prudentemente, sin hacer mucho ruido, el secretario don Avelino Diz de la Iglesia, que era el encargado de las cuestiones consulares en el Ministerio de Estado.

—Buenos días, señor ministro. Ha venido nuestro cónsul en Finlandia y pregunta si su excelencia puede atenderle.

El señor ministro cogió el periódico y lo abrió por la página de la crónica taurina. Había habido la tarde anterior en la plaza de toros de Goya un espectacular mano a mano entre Guerrita y

Frascuelo. Sin levantar la cabeza del periódico, le contestó al secretario en un tono uniforme y en voz baja:

—El cónsul de Finlandia... Ángel Ganivet... Ya sabe lo que hablamos de él el otro día, cuando anunció por carta que iba a venir. Atiéndalo usted convenientemente y dígame que yo estoy muy ocupado en este momento en un asunto de importancia. Este país no puede malgastar ministros en cosas tan baladíes como atender cónsules.

Un ujier buscó a Ganivet, que llevaba más de tres cuartos de hora esperando en una salita con periódicos atrasados, y lo acompañó al pequeño despacho de don Avelino Diz. Iban andando por los pasillos enormes de aquel palacio de Santa Cruz, y cada vez iban apareciendo puertas enormes que el ujier abría y cerraba ceremoniosamente, y en cada sala se veía trájín de mesas con funcionarios, con cartapacios y archivadores llenos de papeles hasta arriba. A Ganivet este entramado de puertas, mesas, papeles y funcionarios le daba grima. Ya por fin a la derecha, tras una puerta enorme, apareció sentado el señor secretario en una enorme mesa sobre la que destacaba, junto al pomposo tintero de metal, un enorme crucifijo de pie, en un lado.

—Siéntese. El señor ministro no puede verle en este momento porque le urgen asuntos de vital importancia para el país. Pero yo tengo instrucciones precisas para atenderle. Usted dirá...

—No sé si leyeron ustedes los informes que he mandado a través de la embajada de San Petersburgo sobre la conveniencia de suprimir el consulado de Helsingfors... —dijo Ganivet entregándole un gran sobre con documentos—. Aquí tiene un informe detallado, con estadísticas que aconsejan la supresión de dicho consulado...

—Sí. Los leímos —repuso el secretario—. El tema está en estudio. Pero ya sabe, ha habido cambios en el Ministerio, en la Jefatura del Estado... Las cosas van lentas, pero van. Le informaremos de su solicitud oportunamente.

—Por otra parte, el cónsul de Copenhague me ha escrito diciendo que ha pedido traslado a Francia. Si su plaza queda vacante, me gustaría optar a ella. Y lo mismo le digo si sale alguna vacante para el Ministerio en Madrid. Tengo serios asuntos en España. Por último, querría saber cuánto tiempo tardarían en contestar a una solicitud de excedencia, si es que me viera obligado a solicitarla.

El secretario tomó nota de todo parsimoniosamente y luego le dirigió una mirada algo caústica. Ganivet, cada vez que entregaba un documento al señor Avelino, tenía la sensación de estar tirándolo a una papelera. Se disponía ya a levantarse y a irse sin comentar nada más, cuando el secretario atajó la conversación por un sitio inesperado:

—Por cierto, ha de saber usted, amigo Ganivet, que el señor ministro ha recibido quejas de usted procedentes de la embajada de San Petersburgo, con la que usted debería estar mejor coordinado, sobre ciertos movimientos que ha hecho usted en Finlandia que pueden comprometer nuestros intereses allí —y repetía los *usted* con el retintín de una *d* final que parecía un escupitajo.

—¿A qué se refiere? —dijo Ganivet algo nervioso.

—Me refiero a ciertas amistades suyas en Helsingfors que no convienen precisamente a nuestros intereses, que por el momento son llevarnos bien con Rusia y su monarquía.

Ganivet pensó en Mascha, en Hagelstam, en los conciertos a los que había ido y en sus amigos de Brunnsparcken.

—Muy bien, tomo nota —repuso el granadino secamente—. Me retiro...

—Un momento —siguió hablando el secretario—, no se vaya todavía. También le previene su excelencia el señor ministro del riesgo que para un diplomático como usted conlleva andar publicando cosas por ahí sobre política...

—¿Sobre política? ¿Qué he publicado yo sobre política?

—Pues publicó este año un libro titulado *La conquista del reino...* —y tuvo que pararse a leer un papel para terminar de decir el título— ... *de Maya*. Parece que en ese libro hay una serie de burlas sobre Cánovas y la situación política actual, que compara usted a los españoles con indígenas de África...

Ganivet quedó paralizado. Creía que lo seguían, que lo acechaban en Finlandia, pero no sospechaba que en el Ministerio leían y entendían sus libros.

—Hágame usted caso, y no se meta en política, haga como yo —siguió argumentado el señor Avelino—. Usted escriba de todo lo que quiera, pero tenga siempre en cuenta que usted sirve a los intereses del gobierno de España. Porque otra cosa que puede hacer usted, si de verdad le apetece escribir sobre política, es dejar su trabajo y vivir de sus publicaciones sin complicarse la vida.

Y escuchado esto, el que fue a pedir y a exigir una cosa, salió del Ministerio arrepentido de haber entrado en semejante sitio, que olía a la humedad de los cuarteles. Porque su excelencia el señor ministro no solo ocupaba su tiempo del Ministerio en leer crónicas taurinas, sino en leer ciertas novedades literarias, y más si las publicaba algún funcionario de su incumbencia.

## TRISTES HOMBRES, SI NO MUEREN DE AMORES

95

En agosto Helsinki tiene un clima parecido a la primavera de Sevilla, pero con más horas de luz. De noche hay que arroparse, pero de día se puede andar por las calles en manga corta. La gente tiene una alegría especial que se contagia, bajo el sol rollizo del verano báltico. Y no sé por qué, bajo el insomnio de esta luz, o sí lo sé, hoy pienso en el amor. Pero no en tal amor con nombre y apellidos, sino en un amor ideal que tiene el idioma común de la música y de los besos. Un amor ideal, que no queremos retener, porque es libre; un amor sin hablar de conflictos, de contratos, de problemas morales, de responsabilidades, de hijos o de celos. Un amor sin memoria, sin horarios y sin proyectos. Un amor que está destinado a ser intenso y a durar poco, sin trabas ni consejos ni posesiones. Un amor ideal, más allá de la juventud incomprensible y desordenada. Un amor encontrado al azar en la barra de un bar y santificado por la música del alcohol y las estrellas. Un amor hablado de forma intermitente y tartamuda. Un amor basado en la belleza y la fealdad desinteresadas, despojado del peso de la costumbre, con la dosis de soledad que cada uno precisa. Un amor que igual que viene se va. Un amor sin ideas ni porvenir, solo hecho de presente caprichoso y vibrante. Un amor que no es un puzzle donde las piezas tienen que encajar perfectamente. Un amor destinado a agotarse en su propia inercia. Un amor sin complejo de culpa, sin chantajes emocionales de ningún tipo, sin miedo a las leyes terrenales ni a jueces ni a fiscales. Un amor sin renunciadas ni denuncias, que no será al final pasto de abogados. Un amor donde ninguno de los dos es maestro de silencios. Un amor. El amor que nunca tuvimos Mascha, Amelia, Ganivet ni yo.

96

El 16 de junio ya estaba Ganivet en Granada, en su casa de la Cuesta de los Molinos, junto al Paseo de la Bomba. El 17 asistió a la procesión del Corpus. No es que le gustara mucho lo sacro, pero el olor a pétalos de rosa que alfombraban las calles y que llovían al paso de la custodia, el sonido de las bandas de música, el bullicio de las calles aledañas a la catedral, le recordaban su infancia y, sobre todo, a su madre, a la que nunca olvidaba. Pero también esos días que tenían la luz de la infancia le traían con tristeza el suicidio de su padre. Esa misma tarde disfrutó de una apasionante corrida en la plaza de toros del Triunfo, viendo a Guerrita y a Lagartijo. Sus amigos de la Cofradía del Avellano, Francisco Seco de Lucena, Matías Méndez, Melchor Almagro San Martín y Nicolás María López, le obsequiaron poco después con una comida. Encauzó sus asuntos familiares lo mejor que pudo y, además, publicó en Granada una edición corta de *Idearium español*, que no quiso sacar en Madrid por miedo a las represalias del Ministerio de Estado. También escribió unos poemas y unos artículos para un libro colectivo que ya se había publicado en Helsingfors titulado *Granada la bella*. Su actividad era intensa, su espíritu quería ser optimista. Paseaba por Granada y le saludaban muchos de sus paisanos como a un escritor importante, y algunos le paraban por la calle para preguntarle por detalles que habían leído en sus artículos sobre Finlandia. Quería llenarse de actividad para no pensar en su vida.

Pero cuando se quedaba solo, dentro de su cabeza latía un nido de demonios. No quería volver a Helsingfors para no enfrentarse a Mascha Diakovsky. Estaba convencido de que allí había personas, seguramente la policía rusa, que le seguían y controlaban sus movimientos. Y también notaba su enfermedad crecer dentro en silencio, como un animal que asistiese a su propia



devoración. Al reloj de arena de su vida le quedaban pocos granos, y los sentía caer uno a uno, con precisión. En este momento, al hombre más solitario del mundo le asustaba la soledad. Al menos, viviendo con sus tres hermanos, Pepa, Isabel y Francisco, tenía que preocuparse por ellos, dirigir sus asuntos. Los problemas domésticos le impedían pensar en su muerte lenta. Así que planeó que sus hermanos, Amelia y su hijo se fueran a vivir a partir de setiembre con él a Helsingfors, en vez de pedir la excedencia para no volver allí.

97

Mascha estaba sentada en su escritorio, mirando tras la ventana. Acababa de escribir una carta. La leía, la releía, la cogía con la mano y la volvía a dejar sobre la mesa. No estaba satisfecha, así que arrugó el papel y lo arrojó a la papelera cercana, sin levantarse de la silla. Y empezó a escribir otra de nuevo. En el silencio, sonaba su respiración acelerada, el roce del plumín metálico sobre el papel y el tintineo de la pluma sobre el tintero de baquelita, cada vez que lo mojaba en la tinta. Dos gorriones piaban en el alféizar de la ventana. Tras una agónica hora y tres o cuatro intentos fallidos consiguió dejar escrita la carta, que iba dirigida al cónsul de España. Sabía que no debía escribirla, que no debía meterla en el sobre ni mucho menos entregarla. Pero, cuando la hubo terminado, se levantó, cogió su sombrilla y se dirigió andando al consulado de España, pocas casas más abajo, con el sobre en la mano. Ya en la puerta del consulado, miró el buzón. Sabía que Ganivet no estaba, pero que la leería a la vuelta o que se la mandarían a España. Y se imaginó otra escena de celos parecida a la anterior, cuando le envió el retrato desde Suiza. Así que estuvo un rato con la carta en la mano, sin decidirse a echarla. Hasta que pensó que su presencia allí la señalaba, que podrían verla desde la ventana Hanna o cualquier otra persona. Y siguió camino calle abajo, con el sobre en la mano, hacia el parque, sin atreverse a echarla al buzón. Y se entristeció pensando en esas cartas sin enviar que fueron condenadas a vivir amortajadas dentro del sobre, sin recibir siquiera el consuelo de una mirada.

## ES MI SANGRE LA QUE DESTILA POR MI PLUMA

98

Pasear por un bosque de abedules en otoño es como andar por un incendio amarillo, como meterse en el sueño de otro. Vas abriendo un reguero de pisadas entre las hojas y andas hacia ningún sitio, porque no hay orden ni caminos. Pasear por un bosque de abedules en Helsinki es divagar. Entonces piensas en los dolores que llevas dentro y que no deberías contar. Y los escribes y los guardas en un archivo del ordenador o en un cajón, para poder seguir adelante. Pero algunos de esos secretos fermentan, porque eran de algún dolor no pequeño. Hoy fue este bosque interminable de abedules, y no sé qué paisaje me consolará mañana. Porque contar una vida tan caótica como la de Ganivet es ir y venir sin sendas, pisando hojas por primera vez.

99

La mañana del 12 de agosto de 1897 se encontraba Ganivet sentado en un despacho de la imprenta de Victoriano Suárez, en el 48 de la calle Preciados, con el señor José Luis Ocaña que entonces era el director de publicaciones de esa editorial. Había ido con sus tres hermanos a Madrid, de paso para Barcelona, con el propósito de tratar sobre algunos proyectos literarios pendientes. Tras la reciente publicación de su primera novela en esa imprenta, preparaba la edición de la segunda, cuyo personaje principal era el mismo de la primera, Pío Cid, y quería dejarlo cerrado todo antes de volver a Finlandia. La nueva novela se titularía *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* y debía negociar varios aspectos con la editorial. Como iba a pagar parte de la impresión, debía tratar del papel, de si convenía, por la extensión, que fuera un tomo grueso o dos tomos delgados, de si la letra no debía ser muy grande, porque iban poemas dentro y no quería que se partieran los versos, y otros detalles semejantes. El señor Ocaña era de mediana edad, con gafas, bigote finísimo, pelo algo lejano ya, camisa blanca y chalequillo negro, de cuyo bolsillo salía la cadenita de un reloj. Trataba a Ganivet con la condescendencia del editor experimentado, siempre con una queja entre los labios y un punto de lejanía en la mirada. Y no paraba de fumar en su pipa un tabaco negro y fuerte que llenaba el despacho de un olor acre. Ganivet le preguntó primero por las ventas de su novela anterior y pronto entró al meollo de la cuestión que le interesaba:

—Bueno, el caso es que debo salir pronto de España y me urge dejar preparada la edición de mi segunda novela —dijo Ganivet mientras trataba de adivinar entre los lomos de los libros que el señor Ocaña tenía detrás, en un mueble librería bastante alto, los nombres de Galdós, de Clarín, de Pardo Bazán...—. Todavía no la he terminado, pero podré empezar a entregarla a partir de noviembre más o menos.

El señor Ocaña cambió de tema y le preguntó por las *Cartas finlandesas*.

—No puede ser. Ya le dije al señor Suárez —repuso Ganivet— que llegué a un acuerdo con el señor Seco de Lucena, que dirige *El Defensor de Granada*, y yo soy hombre de palabra.

Entonces el señor Ocaña sacó de un cajón un buen cigarro habano y se lo ofreció a Ganivet, que lo cogió inmediatamente.

—Me alegro de que siga habiendo hombres de palabra como usted... No hay prisas. Ya sabe usted que nosotros llegamos a todos los rincones de España y de América, mientras *El Defensor*

tiene difícil difusión fuera de Granada...

—Bueno, lo podemos hablar más adelante, pero debo ir concluyendo mis proyectos...

La última frase le salió a Ganivet con un deje trágico que hubiera preferido ocultar, y que provocó unos segundos de silencio.

—Así se hará... Váyase tranquilo a Helsingfors, siga escribiendo esas jugosas cartas, contando cómo viven y piensan los finlandeses, que nosotros arreglaremos perfectamente todos los asuntos de papel, tomos, y pruebas de su nueva novela a través de la puntual correspondencia que mantendremos con usted.

En medio de un ambiente cerrado, de humo apretado y difuso, ambos medían y cuidaban sus palabras para no comprometerse más de la cuenta en lo que se decían. Y cuando Ganivet salió al aire limpio de la calle, pensó que salía de firmar un testamento.

## LA MUERTE ES RUBIA Y NO LLEVA GUADAÑA

100

Una noche, para despejarme, fui paseando a Brunnsparken. Hacía ya frío. Había bebido algo. Sonaba la ventisca y se escuchaban voces. Me sentía observado porque como casi todos los edificios que hay en ese parque son embajadas, hay policía que lo vigila todo, especialmente cuando se les mete un desconocido que no va a hacer nada serio allí en una noche algo intempestiva. Fui a mirar el mar desde la que era la casa de Ganivet, el antiguo número 12. La vieja casa de madera de dos plantas había sido sustituida por una moderna de hormigón, de tres, y detrás habían construido dos edificios nuevos. De uno de los balcones salía el mástil de una bandera de embajada, que no era la española. Debajo, entre las casas y el mar, habían construido una calle que a finales del XIX tampoco estaba. Un coche de policía se me acercaba y desde el interior miraban todos mis movimientos. El mar se adivinaba detrás de las ramas de los árboles, aunque no sonaba. Es un mar manso como mastín echado, sin olas y casi sin vida cuando llega a Helsinki, entre tantas islas, muelles, espigones y obstáculos. De la casa de Ganivet fui a la de Mascha, a menos de cien metros, el antiguo número 22, que ahora es el 14 y que se conserva igual, con sus dos plantas y su madera blanca. Actualmente es el museo de un militar y político muy importante de inicios del XX. Frente a la casa de Mascha, pensé las veces en que Ganivet hubo de pararse delante de esta fachada a mirar esas ventanas. También pensé lo cerca que los dos vivieron. Yo no hubiera podido estar junto a una mujer tan poderosa, amándola sin remedio y sin correspondencia alguna. Entonces el coche de policía ya no esperó más y se bajaron dos agentes pidiéndome el carné. Se lo di. Me preguntaron y yo, torpemente, en no sé qué lengua, creo que en alemán o en francés o por señas, les dije que era escritor y que estaba paseando. Me miraban extrañados. ¿Paseando? ¿Con la que estaba cayendo? Sí, paseando, es que yo soy así de raro y me da la gana pasear a estas horas, les dije en un perfecto español, y me devolvieron el carné, después de hacer algunas comprobaciones por teléfono. Mascha tuvo que llevar el tema mucho mejor que Ganivet, con sus paranoias y delirios. La cercanía tuvo que agravar su estado mental. Salí de la zona de las embajadas, me interné hacia el interior del parque y el coche de policía dejó por fin de seguirme. Andando por un lateral, entre los árboles, llegué al banquito que el ayuntamiento de Helsinki le dedicó a Ganivet, como homenaje. Eso tienen los ayuntamientos, que lo mismo se gastan el dinero en un hermoso homenaje que le pagan el sueldo a un policía. Llegué al banco, estaba todo a oscuras, era noche cerrada, hacía viento frío. Con el móvil iluminé la placa de bronce que estaba pegada en el respaldo del banco y leí el texto de Ganivet: «... al salir del letargo se cae en la embriaguez de los días interminables en que el sol apenas se ausenta [...]. Entre el letargo y la borrachera corre veloz el tiempo...». Mientras estaba leyendo, vi una sombra acercarse. Otra vez la policía, pensé. Pero no, era una prostituta que rondaba por el Kaivohuone Brunnsuset, que era un club nocturno que estaba en medio del parque, a cien metros del banco. La alumbré con mi móvil. Era rubia y muy guapa. A pesar del abrigo, se insinuaba bien su anatomía. Pensé en Ganivet, en los burdeles, en su extraña relación con las mujeres. Yo no sé en qué lengua le hablé. La prostituta se dirigió a mí en un idioma parecido al italiano. Dejé que me cogiera del brazo, y me dirigí con ella al club. Porque esa noche no estaba para muchas tonterías.

101

El día 14 de agosto, en el café Novedades del Paseo de Gracia de Barcelona, estaban tomando unos buñuelos los tres hermanos Ganivet, Pepa, Isabel y Ángel. El cuarto hermano, Francisco, se

había quedado en Madrid, preparando unas oposiciones. Iban los tres camino de Helsingfors, pero habían convenido pasar antes unos días de vacaciones en Barcelona y en Sitges. Entonces entró una espectacular morena de pecho abultado y cintura estrecha, traje ceñido de manga corta, ensortijado pelo largo, con un niño de unos cuatro años de la mano. El niño tenía carita seria. Ángel se levantó, lo cogió, lo subió hasta su pecho, lo abrazó, lo revoleó y lo besó con alegría entrañable. Con el niño cogido en el brazo derecho, avanzó hasta Amelia, que permanecía de pie a unos tres o cuatro metros de la mesa, le estrechó la cintura con el brazo izquierdo y le besó los labios. Ella aceptó el beso sin cerrar los ojos, algo avergonzada, sin euforia. Las mesas colindantes observaban con expectación la escena. Pepa e Isabel no sabían qué pasaba allí, estaban desconcertadas. Entonces, Ángel, con un brillo especial en la mirada, sosteniendo al niño con un brazo, y agarrando con la otra mano la de Amelia, se dirigió a sus hermanas y les dijo:

—Pepa, Isabel, esta es mi mujer, Amelia, y este es mi hijo Angelito. Viviremos todos juntos en Helsingfors.

Pepa e Isabel se levantaron, besaron desconfiadas y sorprendidas a Amelia y al niño. Amelia estaba avergonzadísima, como cuando Ganivet se fue a vivir a casa de su madre y de su tía, con sus primas, en Madrid, horas después de conocerla. Pero la inocencia del niño, que tenía los mismos ojos y la misma nariz de Ángel las emocionó y acabaron abrazándolo y besándolo y jugando con él. Como todas las cosas que hacía el granadino, aquel encuentro adquirió un carácter casi irreal, y extravagante. Y la realidad para este diplomático se iba cumpliendo sin protocolos ni diplomacia alguna, a base de hechos consumados. Amelia ya tendría tiempo de resolver sus cuitas con Ángel por las infidelidades pasadas, las hermanas ya tendrían tiempo de pedirle explicaciones al hermano por ocultarles que tenía una mujer y un hijo. Y a todas estas mujeres respondería él con los mismos argumentos convincentes.

## 102

A la fonda Carcolse, en la calle Parellades de Sitges, llegaron Ganivet con sus dos hermanas, Amelia y su hijo el día 16 de agosto y permanecieron allí de vacaciones hasta casi la mitad de setiembre. Allí coincidió el granadino con varios escritores y pintores del grupo literario y artístico de Cau Ferrat. Rápidamente trabó amistad con Santiago Rusiñol, al que admiraba por su espíritu abierto y por su temperamento artístico, original en lo que escribía y pintaba, y participó con él en el acto de colocación de la primera piedra del monumento al Greco, el 24 de agosto. A Ganivet le gustaba participar en homenajes, entierros y otras efemérides. También había asistido al entierro de Cánovas el día 13 de agosto en Madrid.

En Sitges se bañó y tomó el abundante sol que le hacía falta a su delicada salud, paseó, jugó con su hijo, alternó discusiones apasionadas y momentos de cariño con Amelia, contentó como pudo a sus hermanas, e hizo vida literaria con algunos jóvenes intelectuales catalanes, que veraneaban allí, a los que puso en contacto con sus amigos de Madrid y Granada. Se sorprendió un día al encontrar que su amigo Rusiñol le traía *La Vanguardia*, en cuya contraportada había un extensa crítica elogiosa de su recién publicado *Idearium español*.

La relación con Amelia seguía siendo una continua tormenta, en donde los gritos se compensaban con las caricias. Una mañana, revolviendo sus manuscritos mientras Ángel estaba en la playa con el niño y sus hermanas, encontró un soneto en español titulado «La muerte rubia», que terminaba:

*Es una mujer rubia, hija del mar  
que sus regias estancias ha dejado  
y ha venido a estas playas a jugar.  
Que anden las pobres madres con cuidado,  
que dos niños se fueron a nadar  
y solo uno volvió: el otro se ha ahogado.*

Amelia lloró de rabia, arrugó el papel y lo volvió a desplegar para releerlo de nuevo, antes de romperlo definitivamente. ¿No era esa la rubia del retrato? ¿Y esos niños? ¿No eran sus hijos? ¿La muertecita no era su hija? Cuando subieron todos de la playa para comer, ella no estaba. Ángel, al ver los papeles revueltos, fue a buscarla y la encontró sentada en un banco, frente al mar, con la cara desolada por el llanto.

—Otra vez estás pendiente de la rubia esa. ¿A qué me llevas a Finlandia, si tú a mí no me quieres?

Y trató de pegarle con los puños cerrados y le tiró el poema hecho una bola de papel, mientras él la sujetaba con fuerza. Ganivet no tuvo que desplegar el papel para leer lo que había allí dentro. Fue su conciencia, en continuo estado de remordimiento y alerta, la que le aclaró rápidamente la situación. Y mintió de nuevo tratando de consolar a la que no admitía consuelo alguno.

—Es literatura, mujer, es la muerte personificada en un poema. La muerte no es morena, como tú. Es rubia, como la maldad. No hace falta que montes un escándalo cada vez que rebusques entre mis papeles.

—A otra tonta le vendrás con ese cuento. ¿Crees que me chupo el dedo? Ahora mismo cojo al niño y me lo llevo otra vez a vivir con mi madre. Esto se acabó.

—Venga, mujer, no veas fantasmas donde solo hay versos..., versos inofensivos. La única mujer eres tú...

Y se abrazó a ella, que empezó a calmarse un poco. Porque, aunque Ganivet trataba de ocultar su escondida pasión, sus versos lo delataban. Y Amelia sabía encontrar allí las huellas del delito. Y es que un poeta puede mentir con la mayor habilidad posible, fingir las cosas que escribe, inventar mundos más evidentes que la propia realidad, pero siempre dejará en sus versos la estela de sus verdaderas pasiones.

## LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS

103

Hoy me desperté con el paladar sucio. Soñé que era un insecto, con cabeza de hombre y cuerpo de mantis religiosa, y que una mujer me sujetaba con unos dedos gigantescos. Esos dedos me daban la vuelta y, bocarriba, veía sobre mí su cara enorme, mientras que con la otra mano sostenía un tremendo alfiler que iba aproximando a mi abdomen. A continuación, aparecía yo solo, ya convertido en persona, con mi cuerpo desnudo y muerto, reposando bocarriba con las manos cruzadas sobre el pecho en la cama que había en medio de una habitación vacía, muerto sin que nadie me llorara. Entonces me desperté sudando y asustado. Y, para conjurar la pesadilla, me levanté y escribí el siguiente poema: Un sueño soñaba anoche, soñito del alma mía,

soné que el plato más lindo de mi casa se rompía.

Vi las ventanas abiertas, vi las paredes vacías, vi la cocina sin lumbre, vi las perchas sin camisas.

Cariño que a mí me dabas nadie allí lo conocía.

La casa estaba desierta, ninguna luz encendida, y en la cama de la alcoba mi cuerpo quieto yacía.

Cuerpo muerto, plato roto, dura y reseca la tinta y sueño de abracadabra donde vi la tela fina de tu cariño quebrarse.

Y tú ya no me querías...

Porque el poeta escribe para alejar de su cabeza los monstruos y los remordimientos que le atormentan.

104

Esa noche Ganivet se removió varias veces en la cama, junto al cuerpo cálido de Amelia, al que se agarraba como el niño a la mano de su madre para no perderse en medio del gentío. Estaba encerrado en una pesadilla. Soñó que andaba de noche por un bosque nevado, con la luna reflejándose en la nieve y penetrando por entre los huecos que dejaban las ramas de los abetos. No había camino y, si lo había, la nieve lo había borrado. Era una noche clara y helada de invierno, con el aire limpiísimo y luminoso, donde se veían todos los detalles. Delante de él corría un torrente impetuoso que el invierno aún no había podido domesticar. Para cruzar ese caudal de aguas vivas era preciso pasar un puente hecho con el tronco helado de un abeto robusto y seco, partido por un rayo. El puente no ofrecía seguridad, se movía, resbalaba, y daba miedo el rugir de la corriente que sonaba debajo. Ganivet estaba desnudo, descalzo, sobre la nieve, fascinado por el bullir de las aguas, pero no tenía frío. Más bien sentía una calidez no humana. No sabía si cruzar. Le atraía el agua, que llevaba la luna dentro troceada en lunas infinitas. Le llamaba ese agua que escondía dentro anillos de plata, peces nadando a contracorriente, plantas removiéndose como la cabellera verde de una gran dama infinita. Y de repente advirtió que junto al puente había una hermosa mujer rubia, que se parecía a Mascha, sentada en un tronco, pescando en un lado de la corriente. Llevaba una especie de camisón transparente de tul blanco que dejaba adivinar la perfección de su formas. El pelo lo tenía trenzado. Su mirada era hierática, impenetrable. Tampoco

parecía sentir frío. Se acercó a ella y le preguntó: —¿Qué es lo que pescas?

—Corazones de hombre es lo que pesco —respondió ella—. Son buenos, son más ricos que el *foie gras*.

Entonces trató de tocarla y se esfumó, apareciendo de nuevo al otro lado del río, en la misma postura impasible, con su caña de pescar. Fue a buscarla cruzando el río, se subió al tronco que empezó a crujir con un quejido misterioso que repercutía en el paisaje como el resuello de un ser vivo. Empezó a avanzar hasta que ya estuvo sobre la mitad del torrente. Entonces resbaló, cayó y... despertó sudoroso y temblando de fiebre entre los brazos de Amelia, que lo arropaba y lo acurrucaba para calmarlo. Más adelante, en Riga, habría de saber lo que era ese brillo de plata que le atraía en el fondo de las aguas y quién era esa dama blanca y rubia.



## VIVA MONEDA QUE NUNCA SE VOLVERÁ A REPETIR

105

Ha empezado el mes de octubre y Helsinki tiene ya un clima de frío cierto, sobre todo los días de ventisca. Y ayer estuve con Eduardo Alonso Luengo, secretario de la embajada española en Helsinki, situada en Brunnsparken, junto a la que fue la casa consulado de Ganivet. Yo lo conocía gracias a una guía que publicó de Helsinki, donde hablaba de Ganivet, y como traductor de Alejandro Puskin en *Hiperión*, la editorial que me publica a mí los libros de poesía en España, y como autor de alguna novela histórica. Llegó con puntualidad diplomática al bar donde habíamos quedado, el Happy Jazz Club, junto al Museo de Arte Contemporáneo, el Kiasma. Era un tipo atildado, enchaquetado, con camisa impecable y corbata a juego. Tenía mi edad. Tras un primer saludo algo frío, empezamos a hablar animadamente, tuteándonos.

—Muy loco estaba Ganivet. Si lees sus cartas, se ve que tenía alucinaciones o delirios, que veía cosas que no existían, que se sentía perseguido —me dijo.

—Efectivamente, en sus poemas en francés habla de visiones, de mujeres rubias que aparecen y desaparecen como sombras —repuse yo—. ¿Los has leído?

Eduardo no sabía que había escrito poemas en francés, puso cara de duda.

—Yo publiqué un libro sobre Helsinki hace unos años y le dediqué un capítulo a Ganivet —me contestó.

—Sí, lo conozco, por eso te llamé. Debes leer sus poemas franceses, los escribió cuando estuvo viviendo en tu barrio, junto a la embajada donde tú trabajas, para seducir a su vecina, la rubia Mascha Diakovsky. Yo traduje y publiqué esos poemas —y le entregué un ejemplar del *Cancionero a Mascha Diakovsky*, que le había traído desde España.

Mientras lo ojeaba, le pregunté si quedaban en la embajada papeles manuscritos de Ganivet, algún acta, algo que fuera suyo.

—Sí, todavía quedan algunos. Hay actas tuyas, operaciones comerciales de exportación e importación de jamones de la Alpujarra, de vinos de la Mancha y de Rioja, de corcho de Extremadura y Salamanca, de sal de las salinas de Huelva, y otros asuntos civiles que redactó y cerró con su firma.

—Hay que ver... ¿Te imaginas a Ganivet rellenando un cuestionario para la exportación de un barco de jamones de Trevélez o de mil cajas de vino o de veinte toneladas de sal de la desembocadura del Odiel? Hay que ver cómo trata España a sus talentos...

—Es mejor que sea así —me contestó de forma lúcida—. Los genios no pueden vivir protegidos por el Estado. Es mejor que sean personas normales, confundidas entre los demás. Mejor aún, deben ser seres asociales, disidentes, como lo fue Ganivet, cuyas ideas se acercaban más al anarquismo y al comunismo utópicos de los ponebombas de su época que a las que debía tener un diplomático como yo.

La ginebra y la conversación fluían, Eduardo era muy ameno hablando. Y me contó algo sorprendente:

—Cuando llegué a Helsinki por primera vez hace casi veinte años, me dijeron tres o cuatro personas que Ganivet, al irse a Riga en el verano de 1898, había dejado aquí una hija natural, que

vivió hasta los años 80 del pasado siglo, y que esa mujer tuvo otra hija, que todavía vive. Me hablaron de ella, pero nadie supo decirme su apellido. Y no la he podido localizar.

—A lo mejor, yo te puedo dar la pista de quién pudo ser —le contesté entusiasmado—, porque debo haber leído todo lo que se ha publicado sobre la etapa de Ganivet aquí, en Helsinki, y conozco los nombres de todas las mujeres que conoció. Esa hija no debe ser nieta de ninguna de las amigas que tuvo aquí, Hanna, Ella o Ida, sino de un nombre de mujer que aparece suelto por ahí en una de las últimas cartas que escribió a su editor.

Eduardo me miraba sorprendido.

—Esa mujer —proseguí— podría ser Aliisa Lundin, y era de un pueblo que en la época de Ganivet se llamaba Ekenäs, y ahora es Tammisaari, a setenta kilómetros de aquí —y esto lo dije mirando el Google Maps abierto en el móvil—. Debía ser una empleada temporal del consulado, una administrativa o algo así. Tanto el nombre de ella como el de su pueblo se citan en la dedicatoria, y aparece además su nombre escrito en una de sus últimas cartas desde Riga, en una lista de personas a las que hay que enviarle desde la editorial de Madrid un ejemplar de su última novela *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*. Debí tener un lío con ella, como con tantas. Ya sabes que Ganivet siempre estaba pendiente de seducir a todas las mujeres jóvenes que le rodeaban...

Eduardo anotó el apellido que le había dicho en su móvil, para buscarlo. Yo aproveché para pedir otro *gin tonic*.

## 106

Helsingfors. Setiembre de 1897. Al estudio de Daniel Nyblin, de la calle Kaserngatan, habían ido Josefa, Isabel, Amelia y Angelito, acompañados de Hanna Rönberg, que hacía las veces de intérprete. Era el mes de octubre y aún no había caído la primera nieve. Nyblin había fotografiado a Ángel Ganivet el año anterior, en un fabuloso retrato, con su barba frondosa y puntiaguda, pelo apretado y negro, con leve flequillo, la elevada frente y el traje diplomático, con cuello duro y redondo, lazo, pechera blanca estucada y aspecto de caudillo árabe. Tenía la mirada perdida en un abismo. Era una foto de perfil que podía ser el haz de una moneda.

De aquella nueva visita, el tiempo salvó cuatro retratos: el de Amelia Roldán, con su sombrero de ala delantera comprado en una *boutique* del Louvre, sobre su negro pelo recogido, y un vestido de tafetán rojo, de anchos hombros plisados, con pecho y cuello de pedrería, rematado en un alfiler. La mirada de Amelia también se perdía más allá del objetivo de la cámara, en una lágrima. Era la mirada de la cordura.



Angelito Tristán, hijo de Ganivet y Amelia, fotografiado por Daniel Nyblin en 1897, en Helsinki, sobre fondo de paisaje nevado.

Nyblin retrató también a Angelito de cuerpo entero, sobre fondo de paisaje nevado, con un abrigo ancho, botas de piel, guantes y un amplio gorro de lana, del que salía la carita fascinada y

curiosa, las orejillas y los bucles de su pelo frondoso, como el de los padres. Pero lo que sorprendió al fotógrafo y causó sensación entre su distinguida clientela de Helsingfors, fue cada uno de los retratos de las hermanas de Ganivet, Josefa e Isabel. Josefa de amplio pelo negro, rizado como el de Amelia y suelto, e Isabel de pelo más corto y recogido, con rizos y bucles de peluquero, ambas con la cara racial de ojos saltones de mirar profundo, cejas pobladas, la nariz y los labios graciosamente gordezuelos. Y sobre sus cabezas, las mantillas de seda y motivos florales que la madre de Ganivet, doña Ángeles García Siles, encargara para sus hijas al sevillano Juan Foronda, bordadas a mano con la seda negra que subía por el Guadalquivir desde Manila. Esas mantillas de luto, sobre peineta de nácar, que siempre se ponían el Jueves Santo detrás de la Virgen de las Angustias y el Santísimo Cristo de las Penas, acompañadas de vestidos de encaje negro, con oscuro perfume de rosas y soltería...



Josefa Ganivet fotografiada con mantilla negra por Daniel Nyblin en 1897, en Helsinki.

Por la noche había caído la primera gran nevada. A través de la cristalera del salón, vio el reflejo geométrico de la escarcha brillar por el sol en la mañana helada. Ganivet salió a Correos y en la calle admiró la belleza del invierno finlandés. La nieve estaba blanca, tierna, iluminada en una virginidad suave, antes de que se convirtiera en un barro sucio pisado por pies, por herraduras de caballos o las ruedas de los carros, antes de que la helada la endureciera y le quitara la mansedumbre. Era una nieve blanda y casi de mentira, una hermosura mullida que apenas oponía resistencia al avance de la zancada.

Ganivet paseó, hartándose de blanco, desde su casa de Brunnsparken hasta el edificio de Correos en el centro de la ciudad, por el puerto, viendo los barcos nevados, y luego volvió por el interior de la ciudad. Recordó varias veces una nevada de su infancia, en que salió a jugar al Campo del Príncipe y lo vio todo lleno de nieve sin pisar, para él solo. Y se hartó de dejar rastros suyos, caminitos y regueros con sus pies. Esos rastros suyos, irrepetibles, eran la segunda infancia que ahora estaba dejando tras de sí, que se mezclaban con las huellas de otras pisadas a medida que se internaba en la ciudad. Y se le ocurrieron varias metáforas de su paso por la vida: un beso que no dura más de un instante, una huella impresa en la nieve, una gota de lluvia que deja su círculo al caer en el agua parada de un remanso, un copo de nieve que se funde con el agua del mar. No quiso volver pronto a su casa, donde le esperaban Amelia, sus hermanas y su hijo. Necesitaba soledad, y esa mañana soleada le ofrecía un recogimiento invernal, que sería la antesala de su escritura posterior. Paseó por todo el parque viendo los olmos raquíuticos, las copas de los pinos llenas de nieve, los laguitos helados, los grajos y los cuervos, más grandes que los de la Vega de Granada, dando saltitos por entre las ramas y dejando la huella esquelética de sus patas. Quiso ser egoísta y disfrutar solo del parque, antes de volver a su casa y ver a su hijo, que le estaría esperando para que lo sacara a jugar con el trineo. Él era en ese momento su propio hijo, el niño que había sido hace veinticinco años.

Y no pudo evitarlo. Un hombre serio como él no debía hacer eso. Fue a casa de Mascha y se colocó delante de la fachada. En esa actitud pasiva, mirando las ventanas en silencio, como si esperara algo que no iba a suceder, observó cómo el visillo de una de las ventanas del primer piso se descorría levemente. Se sintió observado por alguien desde la casa. Permaneció en esa postura inmóvil, fijando su vista con sincero descaro en esa ventana, a plena luz del día, y estuvo así varios minutos, como solo un loco podía hacerlo, sin preocuparse de que alguien pasara por allí y lo viera. Y pensó en el amor fallido e imposible, en el amor familiar y pacífico al calor de un hogar, en todos los amores que él no había podido conocer.

## 108

Ganivet se asfixiaba. Con sus hermanas, con Amelia, con su hijo, con Mascha tan cerca. Los días de invierno, sin trabajo consular, sin poder casi salir a la calle por el frío y por la nieve, eran insoportables... La única atracción era la casa de Hanna, las conversaciones allí con Ida y con Ella, hablando de literatura, las clases de francés que impartía él mismo a sus hermanas, las de piano y las de pintura que recibía su hermana Isabel de Hanna, porque Isabel tenía una sensibilidad exquisita que Ganivet quería cultivar. Todo fluía siempre en un ambiente casero, de puertas para adentro. Y se ahogaba.

Así que recordó a una mujer morena, de trenzas reliadas en un moño, ojos negros y piel blanca, buenas caderas y pechos pequeños y turgentes, que estuvo de pasante en su consulado, con la que aprovechó para dar algunas clases de sueco, recién llegado a Helsingfors. La chica era de

Ekenäs, una pequeña ciudad de al lado, en el camino de tren a San Petersburgo. Era una morena muy guapa y servicial, de veintidós años, con la que Ganivet tuvo algún ligero escarceo, al que ella no se negó. Cuidaba a su madre enferma. Se llamaba Aliisa Lundin. Cuando la conoció venía en tren todos los días a Helsingfors a trabajar y volvía por la noche a su casa, aunque algunas veces se quedaba en un piso junto con otras chicas. Así que el granadino le anunció que debía visitarla en su casa de Ekenäs, para proponerle algo del consulado, avisando del día y la hora de su llegada. Él disfrazaría la visita a Amelia y sus hermanas como un asunto de trabajo: nadie sospecharía de que un cónsul tuviera la necesidad que desplazarse para resolver alguna de sus cuestiones administrativas o notariales cerca de Helsingfors, referente a algún ciudadano español.

Ganivet se presentó en casa de Aliisa un martes por la mañana y le propuso recibir de ella clases de sueco. Ella sabía que para esas clases el cónsul de España no tenía que ir tan lejos y que, en todo caso, era ella la que debía desplazarse a la ciudad si él se lo pedía, como cuando trabajó en el consulado. Así que tuvo muy claro desde el principio de lo que se trataba y cumplió con el papel que se esperaba de ella sin rodeos. En los pocos encuentros que tuvieron, de periodicidad semanal o quincenal, no solo hicieron el amor apasionadamente en el salón de su casa, con el instinto animal que Ganivet exhibía de vez en cuando, mientras la madre de Aliisa permanecía encamada en una habitación de arriba, sino que hablaron de literatura y de autores del norte que interesaban tanto al granadino, de Jonas Lie y de Bjørnstjerne Bjørnson, de Ibsen... Era una joven culta, gran lectora. Ganivet pagaba muy bien esas clases de idiomas, de manera que ella estaba siempre dispuesta a recibirlo.

Esa mujer fue el único alivio que Ganivet tuvo durante ese invierno. Y Amelia, cuando él volvía por la noche de sus gestiones fuera de la ciudad, miraba sus ojos, el color del rostro, los pequeños detalles de la ropa, el olor, algún pelo suelto o alguna mota de polvo que se hubiera quedado entre los pliegues de la camisa o del abrigo, buscando las evidencias que sí encontró pero que no quiso cuestionar, porque ella también añoraba su libertad de Barcelona, aquellas lecciones de canto que recibía del tenor Jaume Bachs y que pensaba reanudar en cuanto volviese a España.

Para Ganivet, Aliisa era la mujer servicial, capaz de satisfacer de forma puntual los más íntimos antojos, la cortesana de la que querríamos disfrutar a diario si tuviésemos la libertad de hacerlo. Amelia era la mujer de fuego: la violencia del terremoto y la lava que sale de lo hondo, la fecundidad que mueve el mundo, la furia de los celos, los arrebatos de dulzura, todo lo que se desborda. Y Mascha... Mascha era la diosa inalcanzable.

## ¿QUÉ SABES DE LAS ROJAS AMAPOLAS?

109

Entonces, mientras el camarero nos servía la segunda copa, Eduardo Alonso Luengo me contó una historia sorprendente:

—Cuando el viento viene del este, a partir de otoño, me gusta pasear de noche por Brunnsparken. El viento viene del mar, que está debajo, barre el parque de lado a lado de forma inmisericorde, como si fuera a arrancar las casas de cuajo, y uno escucha como unas voces raras. Si el viento viene con nieve, la sensación es sobrecogedora. Al principio de mis paseos oía voces que atribuía a la tempestad, al mar cercano, al chocar de las ramas de los árboles o al silbar del viento en las ramas. Y esas voces misteriosas llenaban mi cabeza de raras ensoñaciones —se le iluminaba la cara cuando hablaba de esto—. Pero luego supe que era una mujer, la loca de Brunnsparken, una mujer mayor que vivía sola en una casa de madera de las antiguas y que, cuando había tormenta, arrinconaba los muebles contra las puertas y gritaba.

—¿Gritaba? ¿Y por qué gritaba? —le atajé yo conmovido por la historia.

—Supongo que gritaba para sentirse viva, contra la juventud perdida, gritaba contra el asilo que le esperaba, contra el abandono de sus hijos, contra la muerte...

Me quedé mirándolo. Por mi cabeza pasó una idea que leyó en mis ojos.

—Estás pensando lo mismo que yo —me dijo—. ¿Y si esa mujer es la nieta perdida de Ganivet? Una como él, de la misma estirpe de locos.

—Nosotros —le dije yo, con la ginebra calentándome el alma— nos conformamos con esa muerte mediocre que nos espera, en vez de tirarnos al mar helado, en vez de arrinconar nuestros muebles contra la puerta para que nadie nos saque de allí, en vez de rebelarnos violentamente contra la vida... Pero hay seres luminosos que no se conforman...

Se hizo un silencio algo melancólico. Entonces cambié el tercio de la conversación:

—¿Y estuviste en Riga? —le pregunté.

—Sí, está todo igual, la casa donde vivió y que fue el consulado, el río Daugava, que impresiona bastante... Hay unos puentes ahora que él no conoció. Allí también vi algunos papeles de Ganivet.

Le pregunté cómo se iba a Riga y me recomendó la Viking Line, una compañía de barcos de placer donde la gente viajaba para comprar y beber un alcohol barato y poco pendenciero, sin impuestos, barcos que eran ciudades flotantes hechas para el vicio, llenas de bares, salas de música en vivo, discotecas horteras, supermercados, salas de fumadores... Un viaje de once horas directo a Riga, en el que uno se monta sereno y llega a su destino tambaleándose.

—¿No irás a Riga en noviembre a suicidarte? —me preguntó bromeando.

Y entonces se levantó, se despidió y se fue. Tenía prisa. Me quedé solo, pedí otro *gin tonic* y estuve un rato allí, pensando en el río Daugava y en Riga, mientras acariciaba mi copa melancólico.

110



Cuando Ganivet abrió la puerta del consulado, encontró a Wentzel Hagelstam, que había venido a verlo y hubo un silencio perplejo, que duró unos segundos tensos.

—¿Qué quieres? —preguntó seco Ganivet.

—Vengo a saludarte y a hablar de literatura —respondió pausado el periodista—. ¿Salimos a dar un paseo?

Ganivet recordó las advertencias que recibió en verano, en el Ministerio de Estado, sobre los malos informes que se recibían de él en San Petersburgo, por las malas amistades que tenía en Helsingfors. Se sabía observado, porque Hagelstam estaría siendo vigilado por la policía rusa en ese momento. Así que pensó decirle que se fuera, no le convenía hablar con él. Pero algo de vanidad intelectual y, sobre todo, la curiosidad que tuvo por si él le decía algo de Mascha, le hicieron cambiar de opinión. Y lo invitó a pasar.

—No, prefiero que hablemos aquí. Pasa. Siéntate.

Hablaban en sueco y alemán, como otras veces. Se sentaron cada uno a un lado de la mesa del despacho de Ganivet. No quiso darle las confianzas del salón.

—Me gustaría que nos dieras algunas de las *Cartas finlandesas* que estás publicando en España, para nuestra revista *Ateneum*.

¿Qué tendrían esas cartas que querían publicarlas todos: *El Defensor de Granada*, que era el único que las tenía, la imprenta de Victoriano Suárez de Madrid, *La Vanguardia* de Barcelona y ahora la revista *Ateneum* de Helsingfors?

—Es imposible —contestó Ganivet haciéndose el interesante—, ya sabes que mi nivel de sueco me impide hacer la traducción literaria que las cartas precisan.

—Eso tiene fácil solución, nos das las cartas a mí o a tu amiga Hanna o a tu amiga Ella o a tu amiga Ida y nosotros las traducimos y les damos la forma literaria final que el texto merece en sueco.

—¿Y por qué no se las damos a tu amiga Mascha...? —contestó Ganivet con ironía.

Se hizo un silencio denso, mientras los dos se miraban fijamente, casi sin respirar.

—Ahora estoy escribiendo unos artículos sobre escritores e intelectuales del norte: Ibsen, Hamsum..., y también sobre el *Kalevala*, que me han pedido en España... —continuó Ganivet, distendiendo el ambiente—. Pero no sé... En serio... ¿no podría acabar de traducirlos Mascha al sueco?

Y volvió a mirar a los ojos a su interlocutor. Se hizo de nuevo un silencio tenso. Pero los hombres del norte estaban hechos de otro material, no tenían sangre dentro, sino un líquido menos inflamable. Así que le contestó como si no fuera con él la cosa.

—Mascha está ahora ocupadísima, nos está traduciendo a Lenau para la revista, y no creo que esté en disposición de hacer ese esfuerzo...

Hagelstam se levantó y se dirigió a la puerta sin un compromiso serio de Ganivet, llevándose esa promesa tan española de «ya hablaremos...». Pero antes de salir se paró, se volvió hacia Ganivet que había quedado sentado en su mesa y le dijo:

—No sufras por Mascha. Ella no te quiso a ti ni me quiere a mí, ahora que está conmigo. Ella solo se ama a sí misma, a la hermosura que desprende y a su coraje de vivir. Nosotros y los que

vengan después somos y seremos para ella una anécdota que no alterará ni su camino ni el funcionamiento del reloj que lleva dentro.

Y salió a la calle pensando en cómo se desperdicia el talento en los países del sur de Europa.

Pero Wentzel Hagelstam, aunque pareció exhibir una finura andaluza en su despedida de Ganivet, se equivocaba con Mascha. Porque de su tercer marido, el ruso Alexander Rurik, con el que tuvo su único hijo, sí que se enamoró de verdad: el único hombre que luego la abandonó.

## UNA MORENA Y UNA RUBIA

111

A los pocos días me llamó un hombre que se identificó como Claes Von Heiroth, el nieto de Mascha Diakovsky. Le había dado mi teléfono Eduardo Alonso, el secretario de la embajada española, y conocía el libro que yo había publicado de los poemas de amor que Ganivet le había escrito a su abuela. Quería conocerme y me citó en la cafetería Aalto, situada dentro de la Akateeminen Kirjakauppa, en el Paseo de la Esplanadi, para hablar conmigo sobre su abuela. Era una cafetería impresionante, dentro de una librería más impresionante todavía, llena de líneas claras y sencillas que no apabullaba a los visitantes y los invitaba a la lectura. Él pidió un café y yo un café y una *grappa*. Claes era un hombre alto, de setenta y pico de años, rubio y de ojos azules, como su abuela, según la retrató Edelfet. Me dijo que un hijo suyo había encontrado en un escaparate de una librería de Barcelona mi traducción de los poemas de Ganivet a su abuela, y que lo había comprado, que quería conocerme. Nos comunicamos en francés, lengua que hablábamos los dos de forma defectuosa, pero suficiente para entendernos.

—¿Qué relación tuvieron mi abuela y Ganivet? —preguntó a bocajarro.

—Lo mejor que escribió Ganivet, tanto en prosa como en verso, se lo escribió a tu abuela al final de su vida. Mascha se cruzó en su camino y él se desorientó. A partir de ahí, él dejó de ser el dueño de su historia. El amor tiene efectos impredecibles en quien lo sufre —dije yo, que le hablaba del amor como si fuera una gastroenteritis o algo así.

—¿Y de dónde sacaste los poemas, y las cartas de Ganivet a mi abuela? ¿Dónde están esos papeles?

—Esos poemas que le escribió Ganivet a tu abuela en francés fueron publicados en Helsinki en 1988 por un profesor universitario llamado Roberto Wis, gracias a que tu padre Algar le dio el álbum de tu abuela: de ese libro los saqué yo para mi edición, porque se reproducían las fotografías de parte de los manuscritos. También están en su epistolario, porque le mandó esos poemas a sus amigos españoles. Y también los publicó en España un crítico, en la *Revista de Occidente* —y mientras le hablaba, le iba entregando fotocopia de cada uno de estos textos.

—¿Crees que Ganivet y mi abuela llegaron a ser amantes? —seguía preguntando sin pudor, con ansia de conocer, mientras ojeaba las hojas que le había dado.

—La verdad es que no sé lo que sintió ella, pero él desde luego, por sus poemas, la quiso con locura. Y yo creo que, por los testimonios existentes, ella sentía hacia él una mezcla entre amor y miedo o repugnancia, un sentimiento bastante complejo.

—Pero... ¿fueron amantes? —insistió.

—Yo creo que sí, que lo fueron. Tu abuela le presentó a todos sus amigos, consiguió que Ganivet saliera de su encierro mental. Y Ganivet le escribió a ella cosas inquietantes, como que quería ser ahorcado por las trenzas de su pelo rubio, que podría desnudarla y matarla de un abrazo, y la comparaba con animales raros, con una leona, y la situaba junto a un río pescando corazones de hombre y diciendo que eran más ricos que el *foie gras*, y cosas así. Ganivet la veía como una mujer fría, siempre dueña de sí misma, y él ardía a su lado.

A la conversación le seguían silencios, porque tanto él como yo nos estábamos emocionando: nos daba vértigo el tiempo y las coincidencias o casualidades que me habían permitido conocer al

nieto de la mujer que para mí había sido hasta ese momento una diosa vista a través de los versos de Ganivet o un personaje de mi novela, y que ahora estaba empezando, a través de los ojos azules de Claes, a ser una mujer de verdad, tan de verdad como su nieto, al que tenía delante. Y recordé la tristeza de Don Quijote cuando sospechó que era un ser de ficción y no una persona real, al enterarse de que aquel falso Quijote de Avellaneda lo estaba suplantando.

## 112

Efectivamente, ningún día se repite. Y Ganivet, por la visita que le hizo al médico en marzo, ya sabía que le quedaba poco. Las tomas de bismuto lo dejaban cada vez más cansado, más inapetente e inactivo para todo. El invierno de 1897 estaba siendo muy duro, tardaba en llegar la primavera, y la sauna no podía suplir los baños del mar ni las tomas de sol ni los juegos con el hijo en la playa. Amelia y él no se entendían, no servían para convivir, cada uno añoraba su libertad perdida. Las hermanas entablaban absurdas competencias entre sí y con Amelia, encerradas en aquella casa, que era una olla a presión. Lo único que alegraba la vida de la casa era el niño. Ganivet trataba a sus hermanas con mano de hierro, no permitiéndoles salir casi nunca solas a ningún sitio. Y no se llevaban bien con Amelia.

Dedicaba todo su tiempo a escribir *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, que era una novela biográfica, donde pretendía cerrar por escrito el ciclo de su vida. Planeaba varias ediciones de las *Cartas finlandesas* para distintos editores españoles y finlandeses, escribía artículos sobre escritores del norte de Europa... Y se obsesionó de nuevo con la idea de abandonar Helsinki. La vecindad de Mascha le impedía respirar. Ganivet era un hombre en carne viva, sin piel, que a cada momento recibía dolorosos rasguños de la realidad. Visitar un lugar donde habían estado juntos antes era un suplicio. Andaba por la calle sorteando tiendas, restaurantes donde había estado con ella. La obsesión en un enfermo de parálisis general progresiva le impide el sueño, le deforma la escritura y le hace confundir la ficción con la realidad. Hay situaciones de delirio que chocan con la certeza de las otras vidas. Ángel no solo veía sombras de Mascha en todos los lugares, sino de personas que le seguían, que le revolvián los papeles del consulado y sus escritos. Andaba por la calle y giraba la vista de forma repentina para ver desaparecer en algún portal o en alguna esquina el pliegue de alguna sombra movediza. Así que, con la insistencia de los niños o de los locos, volvió a escribir al Ministerio de Estado, quejándose del gran despilfarro económico que suponía un consulado como el de Helsingfors con tan pocos negocios, y proponiendo una vez más la apertura de otro consulado en cualquier otra ciudad alejada de allí, con más volumen de negocio, por ejemplo, en Riga.

## 113

Todo Helsingfors esperaba ese encuentro que no acababa de producirse, hasta que en Kamppi, la tienda de sombreros y otras prendas de mujer situada en la calle Annankatu, coincidieron Amelia y Mascha. Amelia entraba con su hijo y con Isabel. Mascha estaba ya dentro, esperando que la empleada le entregara un sombrero que acababan de venderle y que le estaban preparando. Y Amelia y Mascha convivieron durante cinco interminables minutos, sentadas la una junto a la otra en una salita. Isabel le comentó a Amelia que esa rubia era la que le había dado a Ganivet clases de sueco y de ruso, que se lo había dicho la criada. Mascha ya conocía a Amelia de verla pasar por la calle, desde su ventana. Además, Amelia recordaba el retrato de Mascha, que había hecho añicos. Se cruzaron miradas nerviosas de forma indirecta, a través de los espejos y los

cristales de las vitrinas de la tienda. Se estudiaron con detenimiento y cada una pensó lo que valía la otra. La otra en su cuerpo, en su perfume, en su vestido y la manera de llevarlo, en sus peinados, en sus ojos. La otra en sus hechuras de mujer. El niño jugaba indiscreto al lado de Mascha, que no pudo evitar esbozar una breve sonrisa inocente y acariciarlo con ternura cuando se topó con ella: tenía toda la cara del padre.

Amelia sabía que sobre esa mujer se había recreado la mirada de Ángel y que ella era la rubia que aparecía continuamente en sus versos, rotos en varios ataques de celos. Pero ahora que la tenía al lado no sentía ninguna ira, sino una paz interior. Le hubiera apetecido hablar, sincerarse con ella sobre las maldades de los hombres y su inconstancia, sobre la soledad que ambas habrían tenido que sentir tantas veces por culpa de aquel y de otros hombres crápulas y cobardes. Mascha pensó en qué virtudes podría tener esa mujer morena, aparte de su belleza, para merecer la atención de Ángel. ¿A qué escritores leerían juntos? ¿Qué poemas le habría escrito para seducirla? ¿Habrían sido los mismos que a ella le había dado en francés, cambiando el color del pelo? Y sintió una extraña simpatía por aquella morena de pelo ensortijado, tan contraria pero, en el fondo, tan igual a ella. Se habían cruzado alguna vez por la calle, se habían visto andando por el parque, cerca de sus casas, porque eran vecinas. Pero ahora era la primera vez que tenían la oportunidad de estar tan cerca, y no sabían qué decirse.

La empleada salió con una bolsa de tela y se la entregó a Mascha, que se levantó y se dispuso a irse. Antes, miró a Amelia a los ojos y

—*Au Revoir* —dijo Mascha en francés.

—*Au Revoir* —contestó Amelia.

Y se quedó en el ambiente un silencio de siglos. Todo Helsingfors hubiera querido asistir a ese encuentro, que no fue tan frío. Y solo una empleada de Kamppi pudo contarle luego.

## NO HAY PLAZO QUE NO SE CUMPLA

114

—¿Qué influencia pudo tener mi abuela Mascha en la vida de Ganivet? —continuaba Claes preguntándome.

—Toda —le contesté brevemente—. Ganivet no sabía lo que era el fracaso con una mujer. Y tu abuela fue la primera que le dijo que no. Era una mujer fuerte, todavía más fuerte que él. Y pudo más el silencio de tu abuela que la obstinación del español. Por eso Ganivet quiso cerrar el consulado de Helsinki, y trasladarlo a Riga, para huir de ella.

Claes me miraba pasmado, escuchando cosas que no se esperaba.

—Ganivet siempre sorprendió a tu abuela con acciones inesperadas. Cuando estaba tratando de seducirla, ella descubrió la desagradable sorpresa de que tenía una mujer y un hijo en España. Tu abuela se sintió tan engañada que lo rechazó. Y cuando llegó su mujer española a Helsinki, Mascha se fue de viaje tres meses con su amiga Victoria, un viaje que le pagaron las amigas de su madre. Y, sin embargo, años más tarde, cuando ya había muerto Ganivet, tu abuela fue la primera en publicar en 1919 y en Helsinki, junto con su marido Hagelstam, traducidos al sueco, dos o tres de los poemas de amor que él le había escrito. Tu abuela rechazó al hombre, pero admiraba el talento del escritor. Y sabía de sobra que los poemas que Ganivet le había escrito eran buenos, muy buenos...

—Pero ella habló mal de Ganivet al preceptor de su hijo Algar, que era mi padre...

—Sí, pero también hubo mucha gente que se metió por medio y se empeñó en que aquella relación no llegara a culminar... Me refiero al círculo de mujeres que tenía Ganivet en Helsinki, que estaban celosas de tu abuela: Hanna Rönnberg, Ella Sahlberg, Ida Waenerberg y las otras mujeres con las que se reunía Ganivet continuamente para hablar de libros y otras cosas...

Entonces le pregunté por la biblioteca de su abuela. Y me habló de una biblioteca de más de cinco mil ejemplares, con mucha documentación. Y pocas cartas personales que me pudieran servir a mí, porque casi todas las destruyó ella, algunas de talentos importantes que conoció como Giovanni Papini, Henri Matisse, Edelfet, Sibelius. Era enemiga de divulgar intimidades ajenas y propias. En ese momento le dije a Claes que yo estaba escribiendo una novela en donde su abuela era un personaje fundamental, y que había pasado muchas horas pensando en ella, y en ese tipo de mujeres fuertes, dueñas de tantas vidas...

Y me contó con los ojos húmedos que él no había conocido a su abuela porque había muerto antes de su nacimiento pero que, sin embargo, en dos ocasiones ella le había ayudado a él. La primera vez fue en su infancia, cuando se escapó del colegio y se escondió en una librería cercana: cuando llegó un maestro a buscarlo, le cogió de la oreja y la librera intercedió por él diciendo que ese era el nieto de la gran Mascha Diakovsky, y encima le regaló unos libros; la segunda vez fue cuando la familia finlandesa de su mujer Ilona, de raíces finlandesas muy puras, lo aceptó como yerno a él, que tenía muchos antecedentes rusos y suecos, por ser el nieto de la gran Mascha Diakovsky. Es como si su abuela lo estuviera ayudando desde no se sabe dónde...

Cuando íbamos a despedirnos, Claes y yo nos miramos con emoción. A él le parecía un milagro que un oscuro escritor del sur de Europa se interesara por una mujer del norte como Mascha; y a mí me parecía otro milagro que desde lo remoto de la ficción el nieto de mi personaje

literario me viniera a buscar para tomarse un café conmigo en aquella cafetería de Helsinki. Y nos separamos pensando en aquel amor imposible que, al cabo del tiempo, se había salvado del olvido. Porque la poesía salva cuanto toca.

## 115

Ganivet recogió la carta de Correos con el membrete del Ministerio de Estado y el sello de la embajada española de San Petersburgo. Era el mes de mayo, y la carta llegó con los cuatro o cinco meses de retraso normal de la administración española de entonces y de siempre. Era la decisión tomada por el Consejo de Ministros de diciembre de 1897, que en los presupuestos para el año 1898, acordaba cerrar el consulado de Helsingfors y establecer uno nuevo en Riga. Ganivet debería estar trabajando en Riga a partir del 1 de setiembre del presente 1898 y utilizar el mes de agosto para hacer la operación de traspaso del consulado, con toda su documentación y enseres de una ciudad a la otra. En Riga trabajaría solo, sin el apoyo de un vicecónsul o un cónsul honorario.

Por fin sus gestiones habían sido atendidas. Por fin se alejaba de allí. Con la carta en el bolsillo del gabán, caminó satisfecho del edificio de Correos al puerto, donde entró en la lonja del pescado a comprar algo de salmón, que allí era muy bueno, y unos caramelos para el niño, y continuó luego andando hacia su casa. Justo antes de llegar, volvió a pasar por la puerta de Mascha. Se colocó delante de la fachada, quieto, sin inmutarse, como hacía de vez en cuando. Notó cómo unos ojos le observaban. No vio movimiento de visillos ni de ventanas, pero unos ojos le estaban mirando, lo sabía, unos ojos que le observaban siempre cuando pasaba delante, camino de su casa. Entonces hizo lo inesperado. Gritó.

—¡Maschaaa...! ¡Me voy! ¡Por fin me voooooy! ¡Te dejo aquí...! ¡Ya no seré más tu mendigooooo!

Y siguió andando, satisfecho de la tontería que acababa de hacer.

## TIERRA. LA DESPEDIDA SIEMPRE ES UNA AGONÍA

116

En esta buhardilla, que es faro y atalaya al mismo tiempo, escribo mientras miro las luces de la ciudad. Porque ya todo es noche en Helsinki, en este invierno de principios de noviembre. El frío es como una película delicada que lo paraliza todo y nos obliga a vivir hacia adentro. En la cueva los recuerdos salían del movimiento caprichoso de las llamas. Aquí es la nieve de detrás de la ventana, esa cortina blanca la que me trae las ideas, las obsesiones y los recuerdos. Y con los recuerdos, los nombres. Aquí los nombres de los bares y de las calles son impronunciables. El Happy Jazz Club, el Brooklyn Brevvery, la sala Tavastia, la cafetería Aalto, la calle Mikonkatu, el Kiasma, Brunnsparken, Annankatu... Y acuden inmediatamente de la memoria otros nombres que nuestros labios pronunciaron como una delicia: Ancha de Capuchinos, el Triunfo, San Juan de Dios, El Tremendo, Paseo de los Tristes, calle Feria, Habanilla, el Jota, el Vizcaíno, el Múo, La Tertulia, La Casineta, El Salón, La Máquina, La Barraca, El Tulipán, El Valderrama, La Bicicleta, El Marilín, La Gamba Alegre, El Aniceto, La Pataleta, El Jardines, La Bohemia. Las calles por las que anduvimos, los bares que nos vieron amar... Cuánto dolor, los nombres.

117

Sabía que no las vería más, a Ida, a Ella la dulce, que un día compartió con él su intimidad, a su amiga del alma, Hanna. Ellas estaban en el puerto, viendo cómo la panza del barco se despegababa lentamente del muelle. Tenían sombrillas y sombreros, trajes largos y frescos de manga corta. Era mitad de agosto y todos sabían que no volverían a verse. Las despedidas, cuando se sabe que son para siempre, tienen algo de amarga grandeza que uno siempre recordará. Porque nunca se olvida la última vez que se vio al amigo, su cara detenida en el instante fugaz de la memoria.

Sus hermanas, Amelia y su hijo habían salido el día 2 de julio en un barco ruso que llevaba familias de finlandeses a visitar ciudades del Mediterráneo: Niza, Marsella y Barcelona. Durante el mes de julio e inicios de agosto hizo algunos viajes a Riga, para buscar casa, para organizar el consulado. Pero esta era su partida definitiva de Helsingfors, donde dejaba una parte importante de su vida. Habían sido poco más de dos años, pero fueron los decisivos: los años del acabamiento del hombre y del nacimiento del escritor. El parto de todos sus libros se hizo allí y su salud quedó en el camino. Aprendió a hibernar, a aletargarse en los días sin luz y a no dormir en los días sin noche. Aprendió a convivir con visiones, a sentirse perseguido. Aprendió a convivir con una enfermedad incurable que lo consumía sordamente y que alternaba unos momentos de depresión con otros de tremenda euforia. Aprendió a morir con el coraje de no creer en nada y, sobre todo, gracias a Mascha, aprendió el amor de verdad y a vivir con la permanente idea del fracaso.

El barco avanzaba hacia el cuello del puerto de Helsinki, donde estaba el espigón y miraba alejarse la cúpula verde de la catedral luterana, la iglesia ortodoxa rusa de ladrillo rojo, la torre puntiaguda de la iglesia católica de San Juan, tantas torres erigidas para la fe del hombre que a él no le había valido nunca de nada. Atrás, ya oculto por algunos islotes, adivinaba su barrio de tantas noches melancólicas de escritura, su Brunnsparken, imaginándose el lugar exacto de su casa y de la casa de Mascha. Al lado derecho, tras el espigón, el barco iba superando la fortaleza de Suomenlinna, con sus muros, sus búnkeres, sus cañones, sus muñequitos vestidos de militares, la



evidencia de las guerras que continuamente movían las fronteras de Europa, su odio a las charreteras, espuelas, estrellas, galones y demás arreos militares. Era una mañana luminosa de agosto del año 1898. Tanta luz, no podía con tanta luz. Así que entró en el restaurante del barco, pidió recado de escribir y escribió lo siguiente, a modo de despedida: *DESPEDIDA (glosa)*

*«Entre las azucenas olvidado»*

*San Juan de la Cruz*

*I*

*Tengo frío de ti que no te quiero,  
tengo miedo de mí que no me encuentro.  
Amarte fue vivir sin nada adentro  
de sol, de luz, de fe, de amor sincero.  
Por ti bebí la miel de un avispero,  
sin ti vivo en acecho. Salgo y entro  
de la una a la otra pena, salgo y entro  
como entra y sale un toro en su chiquero.  
Te eché en el abandono igual que pierde  
sus juguetes el niño que ya es hombre  
o a una carta se pierde lo ganado.  
Y vivo sin que nadie me recuerde,  
vivo sin que haya boca que me nombre  
entre tus azucenas olvidado.*

*II*

*Tengo frío de ti que no me quieres,  
hambre tengo de ti que no eres mío.  
Ladro en tu puerta, soy tu perro, eres  
de nieve y en tu puerta siento frío.  
Te palpo como un sueño entre alfileres  
y solo encuentro un cascarón vacío.  
Eres de nieve y con la nieve hieres,  
eres de nieve y tengo sed de estío.  
La sal, dame la pulpa de tu fruto;  
la piel, dame tu piel, que soy de fuego;  
la paz, dame la paz de tu costado.  
Que si puedo tener solo un minuto*

*de ti, qué se me da morirme luego  
entre tus azucenas olvidado.*

Aunque llevaba días pensándolos, le salieron los dos sonetos de un solo trazo, casi sin levantar la pluma del papel, cada uno en una cara de la misma hoja. Dobló el papel, lo metió en un sobre, puso en el destinatario la dirección de la señora «Mascha Diakovsky, viuda de Bergmann, Öestia 22, Brunnsparken, Helsingfors (Gran Ducado Ruso de Finlandia)» y en el remite escribió claramente, junto a su nombre y la dirección del consulado ya extinto, estos versos en alemán: *O Menschenherz, was ist dein Glück?*

*Ein räthselhaft geborner  
Und kaum gegrünt verlorn  
Unwiederhalter Augenblick*

Y le entregó el sobre al camarero para que se lo diera al oficial de la posta, mientras bebía una cerveza finlandesa para despedirse de Helsingfors, aunque a él le hubiera gustado más despedirse definitivamente del mundo.

## 118

En su cuartito de trabajo, sentada junto a la ventana, con la hermosa luz de agosto iluminando sus manos, Mascha sostenía la carta que acababa de llegar. Cuando se la dio su madre, el corazón le saltaba tanto por dentro que casi lo podía escuchar. Porque junto al remite, en la parte de atrás del sobre, reconoció en alemán los cuatro versos del poeta rumano Nikolaus Lenau, el poeta suicida que acabó en un manicomio por su rebelión abierta contra el mundo, y que ella le había enseñado a Ganivet. Buscó en el cajón de su escritorio su álbum, el álbum donde tantos poemas le habían escrito, y releyó de nuevo los versos traducidos y copiados por Ganivet: *Oh, humano corazón, ¡qué es tu ventura!*

*Un momento fugaz, irreparable,  
un enigma que surge indescifrable,  
un amor que no más que un beso dura.*

Le acababa de devolver escrito en la parte de atrás del sobre el poema que ella le entregó, como cuando la novia devuelve al novio que la abandonó las cartas de amor. No quiso abrir la carta ni leer lo de dentro, porque sabía que era de despedida. Y las despedidas son todas una agonía.

## WHERE DID YOU SLEEP LAST NIGHT

119

Es domingo, 24 de noviembre de 2019. Ahora escribo desde la habitación número 33 del Rixwell Old Riga Palace, en Riga. He llegado esta tarde desde Helsinki en el *MS Amorella*, un *ferry* de la Viking Line con dos mil cuatrocientas almas a bordo. En teoría he venido para pasar cinco días en Riga y volverme luego otra vez a Helsinki. Pero en realidad no sé qué es lo que voy a hacer. He venido a estar en Riga hasta el 29 de noviembre, el aniversario, el día en que se cumplen ciento veintiún años de lo que hizo Ganivet, que aparece amplificado en todos los libros, el único suceso de su vida (y de su obra) realmente conocido... El crucero tardó once horas y media en atravesar el mar Báltico, desde las nueve de la mañana a las ocho y media de la tarde, dirección norte sur. Había muchos letones que volvían a Riga y muchos finlandeses que iban a comprar alcohol sin impuestos. Una vez que ocupé una mesa con mis cosas en uno de los bares que había, recorrí el barco: cinco bares, dos restaurantes, una discoteca de dos plantas y vistas panorámicas al mar, con suelo de cristal, varios escenarios con música en vivo y pistas de baile, tres restaurantes, dos supermercados gigantes con alcohol y tabaco libre de impuestos, varias salas de fumadores para no tener que salir al frío de las cubiertas, cientos de máquinas tragaperras, un paraíso de vicio y de consumo avanzando lentamente por el manso mar Báltico sus treinta y cuatro mil toneladas, sus veinticuatro mil caballos de vapor de potencia y sus ciento setenta metros de eslora, con sus dos bodegas llenas de coches y camiones, y sus cinco plantas restantes llenas de borrachos. Porque en el billete ponía que cada viajero podía transportar hasta treinta litros de bebidas de más de veinte grados, cincuenta de vino y ciento diez de cerveza. Era un barco hecho para esta gente del norte que se refugia en la bebida para huir del invierno casi perpetuo de su corazón.

Recorrí todos los bares, todas las cubiertas, todos los pasillos y, ya cansado, volví a mi banquito, y pedí una botella de champán francés con su cubitera llena de hielo para bebérmela yo solo. Y dos copas, por si hiciera falta la segunda. La música en vivo era una pachanga de los años 80 y los 90. Parecíamos estar viajando en un plató de la televisión de cuando yo era chico, donde se estaba celebrando un festival de Eurovisión o algo así. Insoportables colores crema, lentejuelas, bolas de espejitos, luces y adornos de discoteca retro, barras de madera, olor a interior de moqueta. Y cuando ya llevaba dos botellas de champán, salió un artista vestido de Elvis, con su mono blanco de pantalones y mangas de campana, cantando con una voz profunda de barítono, acompañado de su sola guitarra, temas como *In the Ghetto* o *There's always Me* o *Are you lonesome tonight*. Y se hizo un silencio casi emocionante, que llegó a su mejor momento con el tema de Johnny Hallyday *J'ai oublié de vivre* cantado en un mal francés. Pensé entonces en alguna mujer para haber hecho un baile agarrado de los de antes.

Llegué a Riga casi con lo puesto y una mochila. Era ya noche cerrada, tras haber pasado uno de esos atardeceres del invierno báltico en que parece no acabarse nunca la luz en la línea del horizonte, esos atardeceres de las músicas interminablemente bellas de Sibelius o de Tchaikovsky. Riga me recibió con una nevada intensa. Salí del barco y me dirigí al hotel andando desde el muelle. La nieve blanda aún no estaba hecha barro ni se había helado. Decidí entrar a comer algo en un garito que el azar me puso de camino al hotel, recién salido del muelle. Era un bar de estudiantes, con un pequeño escenario para conciertos. Dnipro se llamaba. Y mientras comía algo parecido a una hamburguesa, escuché la canción *Where did you sleep last night*, de Nirvana, que me puso algo triste.

—Niña, ¿dónde dormiste anoche?

—Bajo los pinos, donde nunca brilla el sol.

*Temblaba de frío toda la noche.*

—¿Adónde irás, mi niña?

—Voy a donde sople el viento frío.

Y me acordé del Bécquer que quería tener su tumba *Donde habite el olvido*, y de Cernuda, que soñaba con estar *Donde yo solo sea / memoria de una piedra sepultada entre ortigas*. Y comprendí por qué me dolía esta canción.

## 120

Cuando Ganivet llegó a Riga, ya estaba muerto. Sus hermanas habían vuelto a España, a Madrid, donde se quedaron a vivir con su hermano Francisco. Amelia había llegado a Barcelona con el hijo, estableciéndose de nuevo en casa de su madre. No quiso que nadie lo acompañara en Riga. El invierno allí era más corto que en Finlandia, pero más cruel, sobre todo los primeros meses, con temperaturas más continentales, superándose en muchas ocasiones los veinte grados bajo cero. El niño no podía criarse en ese clima tan severo: excelente excusa para estar solo. No quería testigos de su acabamiento. Y Amelia, que estaba pensando en sus clases de canto y en la templanza de Barcelona, opuso algo de resistencia a la separación, pero no mucha.

El mes de agosto lo pasó Ganivet resolviendo infinidad de problemas: la aduana se quedó durante algunos días con sus muebles, parte de los papeles del consulado también estaban perdidos: los funcionarios letones eran como los españoles: todo retrasos, faltas de orden y puntualidad, pequeñas picarescas y sobornos cotidianos. La seguridad en las calles y en los negocios no existía. Echaba de menos la eficiencia y el orden de los finlandeses. Además, Riga era una ciudad enorme, caótica, de más de trescientas mil almas, difícil de abarcar. Como el cónsul imposible que era, empezó situando el consulado en una casa que había escogido en medio de un bosque junto al Daugava, en el barrio de Hagenberg, en la Taubenstrasse, lejos del centro financiero y de negocios de Riga, al otro lado del río, sin puentes construidos, seguramente para que ningún español tuviera la tentación de hacer sus negocios allí. Las lenguas que manejaba eran el alemán, que hablaba bien, y el ruso, que había empezado a aprender en Helsinki, con Mascha.

En su cabeza había un ejército de demonios. En Riga Ganivet no se dedicó, como en otras ciudades, a buscar profesoras de idiomas. Se sentía por primera vez desactivado, castrado, inapetente, como si fuera un eunuco, y no sabía vivir de esa nueva manera, sin estar pendiente del otro sexo. Se pasaba las noches de claro en claro y los días de nublado en nublado, fumando sin tregua, paseando sin rumbo fijo por aquella casa, tomando café y escribiendo. Intensificó su régimen vegetariano, porque estaba convencido de que ese régimen, y la propagación del mismo, contribuiría a una mejora de la humanidad. Eso le preocupaba mucho. Estaba convencido de que había que evolucionar al género humano, modificando su sistema de nutrición hasta reducir al estado mínimo el aparato digestivo para que, tras muchas generaciones, el hombre quedara solo en cerebro, auxiliado por un sistema locomotor, a modo de serpiente puesta de pie, con un órgano protector. Y hacía dibujos extrañísimos, de animales extraterrestres, como ejemplo de sus ideas. El resultado de estas fantasías debilitó notablemente su salud, por la falta de proteínas en su dieta, y le llenó la cabeza de aire. Y, lo que era peor, el agravamiento de su parálisis progresiva

permanente le llenó la cabeza de obsesiones y delirios insoportables. Vivía pendiente de que lo capturasen, de que lo detuvieran, de que lo mataran, sintiéndose perseguido por no se sabe quién. Veía rostros tras los cristales. Su pensamiento entró en una serie de círculos concéntricos, en los que las ideas se relacionaban de forma caprichosa, dando vueltas unas dentro de otras. La locura. Se dedicó a inventar cosas raras, los zapatos Z, la cama giratoria, el ciclobio, el psicope, el reloj sentimental, el paseo elíptico. Y no se atrevió a enseñar a nadie estos inventos, un poco por vergüenza ajena, hasta que, como a todos los escritores, le perdió su vanidad y los escribió en el último capítulo de su última novela *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, de agosto del 98, recién llegado a Riga, y en su desesperada última carta a su hijo. De todos los artefactos dislocados que creyó inventar, el más audaz fue el descubrimiento de la luz humana, que es una luz que todos los hombres desprendemos de la unión de dos energías o fluidos, uno que sale de los latidos del corazón y otro de las pulsaciones del cerebro. Ambos fluidos, conectados mediante un fino cordón, producen una especie de chispa o pulsación eléctrica: *La he hecho una sola vez y la vi en forma de un arco sobre mi cabeza; vi un nimbo de luz roja como la sangre, con franjas amarillentas; y no obstante lo subido del color, aquella luz alumbraba (...) y conforme aumentaba el latir de mi corazón y la punzada de mis sienes, aumentaba la fuerza de la luz, hasta el punto que creí arder y quemarme en mi propia llama y, asustado, rompí el hilo que enlazaba las dos corrientes*. Ganivet acababa de inventar el halo y las potencias que salen de la cabeza de los santos.

## 121

Era el final. A falta de mujeres, su vida ya era solo literatura. Escribir, no dormir, no comer, fumar, andar sin sosiego. Hombre solo pendiente de su letra, cada vez más ilegible. En el último capítulo de *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* titulado «En el que Pío Cid asiste a una enferma de frivolidad», Ganivet se desahogó e hizo justicia con Mascha, y compensó a Amelia por los disgustos causados. Como muchos escritores, cayó en la tentación de contar lo inconfesable que le había ocurrido en Helsingfors, sustituyendo los nombres de las personas implicadas por los de personajes de ficción, y cambiando los hechos a su favor. El escritor es un pequeño Dios que crea la naturaleza a su antojo y que tiene la segunda oportunidad de vivir de nuevo, a través de sus personajes, los acontecimientos que le hicieron sufrir. A Mascha la llama en su novela doña Soledad de Almadura, mujer rubia, hermosísima, frívola y sentimental, superficial y voluble, lectora de mala literatura, pues tenía entre sus manos la mala traducción de *Dafnis y Cloe* que hizo Valera. La describe como maestra de *desarrollar el sistema muscular por medio de los ejercicios elegantes*, incapaz de penetrar en asuntos serios, fría, feminista e independiente, solo preocupada de su imagen y de su egoísmo particular para vencer el aburrimiento, incapaz de sentir amor ni instinto maternal, presa de un tremendo vacío interior. Cuenta el viaje que Mascha hizo a Suiza el verano del 86, da detalle de sus ideas políticas de tipo republicano, federal e independentista, contrarias a la monarquía rusa. Incluso cuenta a su manera la violenta reacción de Amelia cuando descubre el retrato de Mascha. Casa a Mascha con el hombre que estaba buscando: un duque millonario, tan estúpido y superficial como ella, al que no ama, con el que tiene un hijo al que tampoco quiere, y que engaña con cualquiera que sea lo suficientemente guapo como para estar a la altura de su belleza y su superficialidad. Traduce en ese capítulo al español algunos de los poemas que le escribió en francés y que le entregó en privado, durante sus clases de idiomas. Y, por último, en la novela no es Mascha la que abandona a Ganivet, sino Ganivet el que se despide «elegantemente» de ella, enviándole desde el tren un hermoso poema, dejándola

plantada después de seducirla. Incluso se permite el lujo de rechazar una cita cuando ella lo había llamado diciéndole en una nota: *Esta tarde estaré en casa*. En todo momento el personaje de Pío Cid aparece en la novela abrumadoramente superior a la duquesa doña Soledad de Almadura.

Ganivet se llama a sí mismo Pío Cid y se representa como un ser de raro talento, creador de más de veinte inventos fundamentales para la historia de la humanidad, que no quiere hacer públicos porque su humildad le impide cambiar el curso de la historia. Con Amelia también hace justicia: Amelia es Martina. Pío Cid aparece en la novela casado con ella, cosa que no quiso hacer en vida, y tiene el detalle sensible de resucitar a su hijita Natalia, muerta a poco de nacer.

Para eso sirve la literatura: para ajustar cuentas, para reinventar la realidad, para cerrar bien las puertas y apagar bien las luces antes de irse uno definitivamente. Y para alimentar la insana obsesión de un amor sin presente ni futuro.

## EL AMOR TIENE PLUMAS CLANDESTINAS

122

El centro de Riga es tan estéril como todos los centros turísticos del mundo y carece de cualquier interés, con sus iglesias y sus casas de planta medieval reconstruidas tras la destrucción de las dos guerras mundiales, pintadas de color pastel, sus techos altos de aguja con tejas de pizarra y sus calles llenas de escaparates de franquicias internacionales, de mercadillos de dudosa artesanía, de restaurantes de comida escasamente casera y de hordas de turistas de distintas nacionalidades que entran y salen de un sitio a otro, como ovejas de cercado en cercado. Todo limpio y ordenado. De forma excepcional, en ese centro turístico hay cervecerías formidables con varias televisiones que no dejan de emitir canales deportivos y mucha policía vigilando la tranquilidad obscena del turista. Se ven pocos letones, todos con la cara triste. ¡Qué distintas estas a las calles que transitara Ganivet, con su trajín de artesanos, su olor a carbón mineral, su suciedad y su ir y venir de mercancías del puerto!

123

A su camerino del Liceo llegaba extenuado Angelo Angioletti. Acababa de hacer un Wagner, en el papel de Lohengrin. Él no era uno de esos tenores alemanes que cantan a Wagner como un acorazado rompiendo las olas, sino que sabía darle a Lohengrin la ternura, las sutilezas, la modulación suave de voz y el timbre enérgico que el personaje requería. Le faltaba fuerza natural, pero sabía impostar la voz y forzar hasta el límite sin que se le notara mucho gracias a un cuerpo fuerte, que entrenaba todos los días. Se sentó delante del espejo y empezó a desmaquillarse satisfecho de su papel y de su belleza, a quitarse los complementos del traje, el casco, la ridícula peluca medieval de pelo blanco rizado que ocultaba su frondoso pelo castaño, el polvo blanco de la cara, el rojo de los labios, cuando escuchó una respiración detrás. Se miró en el espejo y adivinó una sombra. No se inmutó. Estaba acostumbrado. Eran muy pocas las personas que él permitía llegar hasta allí. Las conocía bien a todas. Amelia Roldán sabía de los pasillos del Liceo y de sus empleados como de su propia casa. El problema, que ya había ocurrido alguna vez, es que llegara más de una admiradora al mismo tiempo. Pero su asistente tenía órdenes precisas para dejar pasar a tal o cual persona, incluso con un orden establecido de preferencia, y dejarla dentro esperando, escondida discretamente detrás de unas perchas. Era el inicio de la temporada y setiembre comenzaba fuerte, con un exigente Wagner. Amelia sabía que sería bien recibida. Magnífico, grande, bravísimo, no son muchas las cosas que una admiradora, que era además su alumna de canto, debía decirle a un tenor tan mujeriego como Angelo Angioletti para que se dejara seducir, aun en un momento de cansancio supremo, después de un Wagner. Y la verdad es que con toda la tensión acumulada de los nervios de la representación y de los aplausos, qué sorpresa mi amor, cuándo has vuelto de Finlandia, ella empezó a quitarle la capa, vine porque no podía vivir sin verte, siguió con el collar y el jubón ridículo, y en Helsinki no podía cantar y me acordaba taaaaaanto de ti, de tu talento, de tus labios, de tus brazos, continuó desabotonando por detrás su camiseta blanca y besándole el cuello mientras él la miraba por el espejo, cierra la puerta por dentro no sea que entre la asistente, y empezó con los dedos y las uñas esmaltadas a acariciar el pecho veloso, el abdomen atlético, a bajar más la mano hasta los muslos, yo tampoco podía vivir sin ti, hasta que Angelo Angioletti, que ya no podía dejarse estar más, se levantó, se enfrentó a ella, besó sus labios y empezó a desabotonar con una mano precipitadamente su traje de seda y tules de una sola pieza, mientras con la otra la levantaba por la cintura y la desplazaba en

volandas hasta el sillón. Cuando su traje cayó al fin, ella quedó semidesnuda encima, como un gladiolo que se abre, en ropa interior blanquísima, tan en ropa interior como él, que solo tenía ya unas calzas ajustadas que realzaban la musculatura de sus muslos, hechos al deporte de los escenarios, y que dejaban apreciar su masculinidad que ya estaba casi a punto de reventar.

Así se liberaban las tensiones del tenor. Así se compensaban los horas de hastío de la cantante insatisfecha y volvía a correr la sangre por aquel cuerpo que solo quería cantar lejos por fin del silencio del frío y de la nieve.



## EL MÉDICO ME MANDA NO ESCRIBIR MÁS

124

Así que, como el centro no me interesaba, antes de buscar a Ganivet, fui al sitio que no debí visitar porque no hay policía y sí muchos delincuentes y se excluye expresamente de las guías turísticas y, si se menciona, es con la advertencia de que no hay que ir o hay que ir con mucho cuidado porque te pueden quitar la cámara, la cartera y la honra: el barrio ruso. Entré al barrio ruso por el mercado central, formado por cinco hangares que los alemanes construyeron en la Primera Guerra Mundial para zepelines: curiosa manera de convertir los lugares de la muerte en los de la vida: llenarlos de fruta, verdura, pescados vivos y muertos, ahumados y sin ahumar, caviar, carne, quesos y embutidos. Nevaba, las calles eran un barrizal que los tenderos trataban de asear como podían con grandes palas. Poco más allá del mercado, estaba el oscuro rascacielos ruso de piedra que, como otros símbolos obscenos de su autoridad, Stalin decidió que los campesinos soviéticos le regalaran al pueblo letón. Y, a partir de ahí, me abismé por calles oscuras, embarradas, sin bares, negocios ni escaparates, en una ciudad fantasma de casas ruinosas de más de cien años, de ladrillo o de madera o de hormigón, con las ventanas y las puertas selladas con tablas, saliendo de sus chimeneas un maloliente humo de carbón. Asusta ver una casa cerrada de la que sale el humo sucio de una vida oscura. Asusta el dolor humano que se refleja en las miradas de los transeúntes. Primero, gueto judío con los nazis; luego, barrio soviético con la URSS; ahora, barrio fantasma de marginados y rusos renegados, que ni son letones ni soviéticos, gente maltratada que se perdió en la historia y que no quiere ser ni de un país ni de otro. La nieve, el barro agudizaba la sensación de drama. El frío me podía. Busqué un bar y en la Maskavas iela o calle de Moscú por fin encontré uno, casi el único de allí, en donde entré como por error. Malas caras. Hombres con gorro ruso y abrigo bebían sus vodkas solitarios, sin hablar, y veían la televisión rusa. Una joven rubia, muy hermosa, atendía la barra. Hacía frío dentro. La belleza de esta chica contrastaba con la tristeza general. Dije la palabra mágica: vodka. Y me tomé de un trago el que me pusieron, para entrar en calor. Ojos desconfiados me miraban. Pedí otro vaso. Y, ya repuesto, tras pagar un dinero ridículo, volví con más fuerzas a la calle que era la nieve y el tiempo sin historia. Por las estrechas aceras congeladas, llegué al cementerio de Ivana, bosque blanco de muertos. Solo lápidas rusas, esculpidas en cirílico. Medio metro de nieve tapaba los pasillos, los corralillos pertenecientes a familias completas, las cruces de madera y las lápidas de piedra tallada, en medio de un bosque de chopos y abedules. Había que andar con cuidado entre la nieve para no meter una pierna, el cuerpo entero en algún agujero. Lo blanco no pisado impresiona en este lugar. Fatigado de tanta belleza, entré en la iglesia ortodoxa del cementerio, llena de iconos, abigarrada de imágenes y, desde una tiendecilla llena de *souvenirs* religiosos escritos en ruso, me dijeron que fotos no y me senté en un banco, calladito y formal para que no me echaran, junto a un calefactor, a fin de intentar calentarme y coger fuerzas para salir de nuevo a esa aventura que es la calle, para vagar por este barrio sin mucha vida, con mucha nieve y con demasiada triste historia.



Cementerio de Ivana, en Riga.

125

A la consulta del doctor Ottomar Von Haken, en la Grimmstrasse de Riga, llegó Ganivet acompañado de su amigo el cónsul alemán, el barón Von Bruck. Von Haken tenía unos cuarenta y cinco años, el pelo algo canoso, barbita bien recortada y gafas redondas de miope. Con la certeza de una vida dedicada a la ciencia, después de una completa analítica, el doctor le volvió a diagnosticar una parálisis general progresiva, vulgarmente llamada sífilis, en estado avanzado. Hablaban en alemán.

—¿Desde cuándo lleva usted tratándose? —le preguntó el médico.

—Desde hace cinco años, cuando estaba en Amberes.

Y le relató la larga lista de médicos, y de tratamientos que habían experimentado en su cuerpo. Y los que se había impuesto él por su cuenta también se los contó:

—Yo, cuando realmente he notado una mejora, ha sido a raíz de haber hecho mi régimen vegetariano.

—Pero, precisamente lo que usted necesita es comer carne, proteínas —le decía incrédulo el doctor—. ¿Y cuándo piensa usted que empezó a incubar la enfermedad? Le ruego sinceridad en la respuesta.

—En Madrid, hace unos nueve o diez años. Yo me estaba preparando una oposición a cátedra de universidad y, para liberar los nervios, ya me entiende usted...

Pero el doctor no se conformaba solo con ese diagnóstico, que era el que ya habían tratado sus colegas de Amberes y Helsinki. Su intuición había percibido en el caso de Ganivet algo especial. Y le siguió interrogando:

—¿En su familia hay antecedentes de alguna enfermedad grave?

Al granadino se le mudó el rostro. Era una de esas preguntas que a nadie, ni siquiera a un médico, le quería responder. Y mientras dudaba y callaba, en unos instantes pasaron muchas cosas por su cabeza. Pensó en el padre de su tío segundo, que se hizo famoso el 10 de octubre de 1862, con motivo de un baile en la Alhambra al que acudió la mismísima Isabel II con ilustres invitados. Uno de aquellos coches de caballos que subían por la Cuesta de Gomérez volcó; y como no podía nadie levantarlo, este tal Francisco Ganivet Gutiérrez se destacó de la multitud y, levantando la caja del vehículo, la apoyó sobre sus espaldas y consiguió colocarla él solo en posición normal, sobre sus ruedas. Acto seguido el esfuerzo realizado le produjo un vómito de sangre y murió en medio de la calle. Luego se le pasó por la cabeza el hermano de este infeliz, que era el tío Cañivete, el Loco, famoso porque un día cruzó el Genil llevando a pulso un burro cargado de sacos de trigo y, otro día, por amedrentar y asustar a unos bravucones, tronchó de un puñetazo un árbol de la Carrera del Darro. Después pensó en los hijos del anterior, el Tenazas y el Seguío, tíos segundos de Ganivet. El primero fue un curioso mendigo de profesión, lleno de medallas, cruces y escapularios, que renunció a un ventajoso casamiento por el solo motivo de conservar la virginidad, y que, al morir, tenía entre sus harapos una no muy poca cantidad de dinero. El segundo era un loco digno de risa que siempre andaba en línea recta, desplazando bruscamente a todo aquel que se le cruzara en el camino y saltando cualquier obstáculo en vez de rodearlo. No quería decírselo al médico, pero entre sus parientes había muchos ejemplos de locos y visionarios. Y entonces, sin querer, con un tono dubitativo y una voz temblona, tras varios segundos interminables de silencio, se le escapó:

—Mi padre se suicidó cuando yo tenía nueve años.

Era un cuadro clínico especialmente delicado, de los más raros que había tenido el doctor entre sus manos. El paciente podía vivir todavía varios meses, incluso años, pero para ello debía cuidarse meticulosamente, no ser su propio enemigo. Es difícil curar a un enfermo que no quiere vivir, que no tiene ningún sentimiento positivo que le ate a la vida. Así que el doctor Von Haken le recomendó que no debía vivir solo, que era conveniente, casi urgente, estar acompañado para evitar la soledad en los momentos de delirio de las manías persecutorias, que debía estar controlado por otros para huir de las noches insomnes de tabaco y nervios sin parar de tomar café. El uso de la cortesía con otros podría atenuar algo sus desequilibrios. El barón Von Bruck lo invitó a vivir en su casa y Ganivet aceptó, con el médico como testigo, aunque con algún reparo: se reservaba el derecho a quedarse de vez en cuando en su casa del consulado para escribir. Y el médico le dijo que eso era peligroso, pero que todo fuera por la buena literatura.

Entonces, cuando dio por terminada la consulta, el médico tocó una campana y entró una mujer joven, de veintinueve años, rubia y alta, bien bonita, de aspecto alemán, con un servicio de té, café, bollos y vino dulce de Alsacia en una bandeja. Ganivet la miró con cara de melancolía. Y ella lo saludó. Como a todas las mujeres, a Margarita, que era como se llamaba la hermana del doctor, le interesó el nuevo paciente de su hermano. Y se fue intrigada por saber quién era ese tipo de aspecto nazarí, parecido a ciertos personajes que ella había conocido a través de revistas y publicaciones ilustradas...

Cuando salían, el cónsul de España le dijo a su colega alemán:

—Antes, cuando veía por primera vez a una mujer joven y hermosa, algo temblaba dentro de mí. Pero ahora, cuando ha entrado la hermana del doctor, no he sentido nada: creo que ya debo estar muy cerca del final.

*Destinatario:*

*Sr. D. Juan du Bosc, embajada de San Petersburgo*

*Riga, 14 de noviembre de 1898*

*Sobre el asunto del corcho que ya hemos tratado en anteriores ocasiones, debo informarle de que la presencia en Riga del que dice ser vicecónsul ruso en Gibraltar, el Sr. Luis Power, está complicando la cuestión. Este señor Power, tras anunciarme un par de visitas al consulado, que no hizo, me citó en un hotel... para hablar conmigo, y tampoco asistió.*

*Asimismo, el tal señor Power, que debe ser un policía encubierto, ya estuvo en Helsinki cuando teníamos consulado allí y debe estar relacionado con la sustracción de documentos que se produjo entre mis papeles, de la que ya le informé. Curiosamente, también aquí se han perdido papeles en la aduana, en el traslado del consulado hasta Riga. La presencia de este sujeto aquí, su relación a dos bandas con los rusos y los ingleses, su injerencia en nuestros negocios, perjudica nuestras pretensiones de abrir una vía para el comercio del corcho español en los países del Báltico. Le informo de este detalle para que lo tenga en cuenta a la hora de evaluar resultados de las gestiones hechas en esta y otras cuestiones. A. G.*

Ganivet se sentía perseguido. Recibía abiertas las cartas de sus amigas de Helsingfors y de sus amigos y parientes españoles. Esa persecución a la que se veía sometido el cónsul de España se debía sin duda a la calidad de las amistades finlandesas con las que se relacionó, de mentalidad sediciosa, independentista y antirusa. Y luego estaba ese tipo, el tal Power, que parecía un policía encubierto, que lo amenazaba con implicarlo en tal caso de corrupción, que le ofrecía dinero para que le entregara algunos papeles de tipo comercial... Cuando salía a pasear por la noche, veía sombras que doblaban las esquinas, escuchaba pasos detrás, sentía miradas tras los cristales de las casas, esperando un suceso inminente que no acababa de producirse. Al único amigo español que tenía en Riga, el comerciante de sal Enrique Sánchez y Martínez, que también era vicecónsul honorario de España en Helsinki, lo visitaba en su oficina todos los días y le decía que lo perseguían, que lo iban a matar en cualquier momento. Iba a su oficina a quejarse amargamente. Vivía cada vez más tenso, torturándose, sin comer apenas, sin dormir, fumando y andando nervioso, sin posible descanso ni consuelo.

Porque un enfermo de sífilis en estado avanzado debe crear una sombra y nombrarla para tener por lo menos algo positivo en lo que creer: el señor Power era la sombra positiva de su conciencia, la visión que lo perseguía, a la que había que vestir y poner un nombre para no sentirse loco del todo, para no echarse a perder definitivamente. Ese delirio en Helsingfors tomaba forma de mujer. Ahora, en Riga, era un oscuro policía, un personaje siniestro que conspiraba contra él. Daba lo mismo, porque en realidad esa sombra siniestra era su propia muerte en otros nombres repetida, la única afirmación que en su conciencia le permitía seguir viviendo.

## ES CONVENIENTE PASEAR AL PERRO

127

Hoy es martes 26 de noviembre y ha amanecido tardísimo, casi a las ocho y media. Con la primera luz del alba apareció todo nevado afuera. Me eché a la calle. Hacía viento y frío. La nieve se había helado durante la noche y los coches habían convertido las calles en un barrizal. Pasear era un poco tormentoso. Fui andando al número 11 de la calle Elizabetes, donde estaba la embajada actual de España. Ese barrio, de casas altas de piedra tallada, era el centro de los negocios de Riga a finales del XIX, y fue el sitio donde Ganivet vivió en casa del barón Von Bruck, el cónsul alemán amigo suyo, y donde estaba la consulta del médico que trató de curarlo. A partir de ahí reconstruí el recorrido que Ganivet haría a diario desde casa del barón a su consulado del otro lado del río. Desde aquella calle de imponentes edificios de finales del XIX e inicios del XX, me dirigí por la Kronvalda Parks hasta la orilla del Daugava, o río Duina como lo llamaban los rusos, que era un hermoso paseo lleno de nieve limpia, sin hollar. Todas estas calles estaban igual que cuando las pisó Ganivet, aunque ahora con nombres letones. Antes eran alemanes y luego fueron rusos. Cuántos muertos debió costar cada cambio de nombre. Por ese paseo, llegué al centro de la ciudad. Allí me paré en los tres muellecitos desde donde se montaba Ganivet para cruzar en vaporcito el Daugava hasta la orilla de su consulado, porque todavía no se habían construido los puentes que hoy existen. De esos tres muelles antiguos de madera no quedaba nada, salvo unas escaleras de piedra que descendían a la altura del agua y que todavía están. El agua alternaba bloques de hielo con líquido. La nieve ponía de color blanco las partes heladas y se fundía en las otras. Sentí una irresistible atracción por este río manso de setecientos metros de anchura, de poca profundidad, unos ocho o nueve metros, me sorprendieron las placas de hielo chocando y fundiéndose unas con otras, avanzando lentamente o quietas ya, dejando pasar por debajo un agua mansa, casi parada, hasta el cercano mar. Supuse que los vaporcitos de hace cien años, las «gondolillas», como las llamaba el granadino en sus cartas, romperían este hielo todavía tierno y poco hecho de noviembre.

Luego, por el puente Vansu, crucé a la otra orilla, en busca de la casa consulado de Ganivet. Recién pasado el puente, hay unos muelles de madera llenos de barquitos nevados y estancados en el agua helada. En ese muelle, que se llamaba a finales del XIX Dampfersteg, que no debe haber cambiado mucho desde entonces acá, se bajaría Ganivet todos los días de su vaporcito y llegaría andando, por medio de calles de intensa arboleda, a su barrio, que entonces se llamaba Hagenberg, y ahora es Dzirciems, y que era y sigue siendo un bosque junto al río lleno de casitas de madera del XIX, parecido al lugar donde vivía en Helsinki, Brunnsparken, pero más grande, porque en Riga todo es más grande que en Helsinki. Y el frío es más cruel. Recorrí las embarradas calles llenas de nieve dura, entre pinos, olmos y abedules, hasta llegar a la calle Balozu, que a fines del XIX era la Taubenstrasse, o sea: calle de la Paloma, en cuyo número 22 estaba la casa consulado de Ganivet, que se conserva exactamente igual que cuando él la habitó. Junto a ella, en la acera, un extraño monumento de azulejos granadinos ponía en letón que allí vivió Anhels Ganivets. La casa es ahora triste y debió ser triste cuando Ganivet la alquiló: rectangular, toda de madera, con dos plantas y un corredor acristalado en la parte de arriba, rodeada de una empalizada, con tejado de madera y remates de cinc, con las esquinas en forma de columnas cuadradas llenas de trampantojos que imitaban un vaciado de piedra, con canalones de latón y muchas ventanas para atrapar la poca luz del Báltico. La nieve llenaba los alféizares de las ventanas, los salientes de los canalones y el tejado. Era una casa sacada del pasado que parecía

tener dentro la tristeza. La parte de abajo estaba habitada por una señora mayor que no tenía cara de ser feliz. La de arriba tenía un cartel, *Pardod Ipasumu*, «Se alquila». Daba miedo la casa. Y me imaginé a Ganivet andando de forma compulsiva por el pasillo acristalado de la primera planta, de un lado a otro, a todo lo largo, con su sufrimiento a cuestas. Nevaba, hacía frío. Calculé que la distancia que debía recorrer Ganivet del consulado al centro de Riga, contando los setecientos metros de la anchura del río, sería de unos dos mil quinientos metros. Si el barco no tardaba mucho en cruzar, haría el trayecto en unos cuarenta o cincuenta minutos de puerta a puerta, algo más si había nieve. Y me lo imaginé andando dificultosamente por estas calles de nieve helada, hacia su consulado alejado de todos los consulados, fuera del barrio de negocios de la ciudad, hacia ninguna parte.



Muelle desde el que se bajaba al embarcadero donde estaban los barcos para cruzar el río, en la época de Ganivet.



Casa-consulado de Ganivet en Riga. Todavía se mantiene igual.

128

Pequeña salita de la casa del doctor Ottomar Von Haken, en Riga. Junto a una ventana, con las cortinas recogidas para que entrara la luz del mediodía, había una mesita pequeña y, en ella, un pequeño cuaderno, recado de escribir y un par de libros. También había dos copitas de fino cristal tallado en Bohemia, con vino dulce del Rhin. A un lado de la mesa, sentada, una hermosa mujer rubia, de piel muy blanca, espigada, despierta, con una camisa de cuello desabotonado cuyo escote recogía un leve halo de la luz de la ventana, tenía un libro en las manos. Al otro lado, un hombre serio algo mayor que ella, con la mirada perdida, camisa blanca y chaqueta negra algo descuidada, copiaba en un cuaderno con la mano temblorosa, tan temblorosa que casi no se podía leer su escritura. Ella le veía a él a contraluz, con la silueta negra marcada en el fondo claro de la ventana. A sus veintinueve años, Margarita se había ofrecido a enseñar ruso al cónsul de España, Ángel Ganivet, a cambio de que él le enseñara a ella español y le hablara de las costumbres de su país. Porque la hermana del doctor Von Haken quería apiadarse de ese hombre con cara de iluminado que visitaba la consulta tres días a la semana y el doctor, que se sentía orgulloso de que un hombre del talento de Ganivet entrara en su casa, quería tenerlo controlado por lo menos ese tiempo, para observar detenidamente su evolución.

En otro tiempo cercano, Ganivet hubiera luchado contra su naturaleza para no perderse dentro de los ojos de esa mujer. En otro tiempo, le hubiera costado no fijarse en el leve haz de luz que señalaba el camino de su cuello blanco, esbelto, y del arranque suave de su escote. En otro tiempo hubiera sido imposible no fantasear con la línea perfecta que marcaban los labios de esa boca. En otro tiempo le hubiera hecho algún comentario sobre la suavidad y la música de los bucles de su cabello rubio cayendo graciosamente sobre los hombros. En otro tiempo se la hubiera imaginado desnudándose junto a la ventana, iluminada por la leve luz de noviembre. En otro tiempo hubiera hecho reír a esa mujer diciéndole cualquier cosa extravagante y absurda para, con el tono pausado

y grave de su voz, entrar en su conciencia de forma irremediable. En otro tiempo, en otro tiempo... Pero en el tiempo de ahora, escribiendo frases en ruso en su libreta y tratando de no decepcionar a su nueva profesora, lo que más le importaba era que se entendiera su letra, pues tenía a ratos la sensación de que se le estaba olvidando escribir. Margarita hubiera agradecido una mirada profunda de ese hombre de rara belleza del que todo el mundo hablaba bien y del que no le hubiera importado enamorarse si hubiera sido un hombre sano, no tocado por aquella enfermedad bíblica. Pero él, desde sus treinta y dos años, la miraba desde el otro mundo ya, como un anciano. No mirar a esa mujer como un animal bello, con intención de caricia, sino saberla como una enfermera que se apiadaba de él en medio de su zozobra, era algo que atormentaba a Ganivet que, no obstante, no faltaba nunca a ninguna de las citas con ella o con su hermano.

Poco antes de la una, interrumpió la clase de idiomas la entrada a la habitación del barón Von Bruck, el cónsul alemán, y del hermano de Margarita. Tras el ceremonioso saludo del barón a Margarita, los tres hombres entraron en el despacho del médico. Quedó sola ella en su mesita, recibiendo en su rostro la poca claridad que quedaba de la tarde, como si fuera parte de uno de esos bodegones holandeses de luz tenue que señalan delicadamente la textura y la profundidad de los objetos.

—Es conveniente y muy recomendable —le hablaba en un alemán grave el doctor a Ganivet— que ingrese usted en un centro especializado que yo le aconsejaré, donde estará atendido en todo momento. Mantener la vida que usted lleva ahora en las circunstancias actuales puede ser muy peligroso para su salud. Necesita que se le regule de forma mucho más precisa la alimentación, el sueño, que se le retire el tabaco, que se le vigile las veinticuatro horas del día para que no se sienta perseguido ni amenazado por sus delirios.

Von Haken usaba un tono de voz muy suave y miraba a Ganivet a los ojos, utilizando todo su poder de persuasión.

—Los síntomas de su enfermedad, el síndrome persecutorio, los desarreglos del sueño y la vigilia, están sufriendo un agravamiento precipitado en los últimos días, y usted debe estar recluido en un sitio apropiado hasta que se recupere. Allí nadie le perseguirá ni se interferirá en sus asuntos. Por otro lado, el considerable estrés de su trabajo le está sometiendo a una presión que ya no puede soportar con su enfermedad. Si usted me autoriza, yo prepararé dos escritos: uno recomendándole para ingresar de inmediato en un sanatorio de mi confianza; y otro informe para la embajada española, justificando su reclusión en un sanatorio por motivos de salud, para que le sustituyan inmediatamente en sus labores consulares.

Mientras esto decía, Ganivet tenía la mirada ausente en un busto de bronce de Goethe, que había en la esquina de la habitación, sobre una columna de madera. No decía nada, pero asentía con la cabeza. Era levemente consciente de que darle la razón al médico significaba aceptar su enfermedad y reconocer que todos los conflictos y personas que le perseguían y le asolaban en Riga eran una ilusión: el delirio de un loco. Su conciencia le impedía reconocer como ficción lo que sabía que era cierto. Pero respetaba tanto a sus dos amigos, al barón y al doctor, que no tenía más remedio que ponerse en sus manos. Así que le dijo que sí, que preparara ese internamiento en un centro especializado. Y que sí, que preparara y enviara el informe para la embajada de San Petersburgo para pedir su baja urgente.

Acabada la consulta, los cónsules de Alemania y de España salieron juntos a la calle, mientras la hermana del doctor los miraba salir desde la ventana de su habitación. En la calle se separaron, citándose para la tarde en casa del barón. El barón se dirigió a su consulado y Ganivet, cruzando



el río en uno de los vaporcitos, fue andando al suyo.

129

Al llegar al consulado, se encontró con que la criada que le mantenía limpia la casa le había dejado la estufa encendida y la correspondencia en la mesa que tenía junto a la ventana, donde le gustaba escribir. Entre las cartas, había una procedente de España sin remite:

*Madrid, 19 de noviembre de 1898*

*Estimado Ángel:*

*En virtud de la amistad que nos unió, no tengo más remedio que escribirte esta carta que es la advertencia sincera de una amiga. No reconocerás mi letra, porque he utilizado a una persona interpuesta para que la redacte y no te digo mi nombre para que nadie, ni siquiera tú, pueda acusarme nunca de haber cometido un humillante acto de delación. La madre de tus hijos, Amelia Roldán, está entendiéndose con el tenor barcelonés Jaume Bachs, que es conocido en los teatros de Europa con el ridículo nombre de Angelo Angioletti. Él la ha seducido en Barcelona con la excusa de unas clases de canto y con las falsas promesas de ayudarle en su carrera de cantante. No solo se ven en Barcelona sino que, recientemente, cuando el tenor cantó en el Teatro Real el papel del duque de Mantua en Rigoletto, ella le acompañó en todo momento en el hotel Oriente y se pasearon por los lugares céntricos de Madrid, para escándalo de tus conocidos, llegando incluso a comer en Fornos. Esto te lo escribe en conciencia una amiga para que hagas lo que proceda y, sobre todo, para que no vivas engañado ni ella te engañe aprovechándose de la distancia. P.*

Esa carta, que de forma anónima le había escrito y enviado a Ganivet el despecho de la prima de Amelia, era la gota del colmo. Y él no sabía, mientras veía cómo se quemaba en la lumbre de la estufa, si la carta era real o mentira, si estaba viviendo su vida o era el personaje de una ficción escrita por otro. Y como había hecho otras veces, para limpiarse por dentro, se sentó, cogió la pluma y se recetó este poema:

*Para calmar el dolor  
conviene abrir la herida,  
echarle sal, pimienta  
y vinagre y guindilla  
y remover los dedos hasta el fondo  
sin piedad ni avaricia.*

## LA MIEL HELADA QUE LA LUNA VIERTE

130

Al volver desde la casa de Ganivet al centro histórico de Riga, donde estaba mi hotel, vi un cuervo muerto, recién caído en la nieve. Habría muerto congelado, pensé, con este frío el animal tardará mucho en descomponerse, quedará quieto y terso, con el negro de las plumas perdiendo poco a poco el brillo de sus reflejos azulados, con los gusanos tardando semanas en hacer su sordo trabajo. Pensé en los pájaros de Riga, con el frío. Ya sin calor y sin canto, pensé en el cuervo muerto. Luego, en la habitación de mi hotel, leí a Hölderlin. Y supe que era urgente terminar por fin esta novela.

131

Amelia fue precipitadamente a Madrid para pedirle dinero a las hermanas de Ganivet. Necesitaba ir a Riga a reunirse con Ángel. Tenía un motivo urgentísimo que la obligaba a hacer ese viaje sin posible dilación. Dos, habían sido dos las faltas. Y cuando supo que la segunda vez no le venía la regla, calculó el tiempo que tardaría en llegar a Riga para que, cuando se notara el embarazo y naciera el niño, pareciera natural y posible que el padre de la criatura era el que tenía que ser y no otro. Permanecer un día más en España reduciría las posibilidades de verosimilitud. Así que se plantó en Madrid con la idea de conseguir el dinero necesario. Sin duda las hermanas de Ángel la ayudarían económicamente a que se reuniera con él, no porque les cayera ella bien sino por Angelito, el hijo. Además, sabían por las habladurías de la gente que ella estaba tonteando con el cantante de una compañía de ópera. Y cuando llegó a Madrid, Amelia descubrió otro motivo para ir a Riga: se enteró por las hermanas de que Ángel estaba muy enfermo. A ella no, pero a las hermanas sí se lo había dicho. Así que lo tuvo bien claro, entre la efusividad del reencuentro y los cuidados que ella prodigaría al enfermo se darían las causas necesarias para que el hijo que había de nacer dentro de seis o siete meses y pico fuera el hijo de Ganivet, y no el de Jaume Bachs, aquel cantante que le presentó su prima, reconocido en los principales teatros de Europa. Otra vez tenía que cruzar el continente en busca de aquel hombre. El viaje previsto era en tren hasta Hamburgo y desde Kiel, en barco, hasta Riga. España, Francia, Alemania y Letonia, en el Imperio ruso. Unos nueve días más o menos. Así que, en cuanto hubo conseguido el dinero y aclarado todos los trámites del trayecto, mandó un telegrama al consulado español de Riga, avisando de su llegada en barco procedente de Hamburgo el día 29 de Noviembre, a las 3 de la tarde.

## MERDE POUR LA POÉSIE

132

La noche del 28 al 29 de noviembre tuve un plácido sueño de agua: yo era un niño, me bañaba en una balsa de mi pueblo, en Fuencaliente, y, mientras nadaba, noté que algo tiraba de mí hacia el fondo, que poco a poco me iba hundiendo sin poder evitarlo y que arriba ya veía alejarse la superficie, sin poder respirar. Algo se removía debajo de mí: eran los peces que mi voracidad de niño había pescado durante tantos años, que volvían a por mí y me llevaban con ellos a su fondo de cieno y de algas. Y en el sueño no me daba miedo ese ahogo, sino que sentía algo así como una paz extraña.

133

Con el telegrama de Amelia en la mano, avisándole de su llegada y de la de su hijo, Ganivet miraba a través de la ventana. Trataba de advertir las siluetas de lo que había fuera, pero la ventisca y el vaho del cristal lo impedían. Sin duda, las últimas visiones son las más hermosas. Era ya noche cerrada de noviembre. Veía el fuego de la estufa y apuraba el tiempo necesario antes de ir a casa de su amigo el cónsul alemán a dormir. No sabía si quería que vinieran a estar con él Amelia y su hijo. No sabía si quería a Amelia. No sabía si quería a su hijo. Pensó en Mascha, en que seguramente él moriría con su nombre entre los labios, y sintió lástima pensando en que ya no escribiría más libros ni tendría tiempo de publicar sus poemas, sus pobres versos, hijos de sus mejores horas, nacidos de su desolación.

No le asustaba la muerte. Hacía una semana que había enviado corregidas las últimas pruebas de la novela con su vida al editor de Madrid. En realidad nunca le vio sentido a su existencia y no sabía la repercusión que tendrían sus escritos, pero sospechaba que sus libros se perderían en la nada de una fama efímera. Así que decidió voluntariamente no escribir más. Primero había perdido la sexualidad y ahora esto, la no escritura. Se estaba acercando al ser ideal, sin emociones ni apetencias físicas: al gusano. Pero antes se le ocurrió hacer un último gesto: escribirle una carta a su hijo. Bien pensado era lo único que había dejado en el mundo de verdad, lo único suyo que le sobreviviría, antes que su obra. Así que se sentó, encendió un nuevo habano, cogió la pluma, mojó el plumín metálico en su tintero de cerámica del Albaicín y comenzó, con un trazo especialmente sereno, como de niño aplicado de colegio, a escribir la que sería sin duda su mejor carta:

*PARA MI HIJO...*

## ENTRE TUS AZUCENAS OLVIDADO

134

El día 29 de noviembre Ganivet amaneció en casa de su amigo el cónsul alemán Von Bruck. Salió tarde a la calle, cada vez le costaba más levantarse, y fue a dar un paseo al mercado. Luego se dirigió hasta el consulado de Suecia, a dejar una carta para que la custodiara su amigo el cónsul sueco. Era una carta para su hijo. No quería dar esa carta a su protector el cónsul alemán, para no alertarle de sus intenciones. A continuación, en otra caminata larga, fue a la oficina de su amigo Enrique Sánchez, comerciante de sal, el único español que conocía en Riga, y estuvo con él hablando hasta las dos. Necesitaba hablar ese día con alguien en la lengua de su madre. Le dijo que estaba esperando a su mujer y a su hijo, que llegarían en un barco procedente de Alemania a eso de las tres, y se fue, según le dijo, a pasear mientras los esperaba. Entonces se dirigió al muelle y cogió uno de los vapores que cruzaban el río.

Eran unos barquitos a vapor, de unos nueve o diez metros de eslora, con una pequeña marquesina central para resguardarse del frío y de la nieve, donde cabían entre diez y doce personas. En la proa el barco tenía una pieza metálica para romper el hielo. El río Daugava, que por allí tenía unos setecientos metros de anchura, bajaba medio helado, alternando grandes placas de hielo con zonas, cada vez más escasas, de agua líquida.

Ganivet había entrado el último con la finalidad de sentarse junto a la puerta de la pequeña marquesina, y así poder salir el primero. Desde que el barco se puso en movimiento, empezó a hacer balance mental de toda su vida: recordó su infancia y los juegos del Campo del Príncipe y del Paseo de la Bomba en Granada, la panadería familiar, los brazos y la voz de su madre a la que tanto amó y de la que nunca tenía que haberse separado, sus hermanos, la dolorosa muerte de su padre, los primeros escauceos amorosos, sus años de estudio en Granada y su oposición fallida en Madrid a la cátedra de Griego, los ojos de Amelia Roldán tras la máscara de carnaval el día en que la conoció, su oposición a la carrera diplomática, sus múltiples encuentros amorosos, tantos cuerpos diferentes que había amado y acariciado por todas las ciudades que recorrió: Madrid, París, Amberes, Berlín, San Petersburgo, Helsingfors..., la voz y el rostro de Mascha Diakovsky, la carta que acababa de escribirle a su hijo y que había entregado esa misma mañana a su colega el cónsul sueco... todo corrió por su mente en pocos segundos como una ráfaga violenta. Hasta que el barco estaba más o menos a mitad del río, a unos trescientos metros de cada orilla. Se veía en el puerto, a unos quinientos metros hacia la desembocadura, el barco alemán procedente de Hamburgo, que estaba haciendo la maniobra de atraque, en donde venían su mujer y su hijo. Entonces levantó la cabeza y miró a los otros que iban con él en la marquesina con la mirada perdida, se incorporó inesperadamente, salió a la cubierta, tomó impulso y, por un lateral, saltó al agua. Los pasajeros salieron precipitadamente y avisaron al patrón del barco para que parara al motor y retrocediera hasta acercarse al repentino naufrago.

Cuando un cuerpo entra en el agua a menos de cero grados, con temperatura ambiente de menos doce grados, la primera reacción es la vasodilatación: los vasos sanguíneos, venas y arterias, se dilatan para general calor. La piel toma un aspecto rojizo.

Ganivet se hundió y trató de salir a flote debajo de un bloque de hielo que se lo impedía. Fue moviéndose con angustia bajo el hielo, golpeando con la cabeza y las manos, hasta que encontró un hueco entre dos bloques, y pudo sacar la cabeza para respirar. El barco se paró, retrocedió unos metros y los pasajeros le echaron un pequeño salvavidas atado a una cuerda de la popa, junto

al mástil de la bandera. Ganivet se agarró al salvavidas, pero sin mucho entusiasmo, y permaneció allí sin moverse, enfriándose lentamente. Estaba decidiendo si dejarse rescatar o seguir muriendo.

Tras esa primera dilatación, inmediatamente el organismo reacciona cerrando los vasos sanguíneos para que la sangre se inyecte en las cantidades mínimas necesarias para mantener los órganos con vida, y así evitar que la sangre fría llegue a las partes más sensibles, retardando el enfriamiento. La piel retorna entonces a una coloración más clara, blancoazulada y violácea.

Los pasajeros, dándole voces para que se mantuviera agarrado al salvavidas de madera, jalaban de la cuerda y trataban de acercar al naufrago al barco, hasta que estuvieron realmente a su altura.

En ese estado vital, el organismo empieza a sufrir los primeros síntomas de hipotermia. Temblor. Se cierran los poros y disminuye la inyección de la sangre por la piel: es la perfusión periférica, con la intensificación de la palidez aparente. Aceleración de la frecuencia cardiaca. Intensificación de la frecuencia respiratoria, de la presión arterial y del gasto de energía. Aumento del flujo sanguíneo cerebral, con mayor pulsación y sensación de punzadas en las sienas.

Y en ese momento lo agarraron del abrigo y, con dificultad, entre tres o cuatro, mojándose todos, lo pudieron subir a la cubierta, donde quedó tembloroso y tiritando sobre un enorme charco de agua que rezumaba de su ropa. Inmediatamente le quitaron el abrigo, la chaqueta, las botas, los pantalones, pidieron a gritos mantas y trataron de arroparlo y de secarlo lo antes posible, antes de que se muriera de frío. Aparecieron mantas, una especie de lona y, casi desnudo, lo arroparon y lo metieron dentro del calor de la marquesina del barco. Cuando los tres o cuatro pasajeros que lo habían sacado del agua tuvieron al naufrago secándose, mientras se preocupaban por secarse ellos, no repararon en que el rescatado se levantó de nuevo, se asomó a la puerta y, como si fuera a pedir algo, se volvió a tirar, esta vez desnudo, dejando las mantas en la cubierta del vaporcito. Y esta vez se hundió con más impulso para salir más lejos que antes, al otro lado de un bloque de hielo.

El sistema nervioso central se compromete progresivamente convirtiendo la confusión inicial en un dulce sopor. La estimulación física del corazón produce una fibrilación ventricular: el corazón empieza a producir un ritmo de contracción caótico, alterándose la circulación de la sangre, que pierde su ritmo. Las pupilas se dilatan y se quedan fijas.

El barco trataba de acercarse, pero un enorme bloque de hielo se interponía. Los pasajeros, que veían al suicida convencido, empezaron a bregar menos. Hubo alguno que maljuró y maldijo y deseó que se ahogara ya de una vez, para no tenerlos sufriendo, mojándose y helándose de frío a todos. Una niña chica que había en el fondo de la marquesina lloraba a voces desconsolada al escuchar los gritos de los demás, porque temía por su madre que estaba en la cubierta, implicada en la salvación del naufrago.

A partir de ahí se sufren una serie de alteraciones, debido a la baja temperatura de la sangre que riega el cerebro y a la presión desigual, se siente como una debilidad agradable, una sensación de sopor, de que el tiempo es eterno y no avanza, un calorillo dulce y una serie de alucinaciones producidas por una disminución del aporte sanguíneo cerebral: son los cambios secundarios metabólicos producidos por la hipoxia.

Entonces fue cuando Ganivet vio a Mascha andando, acercándose sobre las aguas con un camisón blanco, transparente. Y la llamaba: *¡Mascha, Mascha!* Hasta que Mascha se puso a su altura, se arrodilló delante de él y le besó los labios, acariciándole el pelo con dulzura maternal.

Ese beso lo sintió cálido y lento, como si durara muchos minutos.

Los del barco trataban de romper un bloque de hielo que se interponía entre Ganivet y ellos con un tremendo remo que había en un lateral, pero el hielo estaba fuerte y turgente, y solo se descascarillaba un poco.

Ganivet escuchaba muy lejos las voces de los pasajeros y los golpes del remo pero veía a Mascha muy cerca de él elevarse como una diosa, mientras le recitaba mirándolo a los ojos los dos últimos versos de la «Canción de primavera» de Lenau: *Y en el mar sepultamos / un amor que no más que un beso dura*. Entonces su corazón dejó de latir. Murió con el nombre de Mascha en los labios. Y se hundió.

Mientras se hundía, durante los siete u ocho metros que recorrió su cuerpo hasta tocar el fondo, no sabemos qué algas, qué raíces y hojas muertas, qué restos de musgos y líquenes pegados a qué ramas podridas acariciaron su cuerpo desnudo. No sabemos qué peces lo siguieron con sus ojos saltones mientras volvía a subir flotando en un baile lentísimo hasta quedarse varado bajo un bloque de hielo, del que media hora después lo rescatarían. Solo sabemos, y lo podemos contar aquí de forma objetiva, que murió con un nombre de mujer y un rictus de dulzura en los labios.

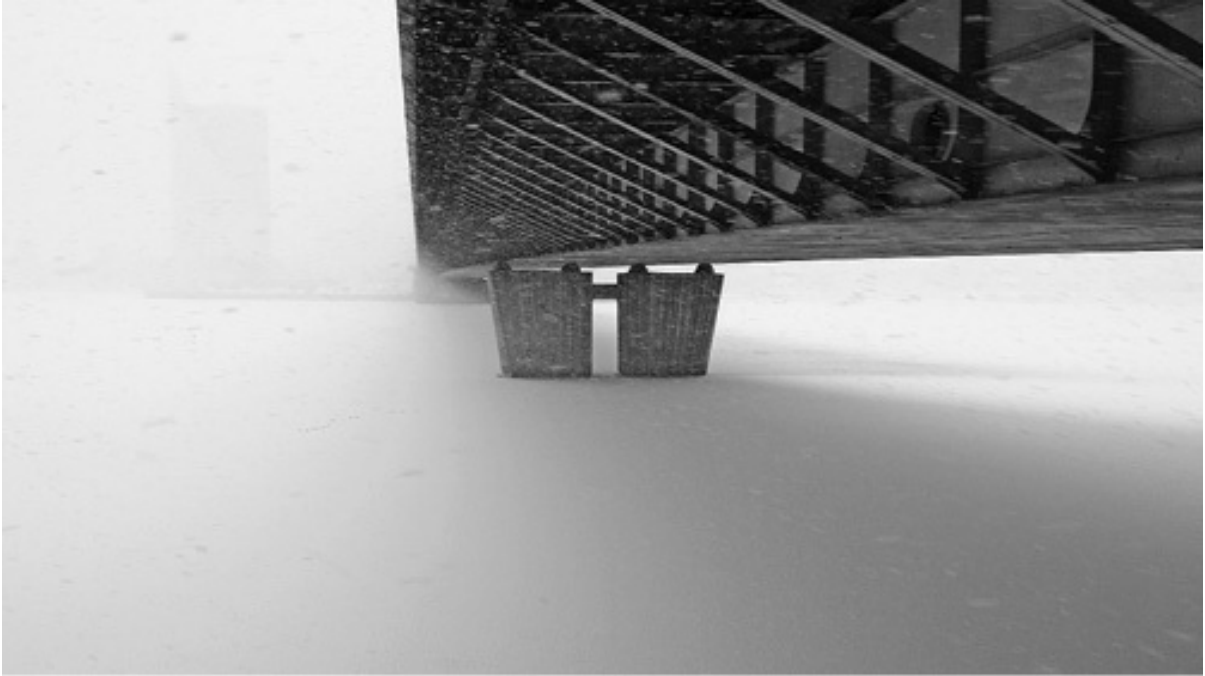
## EL MAR, EL MAR, Y NO PENSAR EN NADA

135

El 29 de noviembre de 2019, desperté en la habitación 33 del Rixwell Old Riga Palace de Riga. La ducha, la ropa, el desayuno, y me tiré a la calle helada. Empecé a beber vodka bien temprano porque lo iba a necesitar. Primero en el hotel, luego en una petaca que llevaba agarrada al cinturón, bajo el abrigo. Me disponía a repasar todo lo que hizo Ganivet, en torno al río Daugava, en un macabro aniversario, el mismo día a la misma hora ciento veintiún años después de su suicidio. Solo necesitaba tres o cuatro horas y tres o cuatro copas más.

Llegué al embarcadero que había junto a la ciudad antigua de Riga, cerca de la catedral y el castillo, al acabar la calle que a fines del XIX era la Peter Paul Str., desde donde salían los vaporcitos que atravesaban entonces el río. Estaba en la orilla del paseo fluvial, al lado del hotel. Del antiguo embarcadero, solo quedaban las escaleras de piedra. Había poca agua, predominaban los bloques de hielo. La niebla y la nieve impedían ver la otra orilla con claridad. Un reloj digital que había al lado marcaba catorce grados bajo cero. Nevaba poco, pero de forma constante y los bloques de hielo se veían desconsoladoramente blancos. Hacía algo de viento. Los escalones de la orilla se adentraban en el agua y pisé un poco del hielo. Me imaginé esas escaleras que bajaban al fin del mundo hace ahora ciento veintiún años, con sus pequeños embarcaderos de tablas entrando en el río y, junto a ellos, me imaginé los barcos que, de tanto pasar de un lado a otro, dejarían un pasillo de agua de forma continua entre los trozos de hielo. Los primeros barcos de la mañana romperían de nuevo los bloques delgados que se habrían formado de noche. Debajo corría lenta y mansa un agua sorda hacia el mar, que estaba muy cerca, a un kilómetro.

Crucé por el puente Akmens, para llegar a la orilla de enfrente y desde allí anduve largamente hasta topar con un pequeño embarcadero de madera que tenía varios barquitos hincados en el hielo, varados hasta la primavera. Era el gran delta Klüvers, junto a la Casa de Marineros y el puerto de invierno, como le llamaban a esa parte a fines del XIX, una especie de delta que hacía el río en el lado contrario al de la ciudad antigua, y que permitía resguardar los barcos de las crecidas, las corrientes y las heladas del río. Ahí llegarían los vaporcitos de pasajeros que tomaba Ganivet desde la otra orilla todos los días para ir a su consulado: en concreto al muelle de Dampfersteg. Desde este embarcadero se veía enfrente, a unos setecientos metros, el del otro lado, en el que había estado hacía una hora, junto al hotel.



Más o menos por esta zona, a mitad del Daugava, fue donde debió producirse la muerte de Ganivet. Entonces, el puente Vansu no existía.

Para combatir el frío iba reconstruyendo la historia mentalmente y bebía vodka: el día 29 Ganivet amaneció cerca de mi hotel, en casa de su amigo el cónsul alemán Von Bruck, en la Nikolaistrasse 24. Primero fue al consulado sueco, a dejarle una carta a su amigo el cónsul: era la carta de despedida, para su hijo. Luego fue a la oficina de su amigo Enrique Sánchez, un hombre de negocios, el único español que conocía en Riga, y estuvo con él hablando de una a dos. Le dijo que estaba esperando a su mujer y a su hijo, que llegarían en torno a las tres en un barco desde Hamburgo, y que mientras llegaba esa hora de recibirlos se iba a dar un paseo. Y ese fue el paseo hacia su muerte: se montó en uno de los barcos pequeños que cruzaban el río y a las dos y media, justo en la mitad, se tiró. Posiblemente, desde el vaporcito de su suicidio, estuviera viendo atracar en el puerto de Riga el barco que traía a su mujer y a su hijo de Hamburgo, cuya hora de llegada prevista eran las tres. Se tiró y lo sacaron. Lo reanimaron. Se volvió a tirar por segunda vez. Murió congelado por fin. Cuando Amelia llegó con su hijo a la terminal del muelle, no había nadie esperándola.

Desde el muelle Dampfersteg me encaminé al puente Vansu, que estaba justo al lado. Anduve por ese puente en dirección de nuevo al centro de Riga, para cerrar el círculo y llegar otra vez al punto desde el que había empezado a caminar. Este puente Vansu, que no existía entonces, cruza el río cerca del recorrido que haría Ganivet con el barco de su suicidio. Y me paré en medio del puente. Yo seguía tirando de la petaca de vodka. Eran las dos y media de la tarde. La hora justa. El sitio justo desde donde se tiraría Ganivet aproximadamente. Hacía mucho frío y la acera del puente estaba helada. Abajo los bloques de hielo nevados estaban parados y tenían grietas de agua entre ellos. Calculé que había unos doce metros de altura. Si me tiro ahora y caigo en un bloque de hielo, puedo partirme la cabeza, o la columna, pensé, y, si tengo menos suerte y caigo al agua, moriré congelado. En pocos minutos estará todo hecho.

Entonces me encaramé a la barandilla, que era bastante ancha, y me subí a ella, quedándome



de pie en una postura ridícula peligrosa, andando hacia atrás y hacia delante con los brazos en cruz, como un equilibrista. El vodka estaba haciendo su efecto. La barandilla metálica, levemente curvada, estaba cubierta de nieve helada y resbalaba bastante. Los coches que pasaban por el puente pitaban al verme subido a semejante sitio de forma tan inverosímil y peligrosa. Era una hora punta y pasaban muchos coches, pero no había casi nadie en esa acera del puente, solo dos personas que se acercaban. Entonces comencé a hablar solo, borracho perdido:

—Si caigo al agua me congelaré antes de que me saquen y tendré alguna alucinación y moriré con dulzura, como Ganivet. Seguro que se me aparece una mujer en mi alucinación que se me acerca y me besa ¿Qué nombre de mujer pondré en mis labios cuando muera? —decía con los ojos idos, inyectados de sangre y de vodka.

Yo hablaba como poseído, muy borracho. Me había subido a la baranda con la intención de tirarme para comprobar cómo había sido la muerte de Ganivet, que era lo único que me quedaba por saber realmente de su tormentoso final. Seguía hablando solo en la baranda:

—¿Ves al otro lado del puente el barco de la Viking Line? —gritaba yo solo, señalando con la mano al otro lado, como si alguien me escuchara—. Pues cuando Ganivet se tiró, desde el barquito de su suicidio, con esta luz exacta de la tarde, estaría viendo llegar al puerto el barco que traía a su mujer y a su hijo. Ese sí que tenía valor, y no yo, que soy un puto cobarde, incapaz de dar el salto. Un salto, un solo salto y ya estarán todos mis problemas solucionados.

Y empecé a llorar sin consuelo, como lloran los niños y los cobardes, miré el agua helada y salté.

## TODAS AS CARTAS DE AMOR SÃO RIDÍCULAS

136

*A Francisco Navarro Ledesma.*

*Riga, 27 de noviembre de 1898*

### *PARA MI HIJO*

*Por si esta declaración fuera necesaria, hago aquí el resumen de mis ideas y de mis deberes:*

*1.º No he creído nunca en ninguna religión positiva y mis sentimientos religiosos se reducen a un misticismo puramente personal. Pero respeto todas las religiones y jamás he cometido acto alguno contra ellas.*

*2.º Mi idea fundamental en filosofía es que la vida nace de la libertad o de la tendencia del espíritu a romper sus prisiones materiales [...].*

*3.º Mis ideas prácticas sobre la vida están expuestas en mi novela Los trabajos de Pío Cid [...].*

*4.º En psicología, pienso que el hombre es un embrión del psícope [...].*

*6.º Fuera de estos puntos de vista, lo demás tiene poca importancia para mí: vestir, comer, relaciones sociales, etc., etc. se me importa menos que nada. Hay una tendencia natural en el hombre a hacer el bien y hay un goce en hacerlo. Pero la mayor parte de las veces el bien resulta mal a la larga, por no haberse fijado bien en los cambios que las cosas toman con el tiempo. Y acaso lo más fecundo que haya en el mundo sea la sangre.*

*7.º No recuerdo haber hecho mal a nadie, ni siquiera en pensamiento; si hubiera hecho algún mal, pido perdón.*

*8.º No he tenido nunca más que lo puesto y no he querido ni quiero ni querré tener nada, porque me parece tonto perder el tiempo en la administración de bienes materiales.*

*9.º He tenido varios amoríos y un amor más noble a Amelia, a la que he dado muy malos ratos con mis necesidades.*

*10.º He tenido dos hijos: Natalia, que está enterrada en Saint Léger lès Domart (Francia), y Ángel, que vive en Madrid; ambos son legítimos por mi voluntad. Tengo tres hermanos, muchos parientes y pocos y buenos amigos.*

*Ángel Ganivet*

## FINAL DE PLATA AMARGO

137

Salté, sí, salté. Recuerdo la sensación en el estómago mientras caía, el insulto que grité y unas voces detrás de mí, en la acera del puente, al saltar. Luego un golpe seco, un fuerte ruido y ya está. El siguiente recuerdo es varias horas más tarde, despertando en el hospital clínico universitario Pauls Stradins, de Riga, en una sala con seis camas, una de las cuales era la mía, con varios terribles dolores, sobre todo de cabeza. Tenía escayoladas la pierna y el brazo izquierdos.

Cuando me llevaron a planta, una de las enfermeras que me atendía, me contó en un mal francés lo que a su vez le contaron los de la UCI, que era lo que le dijeron los de la ambulancia. Que tuve mucha suerte porque caí en un bloque de hielo, que si llego a caer en una de las grietas o en el agua entre dos bloques, me hubiera congelado en pocos minutos. Que caí con el lado izquierdo, fracturándome el brazo y la pierna izquierdos y golpeándome la cabeza. Que desde un transbordador que estaba haciendo maniobras a unos setecientos metros, en el puerto cercano, me vieron caer y se apresuraron a rescatarme, rompiendo los bloques que había entre ellos y yo, trasladándome a cubierta sin sentido y, luego, rápidamente al puerto, en el que estaba esperándome una ambulancia.

A los dos días de estar en planta llegaron dos agentes de policía con un intérprete haciéndome unas preguntas. Les dije que si bebí mucho vodka, que si me puse a hacer el tonto en la barandilla congelada, qué se yo lo que les dije... Uno de los agentes me amonestó, como si fuera mi padre, diciéndome que no tenía edad de hacer esas cosas y que deberían hacerme pagar los gastos de la ambulancia, del transbordador y del hospital. También vino a verme el secretario de la embajada española, porque al parecer el suceso había salido en los periódicos del día siguiente como una noticia relevante, y me ayudó a arreglar los papeles del hospital y se hizo cargo de mis cosas del hotel, sobre todo del ordenador, donde estaba esta novela. Llamé a mi amigo Elmar que, desde Berlín, llamó a Johan Petersson que, a los dos días, se presentó en la habitación del hospital y se quedó en Riga una semana hasta que me dieron el alta y me llevó en un avión a su casa de Helsinki, con la pierna escayolada y el brazo en cabestrillo. Y por eso estoy aquí, de nuevo en la buhardilla escribiendo. Es diciembre de 2019 y afuera cae dulcemente una manta de nieve.

Realmente no sé si quise suicidarme. Yo creo que no, que hubo muchas cosas que se juntaron en mi cabeza, el vodka, la soledad, la sugestión y el aniversario de Ganivet, qué sé yo, y me subí allí y luego, pues pasó lo que pasó.

Lo que tengo claro ahora, mientras escribo estas últimas palabras y miro con serenidad estos meses vividos, es que Ganivet fue un sueño de agua y que esa obsesión mía hacia él había estado siempre en todas las aguas de mi vida: en la mansedumbre de la nieve que me deslumbró, en la de las acequias que escuché cantar a mi lado, en el fondo silencioso de las balsas donde me zambullí, en el agua de los pozos que vieron mis ojos repetidos, en el sonido de la lluvia que me mojó, en el ímpetu de los torrentes que vi arrasar las ramblas, en el caudal de los ríos anchos que atravesé, en tantos reflejos de la luz de la tarde que busqué en las olas de tantos mares que me consolaron. Y que todas las aguas anteriores de mi vida me llevaron a la del río Daugava, hasta que el golpe certero de mi caída me despertó y me devolvió la lucidez.

La lucidez. Ahora que lo veo todo tan claro, no sé qué hacer con mi vida, si volver a España cuando esté recuperado, a mi trabajo aburrido de todos los días, o comenzar una nueva vida en este país del norte o en Berlín. Empezar de nuevo a los cincuenta años, con el cuerpo viejo... No

sé.

El libro de Ganivet está ya terminado. Aquí dejo escrita su historia. Y la de Mascha Diakovsky y Amelia Roldán. Y mi pequeña historia. Desde que lo empecé a escribir en la cueva de Galera hace ya casi un año hasta que lo terminé esta mañana de Navidad en la buhardilla de Helsinki, he tenido la sensación de que mis pies han transitado por caminos ya trazados por otro. No tengo intención de escribir más. Estoy en paz.

## POST SCRIPTUM

El narrador, fuera ya de su impulso literario inicial, no quiere dejar al lector con la curiosidad insatisfecha de ciertos acontecimientos que no se cuentan en su novela, porque sucedieron después. Por ello constata lo siguiente en referencia a sus personajes:

Ángel Ganivet fue enterrado el día 3 de diciembre de 1898 en el cementerio católico de San Miguel, tras la misa celebrada en la iglesia parroquial católica de Nuestra Señora de los Dolores en Riga, situada en la plaza del Castillo. Ofició el funeral el cura vicario Tabenski. Su cuerpo fue embalsamado previamente. Los periódicos locales *Düna Zeitung* y *Rigache Rundschau* hablaron de *muerte repentina*. Pero el cura párroco de la iglesia católica, escribió en su certificado de defunción: *El 29 de noviembre falleció en Riga, ahogado, en estado irresponsable, Ángel Ganivet y García, hijo de* (en blanco). Al funeral asistieron, aparte de Amelia Roldán y su hijo Ángel Tristán, el general M. D. Ssurowzow, gobernador civil de la provincia de Livonia; el jefe de la policía, consejero Gertik; empleados del consulado español y otros miembros de la colonia española de Riga; los cónsules sueco y alemán, y el doctor Von Hacken, con su hermana Margarita. En la lápida ponía, por mandato de una de sus hermanas: *Ángel Ganivet García. XXIX Novembris MDCCCXCVIII. R. I. P.*

Amelia Roldán desembarcó el 29 de noviembre a las tres de la tarde. Como no la esperaba nadie en la terminal del muelle, se dirigió al consulado español, en donde estuvo esperando a su «marido» hasta las diez de la noche, hora en que llegaron a contarle lo sucedido el doctor Ottomar Von Hacken y el cónsul alemán, el barón Von Bruck. Su violenta reacción nerviosa a la noticia requirió de los cuidados del doctor alemán, en cuya casa se alojó con su hijo los días necesarios hasta que acabaron los funerales y recuperó la salud imprescindible para volver a España, teniendo en cuenta que estaba embarazada. El 24 de julio de 1899 dio a luz en su casa de la calle Aribau de Barcelona a una niña, más de doce meses después de ver vivo a Ángel Ganivet por última vez; la niña se llamó María Luisa, con los inverosímiles apellidos de Ganivet Roldán. Los dos hijos de Amelia, Ángel Tristán y M.<sup>a</sup> Luisa, fueron bautizados en 1908, en la iglesia de San José de Madrid. Amelia Roldán, que tenía una gran voz, trató de hacer carrera de cantante con la ayuda de Angelo Angioletti, que le facilitó varios papeles menores en su compañía, pero su nerviosismo a la hora de subirse a un escenario frustró su carrera artística. Dicho tenor, famoso por sus conquistas amorosas, se casó en enero de 1899 con la cantante de su compañía Elena Fons. A la hija que tuvo un año más tarde con dicha cantante la bautizó con el nombre de Amelia.

Mascha Diakovsky leyó la noticia de la muerte de Ganivet, al igual que sus amigas de Brunnsparcken, en una nota que mandó publicar la embajada española de San Petersburgo en la prensa local de Helsingfors. Mascha, tras enviudar del oficial alemán Bergmann, se casó de nuevo con Wentzel Hagelstam, luego con el pintor Alexander Von Heirot (Shura, el padre de su único hijo Algar Rurik Alexander) y, por último con el escritor y empresario Arthur Travers-Borgström. En 1920 se divorció de su cuarto marido y retomó el apellido del padre de su hijo, Von Heirot. Tuvo una vida aventurera, exilio incluido, viajó por toda Europa, vivió en ciudades como París o Florencia y llegó a ser amiga de intelectuales de la talla de Matisse o Papini. Siempre respetó intelectualmente a Ganivet. En 1899, junto con Hagelstam y Hanna Rönnberg, publicó un artículo en la revista de Helsinki *Ateneum* titulado «Ángel Ganivet, *in memoriam*», traduciendo al sueco varios poemas suyos. Hagelstam más tarde, en 1923, volvió a publicar traducidos al sueco en la revista *Personer och minnen* cartas y poemas que Ganivet le escribió a Mascha.

Wentzel Hageltam llegó a ser uno de los periodistas finlandeses más influyentes de inicios del XX, pasando del exilio parisino (al que fue con Mascha) a ocupar cargos públicos en la Finlandia ya independiente. Albert Edelfet fue uno de los mejores pintores finlandeses de finales del XIX, colosal retratista, aunque su apego al costumbrismo y a la pintura realista le quitó protagonismo en la pintura europea de inicios del XX. Sibelius acabó siendo lo que ahora es: el gran Sibelius de la música universal.

Los hermanos de Ganivet nunca quisieron saber nada más de Amelia, a la que responsabilizaron de la muerte y las desgracias de su hermano, aunque sí tuvieron relación con Ángel Tristán, que fue hijo de Ganivet. Dichos hermanos, con la colaboración de ciertos críticos literarios, trataron de confundir a la opinión pública sustituyendo el suicidio de su hermano por un asesinato que, según ellos, llevó a cabo el vicecónsul ruso en Gibraltar, un tal Power, personaje que solo existió en las habladurías y los delirios de los Ganivet, incluido Ángel. Y es que a esa familia católica granadina le pesó mucho el hecho de que su miembro más ilustre se hubiera querido suicidar libremente.

El sagaz periodista Enrique Domínguez Rodiño, corresponsal de guerra de *El Imparcial*, buscó y localizó los restos de Ganivet, aprovechando que se había quedado aislado en Riga unas semanas en la Navidad de 1920, de camino a Petrogrado, adonde iba para cubrir la Revolución rusa. En sus artículos de los días 14, 21 y 23 de enero de 1921, describió la búsqueda detectivesca que hizo del cadáver, tras conseguir el acta de defunción y entrevistarse con algunos testigos de los acontecimientos, como el médico alemán que atendió a Ganivet, Von Hacken. La localización fue muy difícil debido al gran movimiento de tumbas y cadáveres que hubo en el cementerio durante la Primera Guerra Mundial. Fue fundamental para encontrar el ataúd el detalle de que el amigo de Ganivet, Navarro Ledesma, pidiera por telegrama a las autoridades de Riga no solo el embalsamamiento, sino la utilización de un ataúd de zinc para su entierro, lo cual evitó la desintegración del cadáver y permitió al enterrador localizarlo veintidós años después. Gracias al hallazgo y a la sensibilización que de la opinión pública española hizo Domínguez Rodiño con sus excelentes artículos, los restos de Ganivet volvieron a España y fueron enterrados en Granada el 29 de marzo de 1925, con gran estruendo y jolgorio de todas las autoridades y poderes fácticos locales, provinciales, regionales y nacionales, intelectuales, clerecía y militares incluidos. Porque en España se tarda solo veintisiete años en repatriar el cadáver de un hombre importante y todos acaban atribuyéndose el mérito.

Y ahora viene el momento de responder a dos preguntas fundamentales: la primera se la preguntó el periodista Domínguez Rodiño en enero de 1921 al doctor Ottomar Von Hacken: *¿Se habría salvado Ganivet de haberlo recluido al instante en un manicomio?* Y su respuesta fue: *No. Su mal era incurable. Tal vez se hubiese podido evitar el trágico fin, pero para su dolencia no había ya remedio humano.* La segunda me la preguntó Claes Von Heirot, el nieto de Mascha Diakovsky, cuando hablé con él la primera vez: *¿Qué influencia pudo tener mi abuela en el suicidio de Ganivet?* Pero no voy a decirte lo que le contesté, lector. Debes ser tú quien saque la conclusión que creas conveniente tras leer esta novela.

## Agradecimientos

A Virgilio Cara, por ponerme en la senda de Ganivet. A Manuel Yruela, Jesús Munárriz y Javier González, por su paciencia infinita; a Javier Buzón y a Miguel Polaino, por confiar en mí; a Anselmo Martínez que, con buen criterio, siempre me aconsejó que dejara de escribir novelas y me dedicara a la poesía; a José María Conget por su cariño y su honradez intelectual; a Elisa Llorente, mi médica, por enseñarme lo que le pasa a una persona cuando muere congelada; A Esther Garboni por ayudarme generosamente a hacer la primera depuración de la novela; a Inmaculada Lergo, por ayudarme a hacer la última. A Claes Von Heirot, el nieto de Mascha Diakovsky, que me enseñó la poca distancia que hay entre la literatura y la realidad. Y a Iñaki De Tellitu, que siempre pensó (y sigue pensando) que yo estoy más loco que Ganivet.

A los bares Cirilo (de Galera), El Pili (de Huéscar), y La Caprichosa y Los tres príncipes (de Sevilla) por propiciarme la intimidad necesaria para la escritura. Al aguardiente *Arenas*, siempre.

Edición en formato digital: 2019

© De todas las fotografías del libro: Manuel García. Todos los retratos de los personajes proceden de Formerly National Board of Antiquities, de Helsinki, salvo el retrato del tenor Jaume Bachs (Angelo Angioletti), que procede de la Biblioteca Nacional de Catalunya © Manuel García, 2019

© Algaida Editores, 2019

Avda. San Francisco Javier, 22

## **41018 Sevilla**

[algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN ebook: 978-84-9189072-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA [www.literaria.algaida.es](http://www.literaria.algaida.es)